

LEGADO

La revista del Archivo General de la Nación
de la República Argentina

Publicación digital Nº 5 - junio de 2017

EDICIÓN
PUEBLOS
ORIGINARIOS

Ricardo Rojas y Luis Perlotti
Los fundadores de *Eurindia*

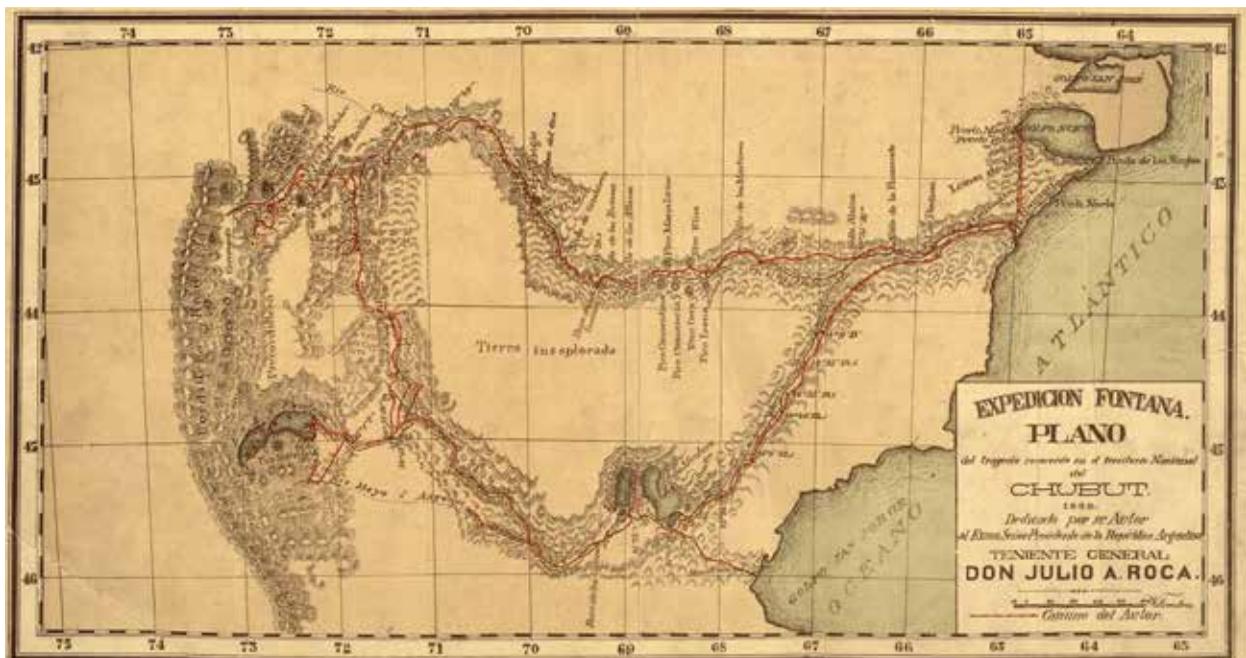
La cabeza de Popper

Calfucurá y Sayhueque,
los emperadores del Desierto

El Malón de la Paz:
70 años después

Machos, Chinas y Osacos
Indígenas chaqueños en los
ingenios azucareros de Jujuy





El Teniente Coronel Luis Jorge Fontana en 1884 fue nombrado primer gobernador del nuevo Territorio Nacional del Chubut. Allí dirigió la expedición al oeste, con un grupo explorador denominado los “Rifleros del Chubut”, quienes descubrieron el valle 16 de Octubre.
 AGN. Dpto. Docs. Escritos. Mapoteca II, 145.



> PLUMA Y BRONCE

(Por Nicolás Gutierrez)

Ricardo Rojas y Luis Perlotti
-Los fundadores de *Eurindia*-

07



> SINGULAR

(Por Diego Huberman)

La cabeza de Popper

17

> ALUSIVO



Los documentos de octubre
-Pueblos originarios-
(Por María Teresa Fuster)

33

Antonio Pigafetta
-El cronista del siglo XVI-

47

Calfucurá y Sayhueque
-Los emperadores del Desierto-
(por Ricardo de Titto)

51

Machos, chinas y osacos
-Registros fotográficos del reclutamiento y de las
condiciones de vida y de trabajo de los indígenas
chaqueños en los ingenios azucareros de Jujuy
(1880-1920)-
(por Marcelo Constant)

69

El Malón de la Paz:
70 años después
(por Marcelo Valko)

93



> POLICIALES

(Por Marcelo Daniel El Haibe)

Procedimientos policiales para la
recuperación de documentos antiguos

113

Nuestros números anteriores

1era. edición: mayo 2016



2da. edición: junio y julio



3ra. edición: agosto 2016



4ta. edición: septiembre 2016



Para leerla online:

www.issuu.com/legadolarevista

Para descargarla:

www.mininterior.gov.ar/agn/publicaciones.php

www.agnargentina.gob.ar/revista.html

Fotografía de tapa:

Esposa del cacique Foyel e hija del cacique Inakayal.
AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 289878.



**Ministerio del Interior,
Obras Públicas y Vivienda
Presidencia de la Nación**

PRESIDENTE DE LA NACIÓN
Mauricio Macri

**MINISTRO DEL INTERIOR,
OBRAS PÚBLICAS Y VIVIENDA**
Rogelio Frigerio

SECRETARIO DEL INTERIOR
Sebastián García De Luca

SUBSECRETARIO DEL INTERIOR
Juan Carlos Morán

**DIRECTOR DEL ARCHIVO GENERAL
DE LA NACIÓN**
Emilio Leonardo Perina

**SUBDIRECTOR DEL ARCHIVO GENERAL
DE LA NACIÓN**
Facundo Jaramillo

LEGADO 

La revista del Archivo General de la Nación
de la República Argentina

EDITOR

Emilio Leonardo Perina

REDACTORES PRINCIPALES

María Teresa Fuster
Claudio Chaves

DISEÑO

María Jaeschke

CORRECCIÓN DE TEXTOS

Paulo Manterola

Número 5: junio de 2017

ISSN: 2524-9592

**COLABORADORES
DE ESTA EDICIÓN**

Nicolás Gutierrez

Diego Huberman

Ricardo de Titto

Marcelo Constant

Marcelo Valko

Marcelo Daniel El Haibe

Leandro N. Alem 246 C1003AAP - CABA

Teléfono: (54 11) 4339-0800 int. 70902

E-mail: revistadigitalagn@gmail.com

EDITORIAL

En esta edición homenajeamos a los pueblos originarios. En primer lugar, damos a conocer los documentos que el Archivo conserva entorno a ellos. En segundo lugar, Ricardo de Titto nos comparte la asombrosa historia de Calfulcurá y Sayhueque, los emperadores del Desierto. En tercer lugar, Marcelo Constant nos hace viajar un siglo atrás y nos cuenta cómo eran las condiciones de vida y de trabajo de los indígenas chaqueños en los ingenios azucareros de Jujuy. Y en cuarto lugar, Marcelo Valko nos relata cómo fue el reclamo más espectacular por parte de los indígenas argentinos: el Malón de la Paz.

Además, esta vez la sección Mármol y Bronce se transforma en Pluma y Bronce, ya que Nicolás Gutierrez nos cautiva al relacionar al escritor Ricardo Rojas con el escultor Luis Perloti. También en este número contamos con la sección Singular en la cual Diego Huberman nos sumerge en la aventura patagónica del rumano Julio Popper.

Y por último en la sección Policiales, Marcelo Daniel El Haibe nos relata cómo son los procedimientos policiales para la recuperación de documentos antiguos y se aboca a un caso en particular.

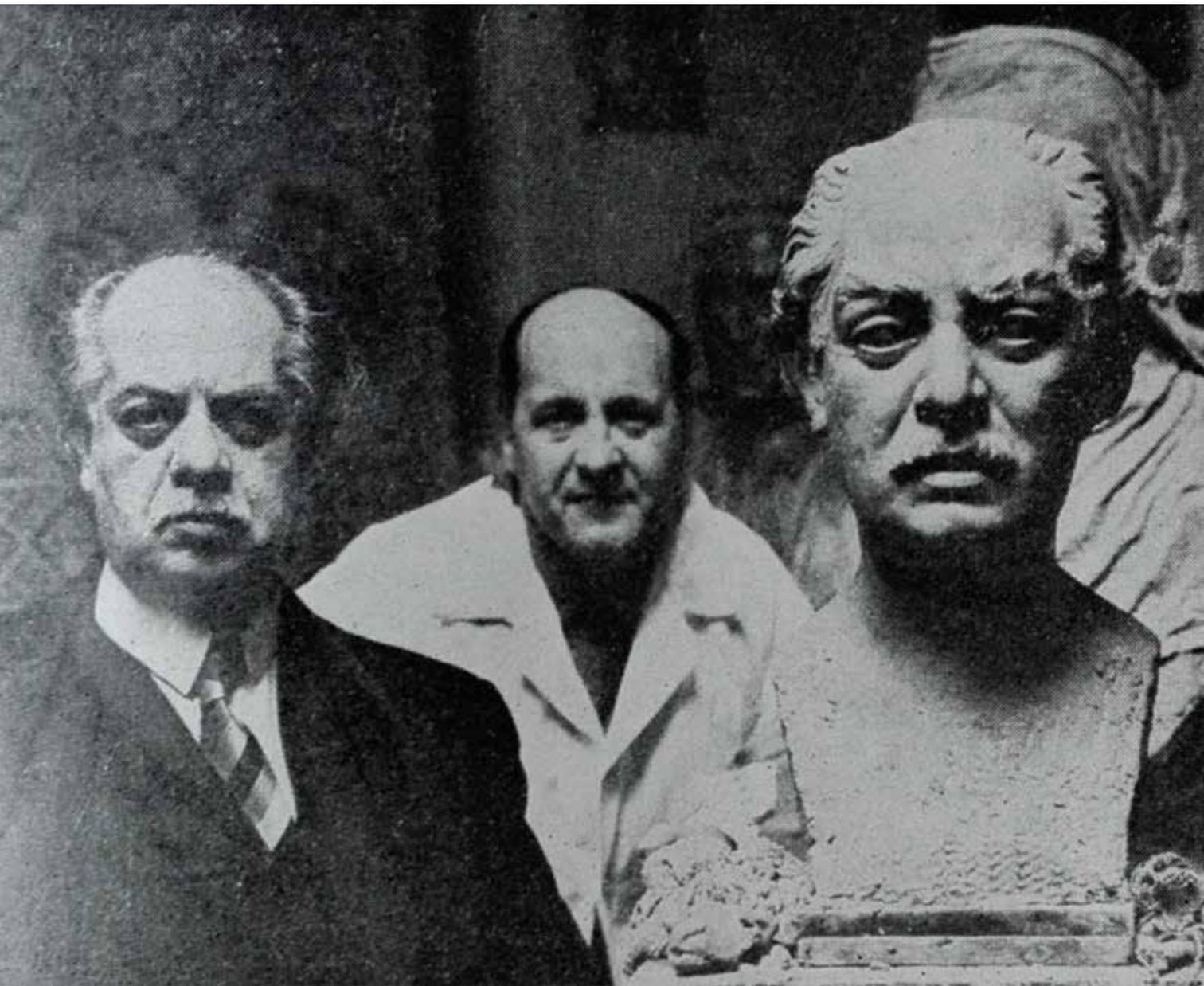


Emilio L. Perina



Escena de jinetes lanzando sus boleadoras.

Lámina de las memorias de Florián Paucke *Hacia allá y para acá. Una estada entre los indios mocobíes (1749-1767)*. AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 280402.



Ricardo Rojas posa para Luis Perloti.
AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 278802.

Ricardo Rojas y Luis Perloti

Los fundadores de *Eurindia*

por Nicolás Gutierrez*

“Un pueblo sin tradiciones de su origen me parece que debe sufrir los mismos desconuelos del hombre que no ha conocido sus padres, y debe envidiar a los otros que gozan en los infortunios recordando los días en que se adormecieron al rumor de los cantos maternales”.

Joaquín Víctor González.

La llegada del siglo XX trajo aparejada, para los países latinoamericanos, la necesidad de configurar una identidad nacional que definiera el gen criollo. El continente había cerrado su proceso emancipador y, por tanto, el yugo colonial era ya parte del pasado. El modernismo, las revoluciones industriales y el aluvión inmigratorio eran factores de eclosión dentro de las jóvenes naciones latinoamericanas; era necesario consolidar una cultura basada en la conciencia nacional que amalgamara ambas realidades. Joaquín V. González fue el introductor del criollismo en la Argentina y de su reconstrucción estilizada y letrada del gaucho emergió Ricardo Rojas. Y, así como este último lo pregonaba, Luis Perloti materializaría estos ideales.

Rojas, el padre de Eurindia

Ricardo Rojas, escritor, periodista, docente, ideólogo e historiador, nació el 16 de septiembre de 1882 en la ciudad de San Miguel de Tucumán. Desde muy temprana edad, mostró sus dotes de eximio escritor y exhibió su preocupación por los preceptos nacionalistas y por las raíces criollas de su tierra natal. A sus 23 años, escribió *El país de la selva*, obra regionalista que despertaría el interés de los círculos intelectuales. Por esta razón, fue convocado por Joaquín V. González, en 1909,

para unirse al plantel docente de la Universidad Nacional de La Plata. Ese mismo año, escribió también *La restauración nacionalista*, como corolario de su viaje a Europa. Allí, estudió los sistemas educativos del viejo continente; el libro se constituiría como manifiesto prologal de su lucha en defensa de la “argentinidad”. El viaje de estudio había sido encomendado por José Figueroa Alcorta, presidente de la Nación y el libro, por Rómulo Naón, ministro de Educación e Instrucción Pública.

* Es contador público y vive en Bahía Blanca. Es escritor e investigador. Es autor de *Mármol y Bronce: escultura de la Ciudad de Buenos Aires* (Olmo Ediciones, 2015).

En 1910, año del centenario de la Revolución de Mayo, redactó *Blasón del Plata*, libro donde apela al orgullo nacional y donde trata, por primera vez, los conceptos de “exotismo” e “indianismo”. El nacionalismo de Rojas estuvo fuertemente centralizado en la glorificación de las tradiciones criollas y regionales y en la defensa de la cultura autóctona. Dos años después, en 1912, Norberto Piñero, decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, le encomendó la cátedra de Literatura Argentina, primera en el país.

Asimismo, en 1917, publicó la monumental obra: *La literatura Argentina*, dividida en cuatro volúmenes. En esta, por primera vez, se estructuraba la historia de las letras en esta parte del cono sur. Finalmente, en 1924, escribió *Eurindia*. A su propio entender, este libro se constituyó como la síntesis de su pensamiento y de su programa de trabajo. Continuó escribiendo, sin embargo, hasta el final de sus días. De sus trabajos posteriores a *Eurindia*, se destacan su *Silabario de la decoración americana* (1930), dirigido como guía para los artistas nacionales en un llamado de atención hacia los motivos, los ritmos y los símbolos del arte indígena, y *El santo de la espada* (1933), vida y obra del general José de San Martín.

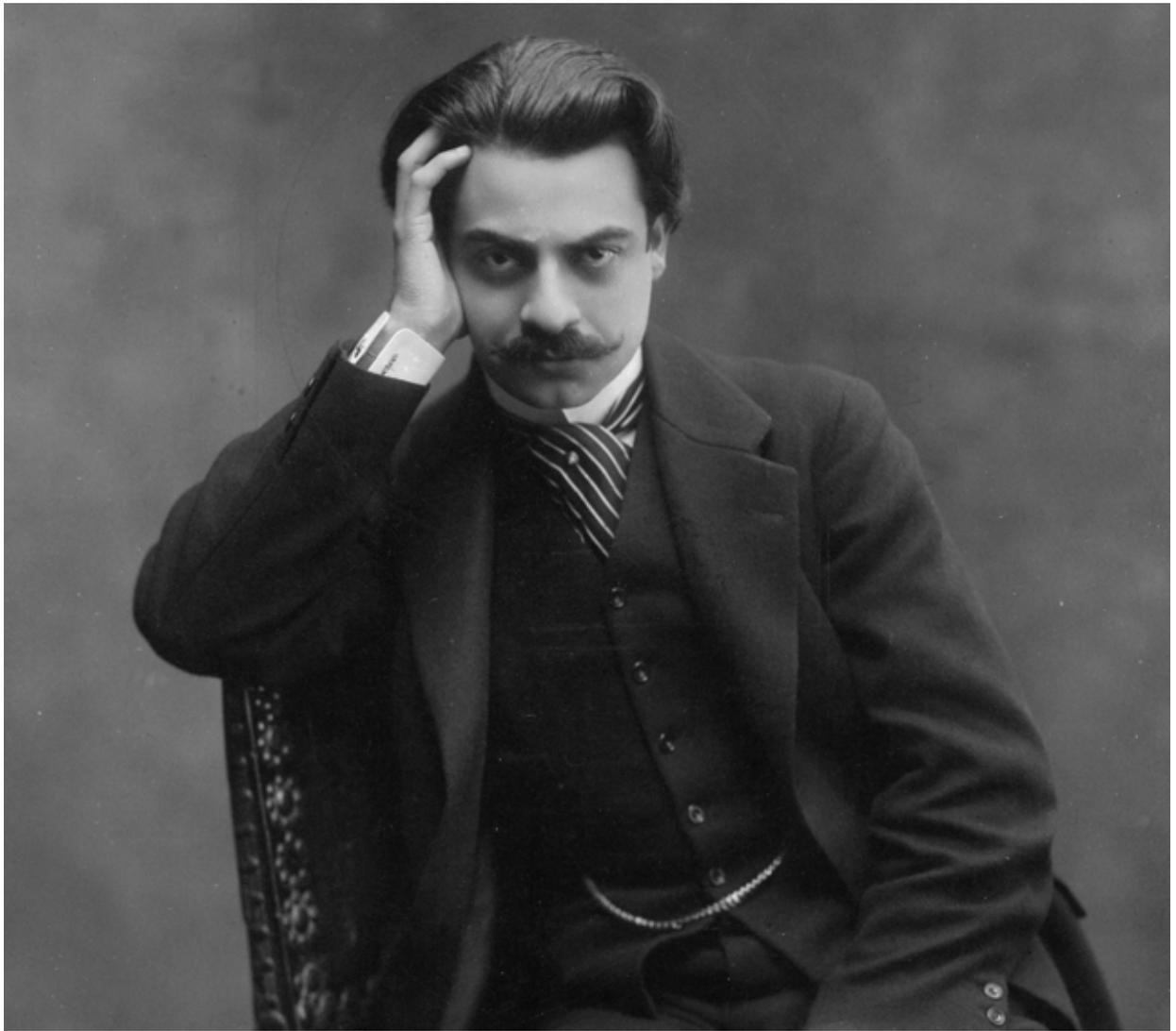
Ricardo Rojas fue rector de la Universidad de Buenos Aires entre los años 1926 y 1930, que lo nombró doctor *honoris causa*, así como también lo harían la Universidad de Río de Janeiro y la de San Marcos de Lima. Francia, a su vez, lo condecoró con la cruz de la Legión de Honor en 1922. Falleció en la ciudad de Buenos Aires el 29 de junio de 1957. Fruto de su encomiable aporte a la cultura argentina, en el año 1982, por medio de un decreto presidencial, fue elegida la fecha de su partida hacia la inmortalidad para celebrar el Día de la Cultura Nacional.



Ricardo Rojas toma la palabra en un banquete ofrecido en motivo de su enlace. A su izquierda, Joaquín V. González. AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 4729.

Arte e idealismo

Eurindia, con el Subtitulado: “Ensayo de estética fundado en la experiencia histórica de las culturas americanas”, salió a la luz en 1924 y constaba de 271 hojas organizadas en 97 capítulos. Dos años antes, había aparecido en el suplemento dominical del diario *La Nación*. La estética del libro parte del idioma como primera manifestación de la conciencia argentina, pero fundamenta la construcción del ideario nacional esencialmente a través del arte, conciliando lo indígena con lo exótico y definiendo la originalidad del alma nacional a través de la continuidad de la tradición, la unidad de la cultura, la correlación de los símbolos y la homología de la civilización de América. Retorna, entonces, las palabras clave de su pensamiento ideológico: “exotismo”, que se refiere a la cultura europea, y “colonial” e “indianismo”, que se refieren a la herencia cultural de los pueblos originarios y a las tradiciones autóctonas nacidas en tierra americana.



Ricardo Rojas, 1926.
AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Fondo Caras y Caretas. Inventario 6724.

Rojas entendió que nuestro pasado indígena se fusionaba con el español y que esta fusión nutría la cultura nacional, constituida como un ente con identidad propia. En sus palabras: “La doctrina de *Eurindia* no rechaza lo europeo: lo asimila; no reverencia lo americano: lo supera”. La constitución de nuestra identidad, por tanto, emerge de nuestras experiencias históricas y geográficas: la “indianidad” de los primeros habitantes del continente, la época del predominio español, la independencia o patriado y el cosmopolitismo, debido este

último al aluvión inmigratorio y a la modernidad que trajo aparejado el capitalismo.

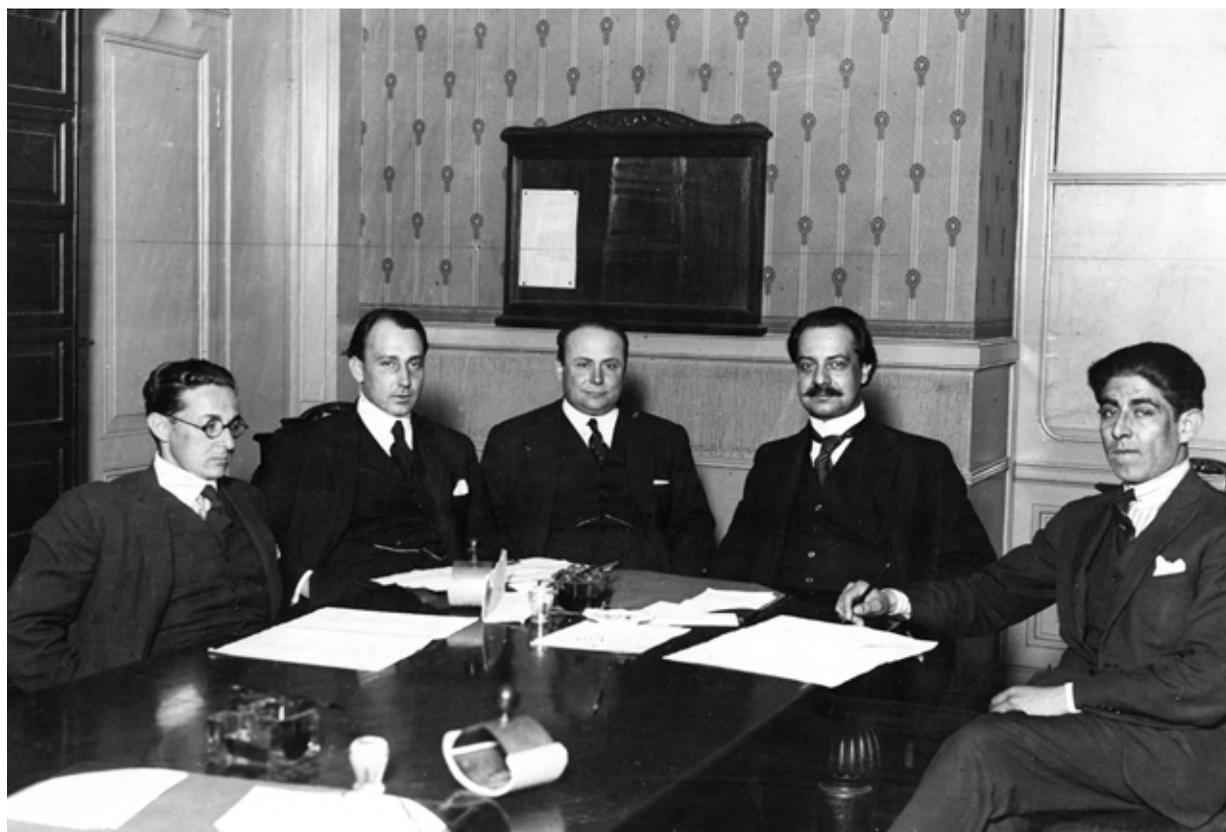
De este modo, el escritor reivindicaba a los pueblos originarios. Si bien había sido, en varias ocasiones, criticado por ser idealista, literario y artificial, él revalorizaba las lenguas amerindias y precolombinas, su historia, sus creencias y sus costumbres. En un artículo publicado en la revista *América indígena*, Rojas reafirmaba sus voluntades: “No pedimos caridad para el indio actual; pedimos justicia en el conocimiento y en la acción.

El indio fue el primer hijo del país. Los que hoy quedan sobre la tierra de sus padres, son habitantes amparados por la Constitución. Ellos presentan, un título hereditario y una posesión milenaria, que los inviste de un privilegio. Si menospreciamos al indio comenzaremos a menospreciar lo nativo. Este valor de lo nativo, o sea de lo indígena, debe ser ingrediente de nuestra cultura”.

Como ya se ha expresado, la colaboración del arte era indispensable para la transmutación de los valores que llevaría a la conciencia argentina a un nuevo estadio. La misión del arte era, a su entender, el volver al paisaje para americanizar las ciudades, el volver a la raza para simbolizar su anhelo de orgullo, de pertenencia a la tierra. Tanto la danza, la música y la arquitectura como la pintura y la escultura eran herramientas pedagógicas para tener en cuenta. En el plano de la danza y de la música,

Carlos López Buchardo, Pascual de Rogatis, Vicente Forte y Floro Ugarte, iniciaron el camino de la música folclórica. En el ámbito de la arquitectura, Martín Noel y Ángel Guido adhirieron al pensamiento de Rojas en la resolución de edificios públicos y palacios. En efecto, Guido fue el encargado de construir la residencia del escritor, ubicada en Charcas 2837 de la ciudad de Buenos Aires; actualmente, la sede del Museo Ricardo Rojas.

En el espacio de la pintura, Fernando Fader, Benito Quinquela Martín y Bernardo Quirós, a través de sus óleos, que expresaban las escenas costumbristas y los paisajes patrios, fueron algunos de los fieles reflejos de los preceptos autóctonos instruidos por Rojas. En la escultura, Luis Perloti fue el mejor exponente del arte “euríndico” y de la reivindicación de los pueblos originarios de la tierra americana.



Ricardo Rojas decano de la Facultad de Filosofía y Letras, 1923. En el centro, el Dr. Emilio Ravignani. AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Fondo Caras y Caretas. Inventario 6917.

La materialización de *Eurindia*

Luis Perlotti nació el 23 de junio de 1890 en la ciudad de Buenos Aires. De joven, trabajó en una ebanistería y encontraría en la talla de madera su don creativo. Al mismo tiempo, asistió a la sociedad italiana Unione e Benevolenza y a los talleres de la Asociación Estímulo de Bellas Artes. Luego, estudió en la Academia Nacional de Bellas Artes, de donde egresaría en el año 1915. Tuvo como maestros a Pío Collivadino, Enrique Fabbri y Carlos Ripamonti en pintura y a Lucio Correa Morales en escultura.

Siendo aún estudiante de Bellas Artes, ingresó como dibujante en el Ministerio de Agricultura de la Nación. De manera concomitante, se abocó a la docencia en el Colegio Nacional Domingo Faustino Sarmiento y en la Escuela Industrial Otto Krause, como profesor de modelado y dibujo. A lo largo de su extensa y prolífica carrera artística, participó de salones nacionales e internacionales, en exposiciones tanto colectivas como individuales, donde fue premiado en numerosas ocasiones. Manejaba todas las técnicas escultóricas; trabajó con cerámica, cemento, piedra, bronce y madera. Fue un notable retratista. Las piezas de su autoría que se emplazan en el espacio público de las ciudades, en museos y en instituciones públicas y privadas del país son incontables.

De su extenso aporte al arte argentino, también se destacan sus obras sobre temática autóctona. De joven, había entablado amistad con Juan Bautista Ambrosetti, Eduardo Holmberg y Francisco Pascasio Moreno, quienes fueron para él fuente de consulta permanente en el estudio y en el conocimiento de los pueblos originarios y de la geografía, flora y fauna del territorio argentino. Fueron, a su vez, guías en los viajes que emprendería, a partir del año 1925, por Argentina, Bolivia y Perú. Las experiencias vividas

durante sus viajes de estudio fueron motivo de inspiración para él. Las tradiciones, las creencias, los usos y costumbres de los pueblos y la descripción del territorio fueron ideas y sentimientos que Perlotti atesoró en su mente y en su corazón, para luego materializarlos en sus obras de arte.

Fue, por tanto, un fiel seguidor de los preceptos “euríndicos”: a la técnica occidental del arte escultórico, adquirida en las aulas, supo conjugarla sabiamente con las experiencias de vida obtenidas durante el desarrollo de sus viajes. La originalidad de la temática respaldaba los principios de la conciencia nacional y se constituía como piedra basal en la inducción, por medio del arte, a la formación de la “argentinidad” en el conocimiento de nuestras raíces. En su casa-taller de la calle Puyol 644, en el corazón de Caballito, se encuentra un importante número de piezas de temática americanista. El inmueble fue donado por Perlotti a la ciudad de Buenos Aires y la Municipalidad cumplió su deseo de que se convirtiera en museo.

Entre las obras que se hallan expuestas, se cuenta con los bustos (mayoritariamente tallados en madera), en los que retrató a los pueblos originarios como ona, quechua, quechurí y xavante. Asimismo, se encuentran los relieves y esculturas que recreaban las tareas diarias (tal es el caso de *Las Tejedoras*), así como también aquellas que recreaban las creencias y leyendas autóctonas (por ejemplo, *Sacrificio de una virgen*, *Flor de Irupé* y *Oración al Dios de la lluvia*). Por su parte, el espacio público también se haya engalanado con algunas de sus piezas escultóricas. En la ciudad de Buenos Aires, se pueden encontrar emplazadas: *La Tejedora* en Parque Avellaneda, *Los Andes* en el parque homónimo de Charcarita y *Las Tejedoras* en Caminito de la Boca.



Izquierda: Ricardo Rojas en un rincón de su casa, 1911.
AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Fondo Caras y Caretas. Inventario 6728.
Derecha: Luis Perloti, 1962.
AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 278873.



Ricardo Rojas en el Archivo de Jujuy.
AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 73938.

La ciudad también supo contar con la *Flor de Irupé*, la cual desapareció en el año 1989 de su lugar de emplazamiento, el estanque de Parque Centenario. Además, otras ciudades de Argentina también cuentan con obras suyas, entre ellas: *La Danza de la flecha* en la ciudad de Paraná, *Indio Tehuelche* en Puerto Madryn, *A Inti* (también conocida como Saludo al Sol) en Mendoza, *Monumento a los Libres del Sur* en Chascomús, y *Hondero de América* o *Indio Yacampis* en la ciudad de La Rioja.

Ricardo Rojas no solo fue el ideólogo de estos preceptos que Luis Perloti realizó en sus obras, sino que también fue su amigo personal. En sus esculturas, según el escritor, los tipos étnicos y sus ornamentos eran fuente de originalidad, “como lo comprueban muchas figuras de Perloti, precisamente las que dan a la obra de este escultor su carácter ‘eurindiano’, proveniente de esa adopción de la técnica europea, que no es sino un lenguaje, cuando expresa temas y sentimientos americanos”. ~~~



Izquierda: *La danza de la flecha*, desde 1934 se halla en el Parque Urquiza de la ciudad de Paraná (Entre Ríos). AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Fondo Caras y Caretas. Inventario 6917.

Derecha arriba: *Hondero de América*

AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 278825.

Derecha abajo: *La tejedora*, obra realizada en piedra en 1926. Actualmente se encuentra en el Parque Avellaneda. AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 278809.



Arriba: *Monumento a Los Andes*. En este grupo escultórico Perloti representa en el bronce por medio de tres figuras masculinas a los tres pueblos originarios de nuestra región andina: Calchaquis, Tehuelches o mapuches y Onas. AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 278807.

Arriba: Los indios collas rindiendo un homenaje al indio al borde el monumento, 12 de octubre de 1946. AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Fondo Noticias gráficas. Inventario 7930.



El ingeniero Popper (arriba) con dos integrantes de la expedición en Tierra del Fuego, 1887.
AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 304166.

La cabeza de Popper

por Diego Huberman*

Pensar es olvidar diferencias, es generalizar, abstraer.
Jorge Luis Borges, *Funes el memorioso*, 1942.

Como ocurre habitualmente, la historia de los personajes multifacéticos, o acaso polémicos, es igualmente polémica. La combinación entre el tiempo y la tecnología funciona –en alguna medida– como una prodigiosa máquina de suprimir detalles, resumir datos, simplificar circunstancias y entregar, finalmente, una versión simple y anecdótica de la historia, de los hechos y de las personas. La aventura patagónica de Popper merece más.

Julius Popper era rumano. Nació en Bucarest el 15 de diciembre de 1857. Muchos artículos y menciones se empeñan en resaltar su condición de judío, como si esa pertenencia tuviera alguna significación tanto en sus motivos para venir a Argentina, como en los trabajos que desarrolló en el país; ninguna de las dos teorías tienen fundamento. Neftalí Popper y Perla “Peppi” fueron sus padres. Por su parte, Neftalí tuvo una participación activa en el seno de la colectividad judía rumana. Popper padre era –a juicio de Arnoldo Canciani, acaso su más acabado biógrafo después de Boleslao Lewin– un intelectual progresista. Fue docente, periodista, director del primer colegio judío de Rumania, librero y traductor.

En su domicilio de la calle Vacarestu 27, en Bucarest, además de haber nacido Julius, nacieron dos hermanas y su hermano Máximo, quien lo acompañó a su aventura patagónica. Como era habitual en las familias burguesas de la época, sus miembros hablaban más de un idioma, y Julius tenía una especial facilidad para las lenguas. Asimismo, estudió ingeniería, en un principio, en Bucarest –donde conoció la palabra “patagonia” en un circo que exhibía un aborigen americano– y luego, finalizó sus estudios en París. Viajó por Turquía, Egipto e India; conoció también China y, a los veinticinco años, fue de visita por Japón. En 1881 regresó a Rumania, a donde, luego de retomar una vez más sus viajes, no volvería.

*Es productor periodístico y escritor. Es autor de dos obras de teatro, y de dos libros: *Baigorri hacía llover* y *El fiscal del gusto: La historia de Grimod de La Reynière, el primer crítico gastronómico*.



Los buscadores de oro. Las aguas eran conducidas por canaletas de madera y en el fondo quedaban las partículas. Tierra del Fuego, marzo de 1933. AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 160515.

Estuvo en Siberia y en Nueva Orleáns (como si fuera simple ese traslado). En la ciudad estadounidense, se dedicó a la ingeniería civil; hizo lo mismo en La Habana y en México. No obstante, en Brasil, recibió la noticia

que cambiaría su vida, si eso era posible: en el Estrecho de Magallanes habían sido descubiertos yacimientos de oro. Julius Popper cerró el diario que estaba leyendo. Tenía veintiocho años.

El origen de la leyenda

El descubrimiento de oro en Tierra del Fuego se debió, como tantas otras veces, a una combinación de tragedia y de azar. En el siglo XIX, la navegación desde Europa hacia el Pacífico se hacía obligatoriamente a través del Estrecho de Magallanes, donde era frecuente que los barcos encallaran o naufragaran, o ambas cosas. A tales efectos, en la ciudad chilena de Punta Arenas, fundada en 1843, existían los llamados “raqueros”, trabajadores especializados en el desguace y posterior venta (o intercambio con los aborígenes) de los restos de las naves. La expresión “raquero”, el que trabaja en el “raque”, es un neologismo derivado de la palabra inglesa *wreck*, que significa precisamente “naufragio”. Cuando, en el mes de septiembre de 1884, el infortunio prefirió al barco francés Arctique, uno de esos trabajadores observó que la arena brillaba. La consecuencia es previsible.

Pensemos en Popper en Buenos Aires: un joven ingeniero de veintiocho años, culto, políglota, simpático, pero proveniente de un país que, por distante, resultaba casi imaginario. Popper allí no conocía a nadie y no había sido convocado, sino que llegó hasta nuestro país movido por la curiosidad y por la aventura. Sin embargo, al poco tiempo, traba relación con importantes figuras de las élites de la época. Lucio Vicente López, Joaquín Cullen, Manuel Lainez y Bernardo de Irigoyen son algunos de los nombres con los que se vinculó y de quienes logró, además de su atención y de su trato, el financiamiento para su proyecto.

Además de una natural predisposición a las relaciones sociales, Boleslao Lewin postula una teoría que no es inverosímil a la hora de entender la facilidad con la que se le abrieron algunas puertas: Popper era masón. Y no es nuevo ni desconocido que la masonería tuvo

en Argentina, y en el mundo, un rol clave en la propagación de las ideas científicas, del racionalismo y de la república. Por ejemplo, San Martín, Sarmiento y Leandro Alem fueron masones, al igual que muchos de los hombres que hoy son recordados con nombres de hospitales en la ciudad de Buenos Aires.

En 1886, logró reunir el dinero para la creación de la Compañía Anónima Lavaderos de oro del Sud. De un mapa con inscripciones autógrafas de Popper, puede suponerse que él mismo relevó la zona. Finalmente, el 12 de junio, se constituyó la mencionada sociedad, que recibiría una concesión del presidente Julio A. Roca. Por Popper, que estaba ausente, firmó el Dr. Joaquín Cullen.

La historia política y social de la isla de Tierra del Fuego es una especialidad en sí misma. Para ubicarnos en el lugar y en el momento, sepamos que la isla tiene dos grandes regiones geográficas: el norte y el sur, y que en cada una predominaba un tipo de habitante nativo con hábitos diferentes. Los del norte eran cazadores nómadas, conocidos como *selknam* u onas. Los del sur, más débiles, conocidos como yámanas, vivían navegando en canoas por los canales australes. En ambos casos las poblaciones eran chicas –de unos miles– pero, en proporción al territorio ocupado, más grandes que los pueblos aborígenes continentales. La barrera geográfica de la isla los mantenía separados, aunque no se trataba de dos pueblos, sino de diferentes etnias y de grupos organizados de diferente manera.

El 25 de noviembre de 1884, fue nombrado primer gobernador del territorio argentino de Tierra del Fuego el capitán de marina, de veinticinco años, Félix Mariano Paz, quien se estableció en Ushuaia, que sería declarada capital del territorio al año siguiente.



Onas en Tierra del Fuego, 1909.
AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 139055 (arriba) y 139056 (abajo).

Fundando una ciudad imaginaria

Entre las cosas que obtuvo, Popper consiguió permiso para que su grupo de dieciocho hombres fueran armados. Preveía, como lo había anticipado en sus cartas, que podría enfrentar a grupos o individuos que se dedicaban al saqueo de oro o a medrar tanto con los restos de naufragios, que se encontraban dispersos por la costa del Estrecho de Magallanes, como a producirlos colocando, por ejemplo, faros falsos para confundir a los navegantes.

Llevó consigo mulas, caballos, carpas y material científico y de acampe en general. Llegaron a Punta Arenas provenientes de Montevideo; desembarcaron uniformados y se instalaron cerca del muelle. El gobernador chileno recibió con honores al grupo uniformado y armado, y lo sumó a los festejos que se realizaban en honor al recientemente ungido presidente Balmaceda. Con la colaboración de las autori-

dades chilenas, y el apoyo de las familias de origen europeo de Punta Arenas, logró que trasladaran al grupo hasta el lado argentino de la isla.

Cuesta imaginar la dimensión del viaje: para llegar hasta Tierra del Fuego, Popper debió tomar un barco inglés en Montevideo con destino a Punta Arenas y, de allí, cruzar la frontera para acceder a la parte argentina de la isla. La llegada no fue muy feliz.

Comenzaron a recorrer la costa con la idea de encontrarse con un barco de provisiones que habían enviado ellos mismos, pero el barco naufragó. Los pocos animales que intentaron cazar llamaban la atención de los pobladores nativos que seguían al grupo a una distancia prudencial. Después de comerse algunos caballos, enviaron a un pequeño grupo a Punta Arenas para coordinar otro envío de suministros; ese desencuentro casi les cuesta la vida.



Campamento de la expedición de Popper, Tierra del Fuego. 1887.
AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 304165.



Enfrentamientos en Tierra del Fuego, 1887.
AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 304157.

De acuerdo al propio testimonio de Popper, más al sur del Cabo de San Sebastián, encontraron huevos de aves, guanacos y lobos marinos, con los que pudieron establecerse y relevar la zona, que hasta ese momento nunca había sido visitada. Se instalaron en San Sebastián, desde donde comenzaron la tarea de entender la zona y de competir con Ramón Lista por la denominación de ríos y accidentes geográficos. Durante este viaje por la isla, tuvo lugar una de las imágenes más difundidas de Popper: junto a un aborigen muerto, se lo muestra a él y a algunos de sus hombres apuntando sus armas.

Lo cierto es que Popper, a diferencia de los estancieros australes, no estaba interesado en la tierra, sino en el oro y que, a pesar del intento por entenderse con los habitantes nativos, la relación no era buena, entre otras cosas, por la idiosincrasia de esos pueblos en la que la propiedad privada no existía y los animales tenían otra significación y valor. Ese desajuste llevaba a malentendidos que, generalmente, terminaban en intercambios de flechas y de balas sin

víctimas, porque ni Popper ni los nativos compartían sus intereses recíprocos.

Asimismo, la tecnología fotográfica de ese momento hacía imposible captar una escena en el momento en que ocurría: era imprescindible posar. Por este motivo, en los testimonios gráficos de la época, todos los personajes aparecen inmóviles. De manera que la poco feliz foto que Popper se hizo tomar después de ese enfrentamiento –y que formó parte del álbum que obsequió el Presidente Juárez Celman– tenía, en realidad, la intención de mostrar la dureza del ambiente en el que tenía lugar su tarea; no se trataba de una jactancia o de un elogio de la violencia contra los pueblos nativos, como sostienen algunas versiones. De hecho, en la nutrida correspondencia de Popper y en su diario, no aparece ninguna referencia despectiva hacia los nativos quienes, muy por el contrario, siempre fueron objeto de respeto y de buen trato por parte del mismo Popper mientras estuvo al frente de su emprendimiento. Con una idea ya formada de la zona y de su potencial, se trasladó de vuelta a Buenos Aires.

La otra conquista

En Buenos Aires, Popper enfrentaba un desafío político encarnado en Ramón Lista, que contaba con el apoyo del Estado y al que oponía su relación con figuras poderosas. Optó, entonces, por anunciar, a través de los medios –particularmente, mediante una nota firmada con seudónimo en *El diario* dirigido por su amigo y mecenas Manuel Láinez– que brindaría una conferencia en la que, entre otras cosas, expondría la situación de la región austral, sus hallazgos y sus potencialidades, además de referirse a la manera en que debería ser ejercida la soberanía en esa zona.

El encuentro tuvo lugar el 5 de marzo de 1887 en la calle Perú 35. Lo presidió Luis Hergo. El Instituto Geográfico Argentino, organización privada y prestigiosa que daría origen al Instituto Geográfico Militar, era la auspiciante. La exposición de Popper tuvo todos los condimentos de una acción de *marketing*: había llevado objetos para mostrar, mapas, anécdotas y hasta fotos. Además, se adelantó a Ramón Lista al dar a conocer sus denominaciones topográficas.

A nombre de la Compañía Anónima de Lavaderos de oro del Sud, y con el apoyo de sus accionistas (entre los que se encontraban los más distinguidos nombres del comercio de ese momento), compró dos barcos y se dirigió a El Páramo, el epicentro de su historia. En ese recóndito lugar, que él mismo describió como apocalíptico, instaló la base de su compañía, que lavaba arena para separar el oro. En el mismo lugar en el que otros habían fracasado, Popper puso a trabajar su célebre cosechadora de oro, que era una máquina de uso manual y que permitía reunir medio kilo de metal por día. Para tranquilidad de sus inversionistas, enviaba a Buenos Aires dos remesas de ocho kilos cada una y una tercera de doce kilos.



Ramón Lista (1856-1897), explorador del sur argentino. AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 128221.

La máquina –las máquinas, en rigor– era operable por cualquier persona y no necesitaba combustible. (En la actualidad, se conserva una en el Museo del Fin del Mundo en Ushuaia.) Lo cierto es que el paso obligado del oro por Punta Arenas, sumado al hecho de que muchos trabajadores del Lavadero eran oriundos de esa ciudad, produjo una inusitada ola de “cuentapropismo”, así como el arribo de aventureros. Todos se instalaban de manera más o menos precaria y clandestina en la zona que el gobierno argentino había concesionado a Popper. Esto lo puso en la situación de tener que defender con sus propios medios la fuente de su trabajo de exploración y explotación.

Paralelamente, Popper redactó un reglamento para lo que hoy llamaríamos una “terciarización”. Consciente de que el territorio que le fuera cedido era lo suficientemente grande, el documento estipulaba las condiciones en las cuales se aceptaría la presencia de grupos de mineros y la forma en que se repartiría el oro extraído, que era en tres partes: una para el Lavadero, otra para el pago por el uso de herramientas y otra para el grupo de mineros, distribuida entre ellos como quisieran. Si el grupo disponía de herramientas propias, se les cedería dos de las tres partes.

Sin embargo, más importante que los visitantes indeseables –o saqueadores– era el problema que enfrentaba con el gobernador de la isla de Tierra del Fuego, ante quien había denunciado a los intrusos. En su respuesta a la denuncia, el gobernador Paz ponía en tela de juicio la legitimidad de la empresa de Popper, aunque la reconocía como lícita. Popper, entonces, tomó la decisión de viajar a Buenos Aires y, de la mano de sus mecenas, aseguró la situación.

Fue designado comisario de San Sebastián, lo que significaba que tenía en sus manos la autoridad para hacer frente a las intrusiones, cosa que, además, el gobernador Paz no hubiera podido hacer, por la dificultad geográfica de transitar la isla de norte a sur y por la falta de medios y de hombres con los que sí contaba Popper. De este modo, en la práctica, se dividieron la autoridad de la Isla.

Fue, sin duda, una victoria política de Popper, quien designó a su hermano Máximo como Comisario. Máximo murió al poco tiempo y fue sepultado en San Sebastián. Tenía veintitrés años. Era el año 1891. Luego, sobrevinieron robos por parte de sus trabajadores. Estos huyeron en un bote y Popper los persiguió y recuperó el botín. También sobrevino una suerte de invasión, que Popper reprimió y que casi cuesta un incidente diplomático con Chile, y un ataque contra uno de sus establecimientos.



Félix María Paz, primer gobernador de Tierra del Fuego. AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 95800.

La serie de ataques contra el emprendimiento y contra Popper y su gente eran constantes y alentados desde Punta Arenas, por donde era obligado el paso tanto para abastecerse como para viajar a Buenos Aires. Las crónicas de la época relataban casi a diario incidentes en los que Popper aparece como una suerte de *sheriff* al frente de un mínimo grupo de ocho hombres y hacía frente a saqueadores, bandoleros e intrusos que asolaban su zona de concesión. Sin embargo, junto con la defensa por las armas de su emprendimiento, la hostilidad manifiesta de las autoridades –sobre todo argentinas– y su capacidad para seguir adelante con la tarea que se había propuesto, se destaca otro logro significativo: la creación de monedas de oro. Algunas las acuñó directamente en El Páramo, con herramientas artesanales, que entregaban un producto igualmente precario. Otras, la mayoría, fueron acuñadas en la Casa de Moneda de Buenos Aires, con el oro que él remesaba.

Los motivos de Popper para justificar la emisión eran varios: por un lado, la ausencia de papel moneda en la isla donde, entre las carencias, estaba la de un banco. Por otro lado, la necesidad de que el metal, que circulaba entre los trabajadores y que utilizaban para diferentes transacciones, tuviera un formato unificado que permitiera su uso, en lugar de circular en polvo (que era la forma en que se lo extraía). Por último, el hecho de que, en Punta Arenas, las transacciones se hacían en moneda chilena –o mayoritariamente en libras esterlinas–, lo que irritaba el nervio pro argentino de Popper. Sin resistencias y con la seguridad de estar obrando de la mejor de las maneras posibles, dio rienda suelta a su moneda en cinco denominaciones. Algunos ejemplares aún se conservan en el Museo del Fin del Mundo, en Ushuaia.

Asimismo, el gobernador Paz finalmente visitó el lado “popperiano” de la isla. Ambos la recorrieron, visitaron las ruinas de varios en-

claves de la empresa y se conocieron el uno al otro. Pero la falta crónica de suministros y de hombres, para trabajar y para mantener el orden y la seguridad, parecía no tener solución. La “brigada de ocho espantapájaros” (literalmente) con que Popper había hecho frente a varios incidentes no era sostenible en el tiempo y el gobernador Paz no aportaba medios ni soluciones: había dejado de ser su enemigo, pero no era suficiente. De todos modos, la suerte parecía estar echada. En 1890, Popper viajó a Buenos Aires.



Monedas de un gramo de oro acuñadas por Popper en 1889.



Popper a caballo junto a los integrantes de su brigada, 1887. AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 304155.

El inventor reinventado

En Buenos Aires, Popper enfrentó la disolución de la Compañía Anónima de Lavaderos de oro del Sud y, a cambio, los establecimientos de El Páramo pasaron a su nombre, junto con la obligación de enviar el 15 % del oro obtenido. De este modo, le escribió a su capataz croata Mateo Miyaic y le pidió que fuera austero en la administración y le expresó su confianza en que saldrían adelante. Al mismo tiempo, aprovechó la visita a Buenos Aires para patentar la cosechadora de oro, la máquina de su invención con la que obtenía el metal precioso de la arena austral, y para desatar una batalla mediática contra Paz, el gobernador de Tierra del Fuego, con quien había llegado a cierto grado de entendimiento. El detonante de la nueva y última crisis fue el envío de provisiones a El Páramo.

Popper y Paz comenzaron a cruzar artículos en los diarios porteños, a los que Popper llegaba con gran facilidad, tanto por sus amistades como por la originalidad de la temática y por la gracia de su pluma. Finalmente, Paz renunció al cargo de gobernador de Tierra del Fuego y fue trasladado a Córdoba. Popper, por su parte, el mismo 23 de mayo de 1890 en que Paz renunció, viajó a Jujuy con el objeto de relevar el potencial minero de la provincia. Hizo el viaje en tren. Allí, recorrió la zona donde, nuevamente a través de la prensa, describió la pobreza extrema de los habitantes, las condiciones paupérrimas de los aborígenes y la inviabilidad de extraer oro de las diferentes minas ya extinguidas desde la época de la dominación española.

Mientras tanto, el Dr. Mario Cornero fue designado nuevo gobernador de Tierra del Fuego. Cornero era médico y oficial de

marina y, antes de tomar posesión del cargo, leyó los trabajos de Popper y de Lista. Una de sus primeras obras fue la construcción de una escuela; Popper tomó muy bien la designación de Cornero. En 1891, obtuvo también la cesión de 80.000 hectáreas en Tierra del Fuego para la creación de una colonia agrícola en la que pensaba emplear a 250 familias aborígenes, otorgando a cada una: una vivienda y un lote de 100 hectáreas y alimentos gratis por seis meses. Una vez más, el pensamiento decimonónico de Popper iba hacia la idea de la civilización y nunca hacia la de la violencia.

Por su parte, el gobierno se comprometió a otorgarle las escrituras una vez que demostrara que el plan estaba cumplido. Las hectáreas cedidas para el emprendimiento eran las que ocupa actualmente la ciudad de Río Grande. Esas 80.000 hectáreas cedidas se sumaban a las dos 2.500 que ya tenía, en las que estaba el desarrollo de El Páramo. Sin duda, Popper se reinventaba, y mutaba de empresario minero a colonizador.

De este modo, realizó otro pedido al gobierno: 375.000 hectáreas más. Allí planeaba instalar familias europeas y desarrollar un ambicioso plan de infraestructura que abarcaba el balizamiento de la costa, la introducción de ovejas y la construcción de un muelle en San Sebastián y la de un faro en Punta Arenas. Sin embargo, el gobernador Cornero no tomó bien la iniciativa de Popper; argumentó que se pretendía el control de casi un tercio de la isla, que se trataba de la mejor tierra y que esto produciría el éxodo de los habitantes de Malvinas y de Magallanes.

La existencia de repartos similares de tierra en otros lugares del país, sumada a la deli-

cada situación política que culminaría con la Revolución del Parque, no jugaban a favor de Popper. Asimismo, la emisión de estampillas postales fue otro de los conflictos que desató y enfrentó. Había sido denunciado por emitir-las y, en su defensa, sostuvo que se trataba de una suerte de marca con la que distinguía su correspondencia. Ciertamente o no, de la discusión obtuvo la publicidad que tanto le gustaba y, a la vez, señalaba el camino que años más tarde la realidad tendría que recorrer. De alguna manera, en su imaginación ocurrían las cosas que más tarde ocurrirían en la realidad.

Final de juego

En Buenos Aires, Popper desplegó una actividad frenética pero, principalmente, alrededor de conflictos. Chocaba todo el tiempo contra todo. Así, se enfrentó a dos científicos franceses enviados por su gobierno a recorrer y a relevar Tierra del Fuego, a quienes acusó de falsear sus informes y de perseguir y maltratar a los nativos, para enviarlos a Francia para su exhibición. Chocó contra el director de un diario italiano, que lo retaría a duelo, aunque esto no sucedería. Se enfrentó al gobernador Cornero, que se había opuesto al plan de colonización. Denunció a uno de sus capataces de El Páramo, mientras el otro lo estaba robando, todo por falta de pago.

En medio de ese torbellino de litigios, Popper brindó su segunda conferencia, en la que aportó mucha información técnica sobre explotación minera y sobre etnografía, pero en la que omitió a todos los pioneros que estaban viviendo en la isla desde antes de su llegada. En esa conferencia,

también presentó el primer mapa detallado de la región e introdujo la denominación de Mar Argentino para las aguas del borde costero.

Pero no se detuvo allí. El 7 de abril de 1893, presentó un proyecto al que dio el nombre de “Atlanta”. Era la idea de una ciudad sobre la costa de Tierra del Fuego. Editó seis ejemplares de ese trabajo, uno de los cuales (el número dos) todavía se conserva. Se trataba, de alguna manera, de la Argirópolis que Sarmiento había ideado en la isla Martín García, una utopía insular. Además, ese mismo año, presentó el proyecto del telégrafo. Describió de manera minuciosa los materiales necesarios y la disposición de la infraestructura e incluía hasta los lugares de instalación de los postes y del recorrido del cableado.

Planeaba desarrollar el comercio de pieles de lobo marino y de ballenas, que eran explotadas por emprendimientos más o menos legales en las islas australes. Hizo el cálculo financiero del emprendimiento y llegó a la conclusión de que, bien administrado, ese comercio podía pagar la deuda externa de ese momento. Pensó también en la necesidad de cuidar el recurso, para evitar poner en peligro la continuidad de las especies. Quería llegar a la Antártida.

El 2 de junio de 1893, el diario *La Prensa* anunció que Popper estaba listo para ese viaje. Disponía de dos barcos y, aunque algunos especialistas coincidían –también a través de la prensa– en que estos no estaban en las mejores condiciones y en que la época del año no era la más conveniente, no había tiempo que perder. Sin embargo, Popper estaba por comenzar otro viaje, aunque él mismo no lo supiera.

POR LOS MISMOS

Del vapor «Explorador», perteneciente á la testamentaria de D. Julio Popper. Gran pichincha. Base bajísima. Tasación 8000 \$ mjn. 2/3 partes y base de venta 5,333 \$ mjn.

El jueves 12 de Abril á las 2 de la tarde, vendremos en remate público por órden del señor juez de 1ª Instancia doctor don Alberto Centeno, y como perteneciente á la testamentaria mencionada, el buen vapor Explorador, siendo sus dimensiones 24 metros de eslora, 4 de manga y 2 de puntal, motor de alta presión y de 16 á 20 caballos de vapor de fuerza, con su correspondiente caldera, posee un salón cámara con buena capacidad, camarotes, &c.

NOTA: El vapor está atracado al lado de los talleres de La Platense, frente á unas casillas de madera.

Mas datos, á nuestra casa Bolívar 193. m7v12a

POR LOS MISMOS

THE STANDARD, SATURDAY

C. OLMÍ
JUDICIAL
AUCTION SALE

Will of Julio Popper

By order of the Judge Dr. Alberto M. Centeno

On Friday, October 12th
IN MY ROOMS
Florida 268, 270, 272
At 3 p.m.

I will proceed to sell by public auction the following concessions:

First one—
8 mining properties in Tierra del Fuego
Valuation by Avelino Varangat C.E.: \$4000
Upset price 2/3: \$2666.67.

Second one:—
30,000 Hectares in Tierra del Fuego
Valuation \$8,000.
Upset price 2/3: \$5333.34
Purchaser will pay 10 o/o on signing the boleto.

For further details about concessions apply to Dr. Nogues, Esmeralda 158, or to the Courts, Judge Centeno. Secretary Dr. Nicanor Rios.

5

TIERRA DEL FUEGO

Conste por la presente que el piano Kabis que tengo en mi domicilio Tucuman 373 es mío mismo que la música mecánica que le pertenece me ha sido alquilado por el Sr. Pedro Massara por el término de un mes que vence el treinta y uno del presente mes

Buenos Aires Marzo 1º de 1894

Julio Popper



203-

Buenos Aires Herald.

Buenos Aires, *Oct 14 1894*

RECEIVED from *C. Olmi*
the sum of *150*
for Advertisement *Remate por 15 dias*
de la casa de Julio Popper

\$ 150

Albert B. Blanchard
Print Manager

Algunos recortes, cartas, avisos y recibos que forman parte de la sucesión de Julio Popper. AGN. Departamento de Documentos Escritos, Sucesiones, legajo 7644.

La muerte y la brújula

A las 11 de la mañana del 6 de junio de 1893, el ingeniero Julio Belfort ingresó al edificio ubicado en la calle Tucumán 373. Era el domicilio de Popper que, de acuerdo con el testimonio del personal de servicio, no había pedido los diarios, como lo hacía habitualmente. Al entrar al cuarto, fue encontrado previsiblemente muerto y en el piso, vestido como para dormir.

El resultado de la autopsia y el motivo declarado en la partida de defunción fueron distintos; sin embargo, en ambos casos, la causa de su deceso fue (como suele decirse) natural, como si fuera posible otra clase de muerte. Fue velado en su departamento y, al día siguiente, sería trasladado al cementerio de La Recoleta, al panteón de la familia Ayerza. Los medios dieron cuenta de su fallecimiento y Lucio V. López fue el encargado del discurso.

Meses más tarde, el Instituto Geográfico Argentino le rindió un sentido homenaje, que incluyó la autorización y la habilitación de los fondos para la construcción de un sepulcro en Ushuaia y, obviamente, el traslado de su cuerpo hasta ese lugar, lo cual no ocurriría.

Cinco años después, en 1898, según Canclini, un periódico judío de Buenos Aires sostenía que el cuerpo de Popper seguía en el panteón de los Ayerza, pero relevamientos posteriores, a cargo de Lewin, ya en el siglo xx, indicaron que no se sabía dónde estaba. En el fondo, se trata de un misterio simple que se resolvería con abrir la bóveda pero, para eso, harían falta una serie de decisiones que justifiquen la búsqueda, además de la esperable barrera administrativa.

Fallecido Popper, se inició la sucesión. Su única heredera resultó ser su madre Peppi, y sus escasos bienes fueron a remate. El expediente completo está custodiado por el Archivo General de la Nación¹. Este incluye desde los reclamos por parte de acreedores de diferente envergadura hasta los avisos en los diarios que anunciaban la subasta de sus dos pequeños barcos. Algunas de las tierras fueron subastadas y otras volvieron al Estado.

No dejó fortuna ni hijos. Las redes informáticas repiten de manera monótona sucesivas copias abreviadas de textos que se ocuparon de él y, en algunos casos, citan a sus dos biógrafos más importantes: Boleslao Lewin y Arnaldo Canclini. Sin embargo, en la Patagonia –que fue el escenario de su leyenda–, hay muchos rastros de su existencia. Se puede encontrar la calle Popper y una zona (accidente geográfico) también denominada Punta Popper; hay objetos de sus emprendimientos desparramados por los museos de la región, el nombre del Mar Argentino, muchos trabajos editados en pequeñas tiradas acerca de sus planes de desarrollo de la región y, por si fuera poco, su mito, que lo agita y envuelve.

Están también los restos casi invisibles de un cementerio en Tierra del Fuego donde, entre otros pioneros, descansa su hermano. Julius Popper murió a los treinta y seis años, de los cuales siete los vivió en Argentina. En Tierra del Fuego, vivió dos años. No sabemos qué hubiera pasado si hubiera tenido otra suerte. 

1. Se puede consultar en el Departamento de Documentos Escritos del Archivo General de la Nación como: Sucesiones, legajos 7644 y 7645.



El empresario belga Maurice Maitre junto a un grupo selk'nam (ona) en la Exposición Universal de París del año 1889.
AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Donación Bevilacqua. Inventario 350132.



Ceremonia hain llevada a cabo por los selk'nam u "onas, Tierra del Fuego, 1923.
AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Donación Bevilacqua. Inventario 350146.



27 de octubre 1762
El Rey

SEYLO QVARTO VNO VA RE
L 3 ANOS DE MIL SETECIE
TOS Y TREINTA Y VNO TREIN
TA Y DOS TREINTA Y TRES, Y
TREINTA Y QUATRO.

Don

*Domingo Juan
de Rosas, Caut del hoto. de San
tiago, Mariscal de Campo del
Real de D. N. de Cos. P. Cap.
Gral. de las Ind. del Rio de la Plata*

Yo

*Quanto me halo informado que
muchas personas, que tienen sus haciendas
y Pulpas en la Ciudad de Buenos
Aires, venden a los Indios de las Indias
a ella vino y aguardiente, y para
que esto es un gran perjuicio por
las malas consecuencias que se de
sacian en consecuencia de ambos el
vicio y para que con perjuicio a
se evite y evite los que se
Hordeno y mando que ningun Pulp
vender en esta Persona de qualquier
estado, calidad y condicion que sea
venda modo en cambio de vino
vino, aguardiente, ni otras cosas que
se venden a los Indios para ser*



Bando donde se prohíbe vender a los indios.
AGN. Dpto. Docs. Escritos. Sala IX 8-10-1

Los Documentos de octubre

Pueblos originarios

por María Teresa Fuster

La documentación custodiada por el Archivo General de la Nación sobre los pueblos originarios que habitaron el actual territorio de la República Argentina, es muy amplia; abarca un extenso arco temporal que va desde el período colonial hasta el siglo xx. Se la puede encontrar en todos los soportes: papel, fotográfico y filmico. A continuación, presentamos un breve detalle de lo que es posible hallar:

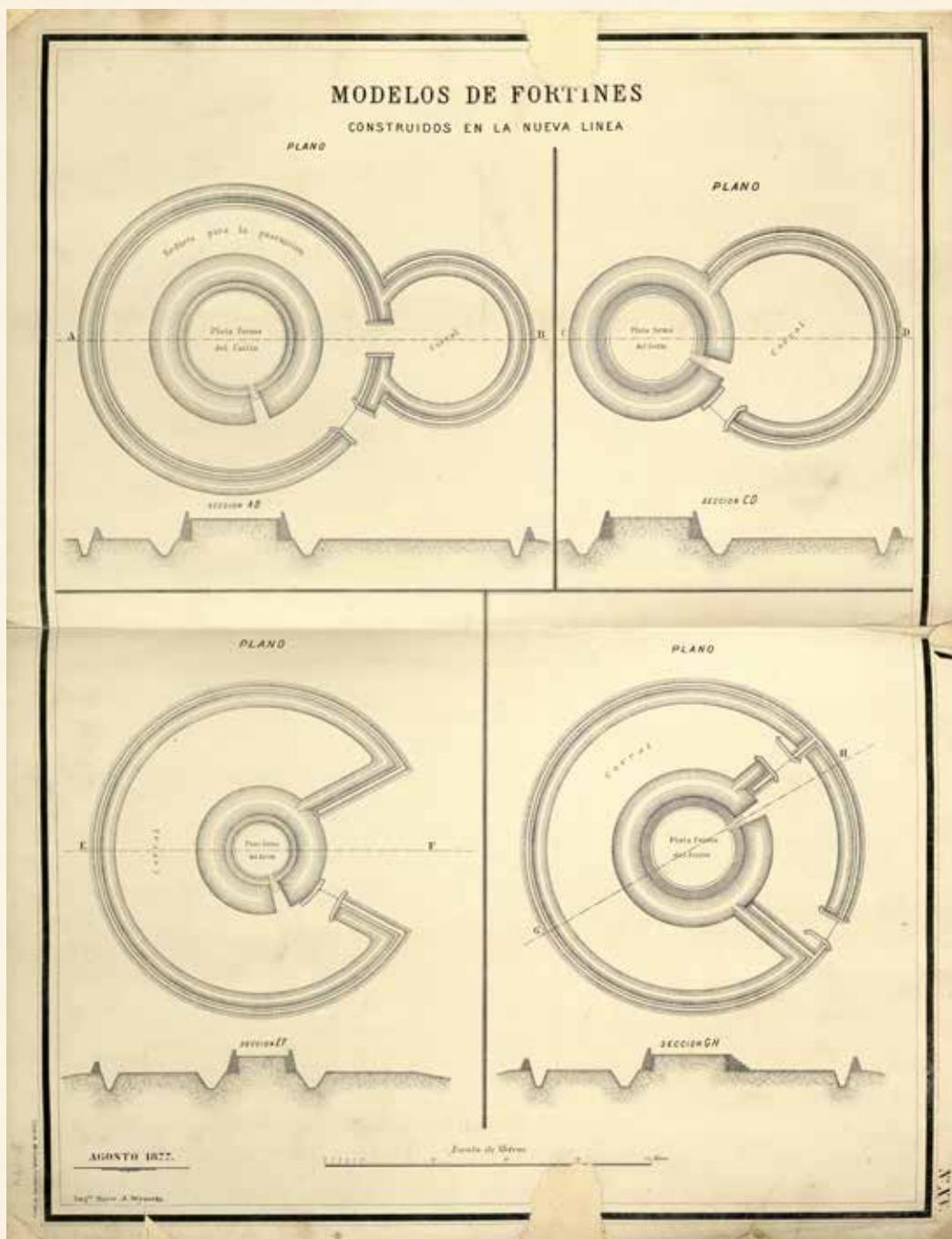
Período colonial

La documentación más antigua referida al tema es el repartimiento de indios realizado por Juan de Garay en 1582 (dos años después de la segunda fundación de la ciudad de Buenos Aires) y los títulos de propiedad de las tierras de Caquia y Quillilli Bamba, que habrían sido consagradas al Sol por el soberano inca Túpac Yupanqui, en Cuzco, Perú, entre los años 1558 y 1647.

Encontramos reales cédulas y reales órdenes de la corona española, bandos de gobernadores y virreyes, acuerdos del Cabildo de Buenos Aires; en estos, podemos hallar muchas referencias a las relaciones políticas con

pueblos e individuos pertenecientes a pueblos originarios y su implementación.

Se conserva documentación de la Compañía de Jesús referida a las actividades de la orden religiosa en sus distintas misiones y, tras su expulsión, en 1767, la documentación producida por la Junta de Temporalidades, encargada de la administración de los bienes embargados a la orden. Además, se puede encontrar: informes eclesiásticos y militares, de reducciones, de tributos, mitas, diezmos y encomiendas, de actividad minera, de padrones y cabildos indígenas, de expediciones contra pueblos, de avance y comandancia de fronteras, de milicias de indios, de cautivos y de expedientes judiciales que los involucran en los fueros administrativos, civiles, comerciales y criminales, detalle de visitas y revisitas de indios y de ingresos en las diversas cajas regionales por tributos, entre otras cosas. Se destaca dentro de esta documentación, la referida al levantamiento de José Gabriel Condorcanqui, o Túpac Amaru II, ocurrido entre 1780 y 1781, y el proceso llevado a cabo por la conspiración. Asimismo, esta cuenta con mapas, planos de pueblos y líneas de fronteras.



Modelos de fortines.
AGN. Dpto. Docs. Escritos. Mapoteca II, 144.

Período nacional

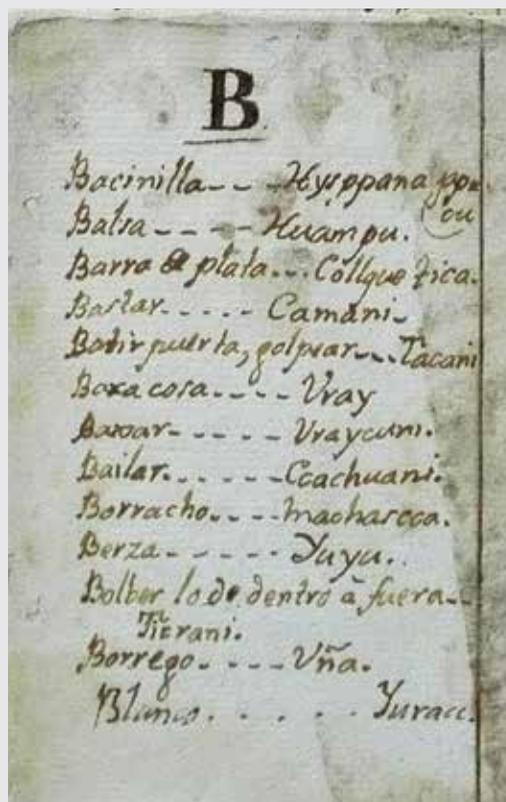
Sobre este período (posterior a 1810), la documentación predominante es militar. Así, se puede hallar: detalle de expediciones contra pueblos indígenas, de ejércitos y avances de frontera, de fortines, de malones, de partes de combate, de armamentos, de cautivos blancos e indígenas, de tratados de paz, de pacificación de indígenas, de negocios pacíficos con estos, de rendición de cuentas y compra de mercancías, la composición de los distintos regimientos y situación de la frontera, la correspondencia de

“indios amigos” con el gobierno, la campaña de Juan Manuel de Rosas y de Julio A. Roca, expedientes judiciales, recortes periodísticos, mapas y planos.

Esta documentación puede ser consultada en el Departamento de Documentos Escritos, en los fondos de las salas: III (contaduría colonial), VII (documentación donada y adquirida), IX (período colonial), X (período nacional) y XIII (contaduría colonial); así como en el fondo de la Biblioteca Nacional, el del Museo Histórico Nacional y en la Mapoteca.

Curiosidad

Cabe mencionar la existencia de un diccionario de lengua pampa (pampa, ranquel, araucano y español), realizado por Juan Manuel de Rosas durante su exilio en Southampton. Este consiste en una recopilación de términos empleados por los pueblos de la región pampeano-patagónicas. Rosas comenzó a organizar este diccionario en 1825, con el fin de facilitar su relación con las etnias de la región. Asimismo, se encuentra recopilado en un tomo titulado *Estudios gramaticales y vocabularios de lenguas indígenas americanos y de Oceanía* que contiene 269 páginas, numeradas a máquina en la parte superior izquierda de estas en marzo de 1953; perteneció al Archivo del Dr. Juan Ángel Farini. En la actualidad, se puede consultar en el Departamento de Documentos Escritos, colección Saldías (sala VII, legajo 244).



Facsimil de una de las páginas del diccionario realizado por Rosas en su exilio en Inglaterra.
AGN. Dpto. Docs. Escritos. Sala VII. legajo 244.

Por su parte, el Departamento de Documentos Fotográficos conserva imágenes de diferentes etnias, de ejércitos en campañas, de cuarteles, de viviendas indígenas, de regimientos en exploraciones, de tolderías, fortines, prisioneros, caciques, ceremonias, bailes, costumbres y movimientos de pueblos y de reclamos ante el poder político, entre fines del siglo XIX y principios del XX.

En el Departamento de Cine, Audio y Video existen documentales desde los orígenes del cinematógrafo argentino como, por ejemplo, *Un viaje por el Bermejo*. En este documental de principios del siglo XX de la Cinematografía Max Glücksmann, se ven pueblos originarios que habitaban las márgenes del río

Bermejo. También se pueden hallar noticieros que muestran a diferentes etnias. Además, en el Departamento de Biblioteca del Archivo, se pueden consultar valiosas colecciones sobre la temática como, por ejemplo, la colección Pilla-do; compuesta por 1044 volúmenes, esta contiene abundante bibliografía referida a pueblos originarios tanto del noroeste, de la Patagonia como de los Incas, de los Quichuas, de los Tehuelches y de los Tobas. En la colección Biedma, formada por 717 volúmenes, se encuentra información sobre aborígenes que habitaban el territorio argentino y sobre pueblos como los Guaraníes y los Tobas.

Todos los departamentos están abiertos al público de lunes a viernes de 10 a 17. ~~~

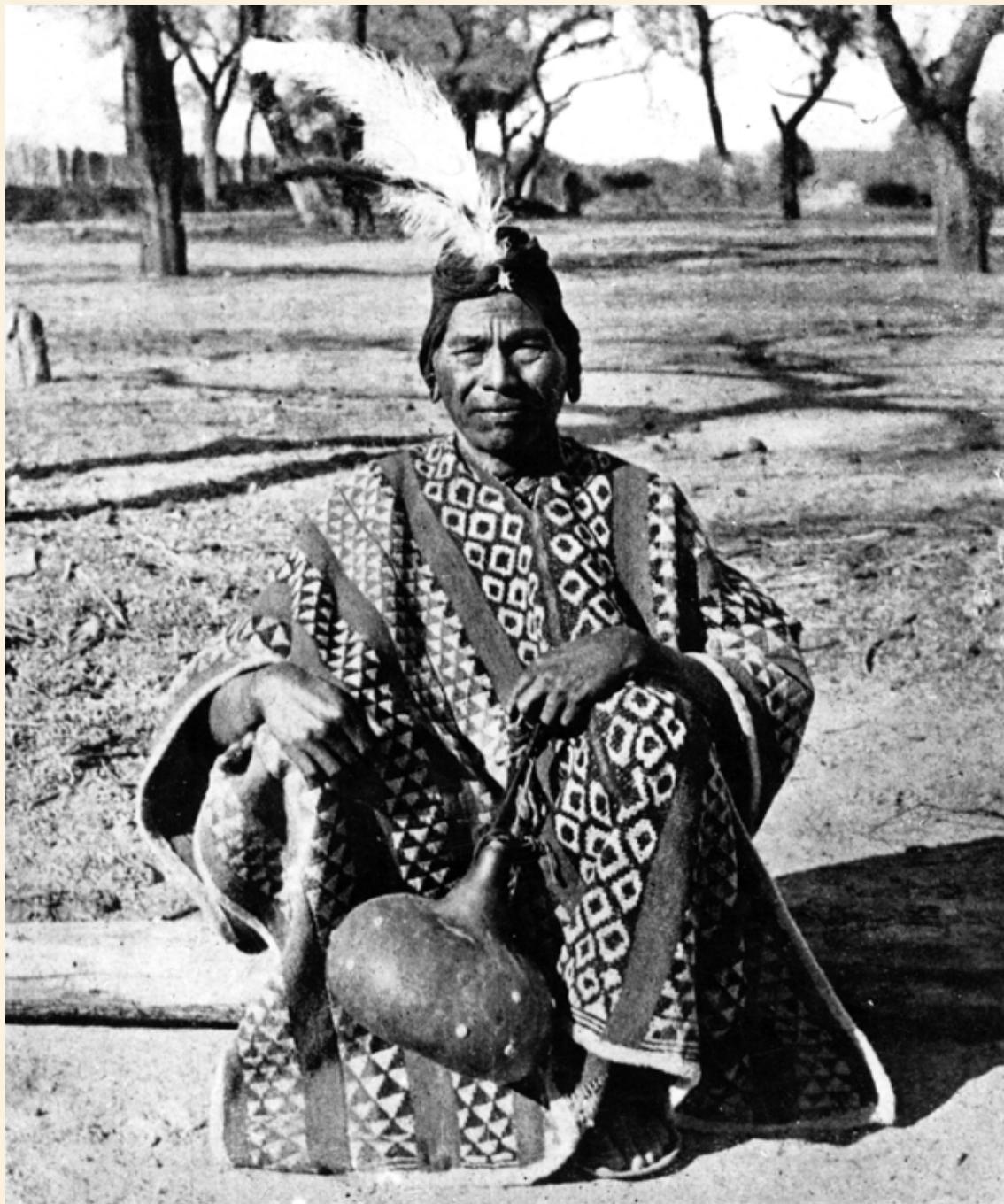


Indígenas provistos de flechas.
AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 159296.

Foto del mes



Baile del Pin Pin. Danza característica de Jujuy. Los matacos la llaman “katinaj”.



Carancho, el hechicero más famoso del Pilcomayo.

AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Fotografía publicada en la Revista Geográfica Americana N°14, 1934. Inventario 303590.

Copacho



Copacho, el último tehuelche de la patagonia austral, agosto de 1939.

Chamán



En diversos pueblos indígenas la práctica chamánica exige cualidades que culturalmente se definen como “femeninas” como la intuición y la sensibilidad. Motivo por el cual hombres que posean cualidades femeninas se convierten en chamanes.

El travestismo forma parte del ritual chamánico, una transformación ritual y simbólica que nos remite a la costumbre del matriarcado.

Posiblemente esta foto nos muestre a un chamán tehuelche vestido de mujer.

Tehuelche, Viedma, 1924.

AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Fondo Caras y Caretas. Fotografía de Luis La Valle. Inventario 139478.

Los representantes



Representantes de algunas tribus que concurrieron al Congreso de Aborígenes en 1920.

Congreso de Aborígenes, julio de 1920.
AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Fondo Caras y Caretas. Inventario 138958.

El pillmatún



Jugando al pillmatún, enero de 1920.
AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Inventario Inventario 139071.



Formación de un equipo de la provincia Río Negro, enero de 1920.
AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Inventario 139071.

El ***pillmatún*** es una actividad tradicional mapuche con fines de ejercicio o deportivos.

Se juega con una pelota llamada ***pilma*** que es de paja o de madera liviana, y tiene un tamaño un poco mayor a una pelota de tenis.

Se juega de 8 a 10 jugadores distribuidos en círculo, cada uno a dos brazos de distancia del otro. Se lanza la pelota, por debajo de la pierna, mientras el rival intenta esquivar el golpe, pero sin abandonar su posición, puede torcerse, saltar o tenderse en el suelo y luego levantarse con rapidez. El que era alcanzado por la pelota, pierde un punto.

El historiador jesuita Miguel de Olivares y González lo describe así: “Se hace poniéndose en rueda, ocho o diez mozos desnudos de la cintura para arriba y arrojándose de unos a otros una pelota de madera esponjosa como el corcho: cada uno procura rebatirla con la palma de la mano o con cuanto fuerza puede, y herir alguno de la banda contraria: la gala y ventaja del buen jugador está en hurtar el cuerpo al golpe, pero sin dejar el puesto, por lo cual es de ver con qué presteza se vuelven y revuelven, se levantan y bajan, saltan y se echan de espaldas o de bruces y de este modo se hacen fuertes y ágiles para el furor de la guerra, que es el centro a que enderezan las líneas de sus cuidados”.



Afiche en conmemoración al 12 de octubre de 1492, 1947.
AGN. Dpto. Docs. Escritos. Afiche N°83.



Afiche del Día de la Raza, 1948.
AGN. Dpto. Docs. Escritos. Afiche N°226.





Antonio Pigafetta

El cronista del siglo XVI

Antonio Pigafetta fue un navegante italiano que tuvo el privilegio de participar en la hazaña de dar la primera vuelta al mundo. Esta expedición había zarpado en 1522 hacia América dirigida por Magallanes; Pigafetta registró, en ese momento, las peripecias de esa aventura y concluiría el diario tres años después, a su regreso. El relato, basado en la sorpresa de su escritor, es un testimonio mítico, ingenuo y fantástico que constituye una de las fuentes principales de este increíble viaje. Esta crónica apasionante fue publicada por primera vez en Venecia en 1536 bajo el título *Relazione del primo viaggio intorno al mondo*. Luego, fue traducida a varios idiomas y hoy se conoce como *Primer viaje en torno del globo* (1971).

Compartimos, entonces, un fragmento* en el que el autor describía el contacto con los habitantes de la región a los que nombran como “patagones”:

19 de mayo de 1520. Puerto de San Julián. Alejándonos de estas islas para continuar nuestra ruta, llegamos a los 49° 30' de latitud meridional, donde encontramos un buen puerto, y como se aproximaba el invierno, juzgamos conveniente pasar ahí el mal tiempo. Transcurrieron dos meses antes de que viéramos a ningún habitante del país. Un día, cuando menos lo esperábamos, un hombre de figura gigantesca se presentó ante nosotros. Estaba en la playa casi desnudo, cantaba y danzaba al mismo tiempo y se echaba arena sobre la cabeza.

El capitán envió a tierra a uno de los marineros con orden de que hiciese los mismos gestos en señal de paz y amistad, lo que fue tan bien comprendido que el gigante se dejó tranquilamente conducir a una pequeña isla donde

el capitán había bajado. Yo también con varios otros me hallaba allí. Al vernos, manifestó gran extrañeza, y levantando un dedo, quería decir, sin duda, que nos creía descendidos del cielo.

Este hombre era tan alto que con la cabeza apenas le llegábamos a la cintura. De hermosa talla, su rostro era ancho y teñido de rojo, salvo los ojos, rodeados con un círculo amarillo, y con dos trazos en forma de corazón en las mejillas. Sus pocos cabellos parecían blanqueados con algún polvo. Su vestido, o mejor, su manto, estaba hecho de pieles, muy bien cosidas, de un animal que abunda en este país, según tuvimos ocasión de verlo después. Este animal tiene la cabeza y las orejas de mula, el cuerpo de camello, las piernas de ciervo y la cola de caballo, cuyo relincho imita.

Arriba: Detalle de un mapa del América del Sur, diseñado por Arnolde Florentin van Langen, 1596.

AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 282698.

Página anterior: Patagón. Dibujo del capitán P. P. King.

AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 282674.

* Extraído de: PIGAFETTA, A. (1971): *Primer viaje en torno del globo*, Centro Editor de América Latina: Buenos Aires, pp. 27-30.



Mapa del Estrecho de Magallanes, Patagonia Austral y Tierra del Fuego, diseñado por P. Berti, 1606. AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 282674 bis.

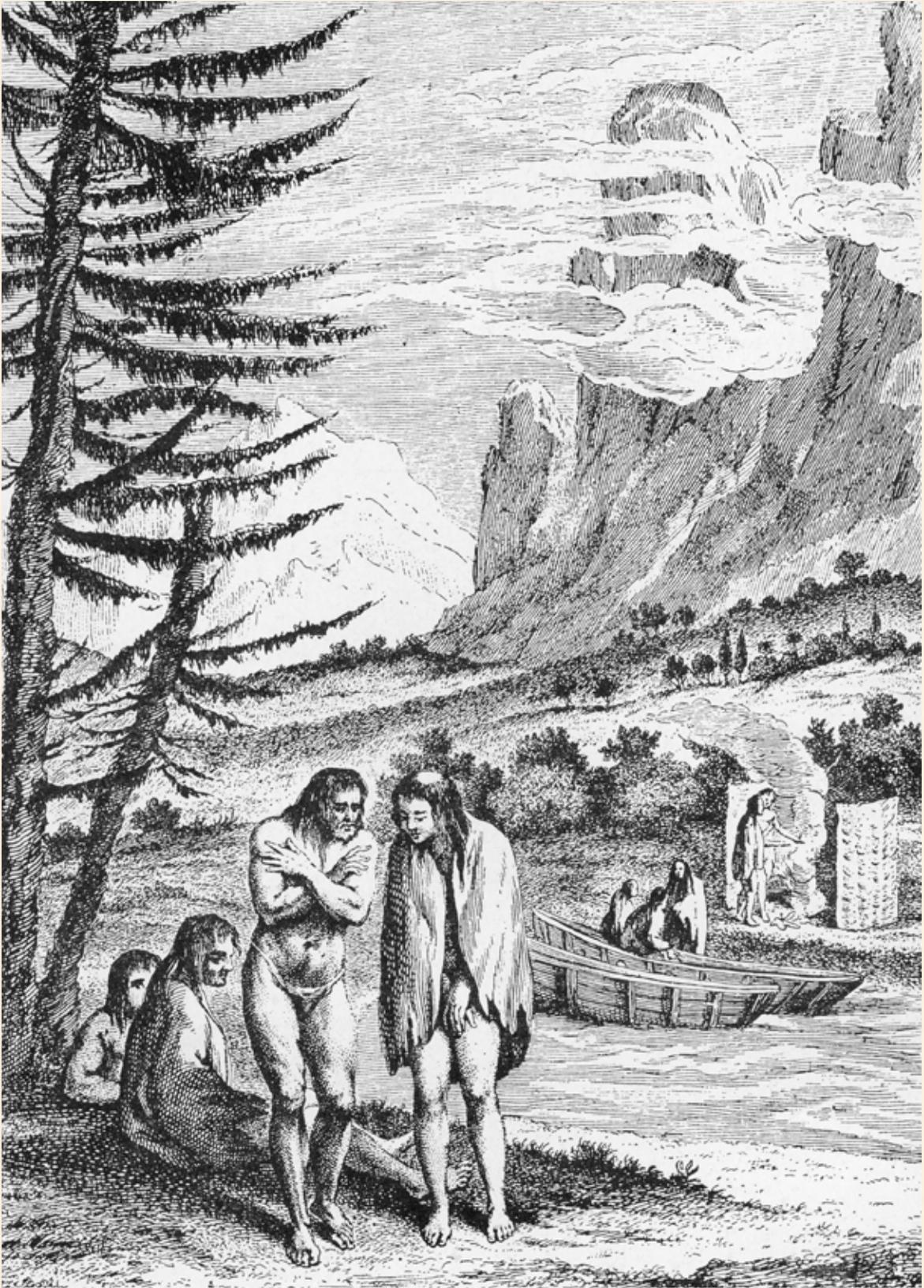
Este hombre llevaba también una especie de calzado hecho de la misma piel. Tenía en la mano izquierda un arco corto y macizo, cuya cuerda, un poco más gruesa que la de un laúd, había sido fabricada con un intestino del mismo animal; en la otra mano empuñaba varias flechas de caña, cortas, en uno de cuyos extremos tenían plumas, como las que nosotros usamos, y en el otro, en lugar de hierro, una punta de una piedra de chispa, matizada de blanco y negro. También con la misma especie de pedernal fabrican utensilios cortantes para trabajar la madera.

El capitán general mandó darle de comer y de beber, y entre otras chucherías, le obsequió un espejo grande de acero. El gigante, que no tenía la menor noción de este utensilio y que, sin duda, veía por vez primera su figura, retrocedió tan espantado que derribó a cuatro de los nuestros que se hallaban detrás de él. Le dimos cascabeles, un espejo pequeño, un peine y algunas cuentas de vidrio; en seguida se lo condujo a tierra, acompañado de cuatro hombres bien armados.

Su compañero, que no había querido subir a bordo, al verlo volver, corrió a avisar y a llamar a los otros, quienes, al percibir que nuestros hombres armados se aproximaban hacia ellos, se ordenaron en fila, sin armas y casi desnudos; en seguida comenzaron su baile

y su canto, durante el cual levantaban hacia el cielo el dedo índice, para darnos a entender que nos consideraban seres desconocidos venidos de lo alto; nos señalaron al mismo tiempo unos polvos blancos en pucheros de arcilla que nos lo ofrecieron, pues no tenían otra cosa que damos de comer. Los nuestros los invitaron por señas a que pasasen a las naves, indicándoles que les ayudarían a llevar lo que quisiesen tomar consigo. Y en efecto vinieron; pero los hombres, que solo conservaban el arco y las flechas, se hacían llevar todo por sus mujeres, como si fuesen acémilas. [...]

Julio de 1520. Estos pueblos se visten, como ya lo he indicado, con la piel de un animal, y con la misma cubren también sus chozas, que transportan donde más les conviene, careciendo de morada fija, pero yendo, como los bohemios, a establecerse ora en un sitio ora en otro. Se alimentan por lo común de carne cruda y de una raíz dulce que llaman **capac**. Son grandes glotones; los dos que capturamos se comían cada uno un cesto lleno de bizcochos por día y se bebían de un trago medio cubo de agua; devoraban las ratas crudas y aun con piel. Nuestro capitán llamó a este pueblo **patagones**. En este puerto, al que llamaremos de San Julián, pasamos cinco meses. ~~~



Indígenas del estrecho de Magallanes llamados Patagones con sus piraguas.
AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 282698.



Cacique araucano Valentín Sayhueque (1818-1903).
AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 289894.

Calfucurá y Sayhueque

Los emperadores del Desierto

por Ricardo de Titto*

Juan Calfucurá y Valentín Sayhueque (o Saihueque), los dos más importantes caciques araucano-mapuches, dominaron durante medio siglo la extensa zona que va desde el río Salado, en la provincia de Buenos Aires, hasta los valles cordilleranos del Neuquén. En el sur, el llamado “País de las Manzanas” reunía más de treinta pueblos, la mayoría de ellos agricultores pacíficos, que sostuvieron su dominio en la región ubicada al sur del río Negro hasta finales de la década de 1870. Estos mantenían esporádicos contactos con los *huincas* y una estrecha relación con sus parientes del otro lado de la cordillera. En La Pampa, entretanto, el gran Calfucurá fue el *lonco* de una extensa Confederación de las Salinas Grandes, que reunía pueblos dispersos por La Punta de San Luis, La Pampa, el sur de Córdoba y el oeste y sur de Buenos Aires, y tenía como “capital” los toldos del Carhué. Los “neuquinos” cultivaban frutas y verduras; los “pampeanos” comerciaban la sal y, en particular, ganado y caballos. Estos eran transportados a Chile, justamente, por el camino de Choele-Choel y por el río Negro, frontera natural de la Patagonia, considerada hasta la Conquista del Desierto como la frontera “real” del país.

Diez mil años de “originarios”

Hablar de “culturas milenarias” suena a lugar común. Sin embargo, no de otro modo podemos referirnos a lo que, desde hace un tiempo, se llama “pueblos originarios”. En efecto, el poblamiento de la actual Argentina comenzó hace más de diez mil años y, a la llegada de los españoles en el siglo XVI, había aproximadamente unos trescientos mil habitantes.

Las etnias más asentadas (omaoacos, diaguitas, quilmes y lules) se situaban en la quebrada de Humahuaca y en los valles Calchaquíes. Alfareros, agricultores y constructores de sólidas casas de piedra configuraban la mayor concentración poblacional y mantenían estrecho contacto social, económico y cultural con los habitantes de la actual Bolivia, quechuas y aymaras.

* Es docente, investigador y ensayista. Director de la Colección *Claves del Bicentenario*, autor de más de veinte libros de Historia argentina y americana y colaborador del diario *Clarín*.

Pero aquí y allá se sucedían las “tribus” y las “agrupaciones” con culturas definidas y distintivas: en los antiguos cerros de la actual Córdoba, los comechingones; al pie de la cordillera, los huarpes; en el sur patagónico y en la extensa pampa, tehuelches, araucanos, ranqueles, mapuches y vorogas (casi todos ellos llamados después genéricamente “pampas”), y en el extremo meridional, la fría Tierra del Fuego, los patagones y onas (*selk'nam*). En el Litoral, los grandes ríos permitían conseguir alimento y favorecían las comunicaciones: en el Gran Chaco, allí donde nacen el Pilcomayo y el Bermejo, y casi en contacto con los omaoa-

cos de la montaña, vivía la nación quom –algunas de cuyas parcialidades fueron identificadas peyorativamente como “tobas”, sinónimo de “tontos”– y guaycurúes; a orillas del Paraguay y de sus brazos, los guaraníes; en el Chaco extenso, los wichis; más al sur, bordeando el Paraná y el Uruguay, los desaparecidos charrúas y los míticos querandíes. En síntesis, Pedro de Mendoza y Juan Díaz de Solís no llegaron a la “tierra de nadie”.

A pesar de que los “naturales” en América fueron considerados súbditos de la Corona española y, como tales, debían gozar de ciertos privilegios (por ejemplo, no ser tratados como



Población autóctona de la zona chaqueña.
AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 211470.

esclavos), la conquista española –que introdujo la producción y explotación de sus inmensas y casi vírgenes materias primas– recurrió a la conversión de los nativos en trabajadores, y modificó totalmente su cultura social y sus tradiciones. En el extremo sur del continente, prevaleció la explotación minera (Potosí), la cría de ganado y algunas experiencias agrarias sistemáticas (como el cultivo de yerba mate en las misiones jesuíticas), y ese sistema se impuso sobre formas de producción elementales. Decenas de lenguas se entrecruzaron y la extensa Pampa y los rincones alejados sirvieron de refugio para preservar la vida de las comu-

nidades nativas. “Tierra adentro” era una expresión que los mismos indígenas utilizaban para definir su lugar en el mundo, lejos de la “civilización”. Como pocos casos en el continente, ese refugio les permitió mantenerse con una relativa libertad hasta mediados del siglo XIX. Allí donde el español instaló sus “reales”, las intrincadas castas de las monarquías gobernantes y las redes burocráticas de las jerarquías religiosa y militar impusieron sus conceptos y modos de vida; el castellano y lo castizo se convirtieron en idioma, cultura y valores oficiales, desplazando, devastando y desalojando a los pobladores ancestrales.



Una vivienda del Chaco austral, Quitilipi, 1920. Nótese, de pie, los blancos.
AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 129887.

La *terra incognita*

Así como los mapas de los primeros tiempos coloniales señalaban como “terra incognita” a la Patagonia, es válido agregar que sus habitantes históricos o pobladores allegados –en definitiva, todas las poblaciones nómadas o sedentarias son allegadas en algún momento– eran “pueblos ignotos”, desconocidos que, al no haber sido descubiertos, resultaban naturalmente incomprensibles y lejanos.

Debido a la inmensidad de La Pampa y de la Patagonia, la “impenetrabilidad” del Chaco, las prioridades y características del Imperio, y también la ubicación remota de la actual Argentina, más de la mitad de su actual territorio quedó inexplorado, zona ignota... una verdadera incógnita: quedó en poder de los aborígenes hasta casi cuatro siglos después de la llegada de España al Río de la Plata. Se construyó así una inmensa y lábil frontera en la que las relaciones entre los mundos cristiano e “indio” dieron forma al mestizaje, la creación de nuevos vocablos –de ambos lados–, la apropiación del caballo y del ganado introducidos por los europeos y, desde ya, un creciente intercambio de hábitos y costumbres que fueron desde el arte de la guerra (la destreza con las boleadoras) hasta las delicias de los respectivos alimentos, como la mazamorra y la empanada. Y más allá, fuera de los confines de los poblados, la traza de territorios que se dibujó con la línea de fortines daba lugar a un amplio corredor de intercambio económico y social. Los indios solían visitar los poblados –incluso Buenos Aires o Asunción o Córdoba–; una parte se asentaba en sus márgenes o se incorporaba directamente a la sociedad europea, como también muchos blancos se adentraban con frecuencia en territorio aborígen. Por su lado, los indios chilenos cruzaron la cordillera; se mezclaban y se impo-

nían a los antiguos habitantes, los tehuelches y los pehuenches. De este modo, se produjo, ya después de la Revolución de Mayo y de las guerras de la Independencia, lo que se conoce como la “araucanización” de La Pampa, otro proceso que se concretó tras varios siglos de sucesivas aproximaciones.

Los imperios indios

Los dos caciques a los que nos referimos, Cal-fucurá y Sayhueque, pertenecen a estos pueblos, araucanos y mapuches conocidos como “los chilenos”. Hubo nómades en permanente tránsito o con establecimientos temporales o estacionales y también sedentarios. Un cacique –el único con derecho a la poligamia– ejercía la autoridad, y una especie de “consejo de asesores” regulaba el poder del jefe. Su forma de procurarse los alimentos, los obligaba a levantar viviendas provisionales, generalmente, con pieles de guanaco extendidas sobre estacas. Allí, vivían familias extendidas que conformaban agrupaciones de no más de una centena de miembros y con un cacique como jefe. El comercio entre las distintas bandas era intenso y, según parece, más de una vez culminaba en choques violentos, por cuestiones de territorio o por la defensa de una aguada o de una salina.

Mención especial merecen los pehuenches, comunidad que se desarrolló en el Neuquén, de algún parecido físico con los huarpes cuyanos y notoriamente distintos de los tehuelches argentinos y los araucanos chilenos, quienes los denominaron “gente de los pinares” (*pehuén*: pino; *che*: gente). Uno de sus alimentos básicos era la piña del pehuén, que recolectaban y guardaban en cuevas subterráneas.

Mandrini y Ortelli destacan que “los indios se movían intensamente a lo largo y a lo ancho del territorio: la participación en los malones, el arreo de rebaños hacia Chile, el traslado de los ganados a los distintos campos de pastoreo, los intensos intercambios entre distintos grupos indígenas y con los blancos, la celebración de ciertas ceremonias colectivas de carácter social y ritual, la asistencia a ‘parlamentos’ y asambleas, los obligaban a viajar por el territorio. Es decir, viajaban mucho, pero finalmente retornaban a su toldería”.¹

Hacia 1820, la frontera se trazaba en la zona del Tuyú y al sur de Chascomús, donde se asentaron algunos hacendados (que, tiempo después, avanzaron hacia el sur, aunque no más de cien kilómetros), y se continuaba por el sur cordobés, con Río Cuarto como límite para unir los caminos hacia Mendoza. Para entonces, los pobladores originarios habían sido eximidos de los tributos que les exigía la Corona española; la Asamblea del año XIII los había reconocido como “hermanos”, con

iguales condiciones y derechos que el resto de los criollos. Ese trato, desde ya, se otorgó solo a las naciones asimiladas o en proceso de serlo, y la exclusión continuó vigente para los “rebeldes” –chaqueños, pampeanos y patagónicos–, con quienes los tratos eran esporádicos y, habitualmente, belicosos: los *huincas* tenían como prioridad la lucha independentista y eso excluía la posibilidad de avanzar en la frontera.

Los nuevos avances territoriales se consolidaron durante la década de 1820, mediante la construcción de los fuertes Independencia (Tandil), en 1823, Federación (Junín), en 1827, y Fortaleza Protectora Argentina, cerca de Bahía Blanca, en 1828. Mientras tanto, araucanos, ranqueles y vorogas (los tres grandes pueblos que de oeste a este ocupaban La Pampa) lograron entre ellos cierta delimitación de territorios y una convivencia sin mayores altercados. Cada tanto, se realizaban reuniones de caciques y “capitanejos”, en las que se buscaba solucionar pacíficamente los problemas.



El toldo de Mañacaíke y su familia. El techo está cubierto por cueros de animales.
AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 291072.

Rosas, Urquiza y Mitre pasan, Calfucurá queda

Al culminar su primer período como gobernador de Buenos Aires en 1832, Juan Manuel de Rosas organizó una campaña punitiva. En estas, según su estilo, siempre combinaba los “castigos” con negociaciones e intentos de atraer a grupos de indios “amigos”. Para enfrentar indios con indios y tribus amigas con tribus rebeldes, Rosas daba “regalos” y ofrecía apoyos aquí y allá. Los vorogas, rivales comerciales de los araucanos, lo acompañaron en su campaña, pero la deslealtad se les volvió en contra. En 1835, en Masallé, Calfucurá –con el visto bueno de Rosas– les infligió una dura derrota y el estanciero bonaerense logró así deshacerse de agrupaciones que le resultaban poco confiables. Al mismo tiempo, fortalecía el establecimiento de indios amigos, como los caciques Catriel y Coliqueo. Derrotados los vorogas, la dinastía de los Curá (“piedra”) –consolidando la araucanización del Desierto–, instaló sus tolderías en las cercanías del arroyo Guaminí, del llano de Masallé y del lago de Carhué; desde esa posición estratégica, dominarían en adelante el importante flujo de mercaderías y ganado que recorría las pampas. “El poder de los indios en la inmensa pampa es formidable. Han construido un gran circuito mercantil que, de océano a océano, comercia con alimentos elaborados (azúcar, harina, licores), telas, cueros, plumas y pieles, ganado en pie, sal, metales preciosos (en particular, plata y piedras), adornos, ropas europeas y armas. El negocio más redondo lo constituye la venta de ganado en el mercado chileno. La presencia es tal que, muchas veces, venden a los ‘huincas’, el hombre blanco, lo mismo que le han robado en el último malón. Las tolderías suelen recibir visitas de comerciantes y militares de las ciudades. Cipriano Catriel era un habitual visitante

de Azul donde tenía una de las más importantes cuentas bancarias de la región”.²

La creciente acumulación capitalista del país de ganadería extensiva también ofrecía un derrame indeseado hacia el Desierto. La campaña de Rosas había logrado sus objetivos –habían avanzado hasta donde se lo habían propuesto–, pero el esfuerzo no logró consolidarse y quien se convirtió en amo y señor de las pampas fue Calfucurá, que tejió una sólida alianza con una decena de tribus y que, con capital en el Carhué, armó el entramado de la Confederación de las Salinas Grandes. Así, durante los cincuenta años siguientes, el Imperio de las pampas tuvo un referente excluyente. Auguste Guinnard, un francés que estuvo cautivo tres años en las tolderías, aportó una descripción del cacique araucano: “Cuando caía la noche, al campo de Calfucurá –Piedra Azul, gran cacique de la confederación india. [...]



Cipriano y Marcelino Catriel.
Cuadro existente en el Museo Etnográfico y Archivo Histórico Enrique Squirru, Azul, provincia de Bs. As. AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 268327.

Al llegar, nada me hizo adivinar cuál de entre esos indios que tenía delante podría ser el gran cacique, porque ninguna seña lo distinguía de sus súbditos. Solo cuando dirigió la palabra a los otros para darles órdenes reconocí al jefe por el sonido de su aire imperioso. [...] Su cabellera negra todavía hacía marco a una vasta frente sin arrugas, que los ojos vivos y escrutadores hacían muy inteligentes. El conjunto de la fisonomía de este jefe, aunque con cierta dignidad, recordaba perfectamente, sin embargo, al tipo de los patagones occidentales, a quienes remontaba su origen. Como ellos, era de alta estatura; tenía los hombros muy anchos, el pelo arqueado; la espalda estaba un poco agobiada; su andar era pesado, casi dificultoso, pero gozaba de todas sus facultades; con excepción de los dientes perdidos en un combate en que le habían partido el labio superior, este viejo los poseía todos intactos todavía”.³

Cuando la actual Argentina definía su futuro en los campos de Caseros en febrero de 1852 y Urquiza, líder de un amplio y variopinto frente opositor, depuso al gobernador Rosas, la “cuestión india” siguió pendiente. Calfucurá contaba con un ejército propio de cerca de cinco mil lanzas –tres mil de estos *conas* formaban casi una fuerza regular– y, en la confederación de comunidades libres, reunía cerca de veinte mil aborígenes. Cabe señalar que, además de brasileños y uruguayos, en los días de Caseros, también las tribus cercanas tomaron parte en la lucha. Rosas no desestimó el apoyo de Calfucurá que, sin embargo, fue cauto; este se mantuvo casi al margen. Luego, acordó con Urquiza e, incluso, envió a uno de sus hijos a estudiar a Paraná y lo hizo bautizar con el entrerriano como padrino: ser compadres establecía un lazo distintivo para los indios.



El cacique Kankel (derecha) y su hermano Cahuel (izquierda). AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 303586.

A la vez, aprovechó la crisis política generada por la caída del Restaurador y lanzó una serie de malones que aterrorizaron a los pueblos de frontera y a los colonos más avanzados durante más de veinticinco años. Producida la secesión de Buenos Aires en 1854, los terratenientes bonaerenses presionaron a los sucesivos gobernadores para continuar la extensión de la frontera y hostigaron a la Confederación de Los Pampas con el auxilio de las tribus amigas, como las de los caciques Catriel y Cachul. Estos también se habían sublevado ya que aducían que no se les entregaban las raciones comprometidas. Fue ese el momento de mayor poder de Calfucurá. En 1855, este atacó Azul y derrotó al ejército de Mitre en Sierra Chica aunque, dos años después, sufrió dos severas derrotas y, en 1858, perdería muchos hombres en Pigüé, en un combate que se prolongaría durante dos días.

Al año siguiente, unió sus hombres con los ranqueles de Baigorria a los de Urquiza y combatió en la batalla de Cepeda pero, en Pavón en 1861, Baigorria –sublevada la región de Río Cuarto contra la Confederación– y Coliqueo se sumaron al bando “mitrista” que, a la postre, resultaría triunfador. Calfucurá, una vez más, convenientemente “obsequiado y regalado”, mantuvo sus fuerzas al margen de la reyerta: él había apoyado antes, expresamente, los términos del Pacto de San José de Flores, por el que el estado de Buenos Aires se reincorporaba a la Confederación Argentina.

Durante las presidencias de Mitre y de Sarmiento, entre 1862 y 1874, se mantuvo cierto *statu quo*. Enfrentamientos, cruces militares, choques con los fortines de avanzada y, a la vez, la firma de una serie de tratados y de acuerdos que colocaron la situación tirante “entre la guerra y la paz”. Tal el caso de la Convención de Paz, ajustada entre el gobierno de la Nación Argentina y el cacique don Juan Calfucurá”, de 1867. Sin embargo, eso no quería decir que el mundo “civilizado” hubiera desistido de derrotar a la “barbarie”, sino que otros intereses se habían convertido en prioridades, como los enfrentamientos con los últimos caudillos federales como el Chacho Peñaloza y la guerra contra el Paraguay. Ambos eran frentes determinantes para configurar el territorio nacional y el monopolio de la fuerza por parte del Estado, indispensable para dar unidad y cohesión a la República en formación.

No bien se impuso la derrota de todos los “enemigos”, el Estado retomó con énfasis el tema del Desierto. Cuando la ofensiva se comenzó a desplegar, en los últimos tiempos de Sarmiento la respuesta de Calfucurá fue temeraria: “Si quieren guerra, habrá guerra... y somos muchos y bien armados”.

Sin embargo, el 8 de marzo de 1872, el gran cacique de las pampas sufrió su peor derrota en Pichi-Carhué, cerca de la actual ciudad de Bolívar, en la batalla de San Carlos. Fue su último gran combate: perdió allí doscientos hombres. El comandante porteño Ignacio Rivas, en esa oportunidad, utilizó como punta de lanza a los guerreros de los caciques Catriel y Coliqueo. El combate, además, puso en evidencia la creciente profesionalización del ejército y su nuevo armamento. Una instrucción militar de 1877 confirmaba la seguridad de esa ventaja: “Un soldado a pie armado a Remington vale por cinco indios”. Los avances tecnológicos, como el telégrafo y el ferrocarril fueron otros elementos decisivos, pero la fuerza de los aborígenes era aún inoculable. El general Ignacio Fotheringham dejó un testimonio vívido: “¡Los indios! Eran una potencia, aparte que tenían su corte, sus embajadores, su ejército, sus privilegios. De vez en cuando el gobierno nacional celebraba tratados con ellos. [...] He visto llegar a Río Cuarto una embajada de caciques grandes y chicos. [...] Venían a renovar tratados, o a celebrar convenios cómodos con el jefe de la frontera y con aire de vencedores, de Atilas de la Pampa, entraban al escritorio, se sentaban y se ponían a fumar, mientras el lengua-raz, un badulaque que se daba importancia excepcional, explicaba en tono pomposo el motivo de la visita. Siempre celebraban parlamento con el lengua-raz, por más que el cacique hablase mejor el castellano que el tal intérprete: pero hubiera sido asunto in-fracadignita de parte de la majestad pampeana hablar en el lenguaje que odiaban, con un representante de un gobierno que despreciaban. Ya les he dicho que sus tratos eran de potencia a potencia. De potencia superior a potencia inferior. Nosotros ¡la inferior!”.⁴

Tras la derrota de San Carlos, Calfucurá, viejo y vencido, murió en sus toldos, cerca de General Acha, La Pampa, el 3 de junio de 1873. Tenía dieciséis hijos y cinco sobrinos “príncipes”, que prestaron servicios como oficiales del cacique. Su hijo Manuel Namuncurá de 62 años heredó el mando. Según la tradición oral, el mandato paterno se sintetizó en la frase que Calfucurá habría dicho poco antes de morir: “No entregar el Carhué al *huinca*”. Tras nuevas “malocas” como la Invasión Grande de diciembre de 1875 –que reunió las huestes de los Curá, los ranqueles de Baigorrita, las tribus del indómito Pincén, del cacique Purrán, el chileno Reuque Curá y las lanzas de Juan José Catriel–, recién en 1884, Namuncurá se rindió a las tropas de Julio A. Roca y juró lealtad a la República Argentina. Fue el último gran jefe araucano de las pampas en hacerlo.



Juan Manuel Catriel, el padre de Cipriano y Juan José. AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 303581.



Manuel Namuncurá después de su entrega voluntaria. La fotografía fue tomada en Buenos Aires en 1884. El cacique luce el uniforme militar y un aro de oro en la oreja. Está acompañado por sus dos mujeres, posiblemente Rosario Burgos e Ignacia. Entre medio de ellas se encuentra su hermana Canayllancatu Curá. En primer plano, su hijo Juan Quintunas, y detrás sus hermanos Vicente Millá Curá y Curúmanque Curá, su sobrino Juan José Leví Curá y el intérprete Regino Islas. AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 303125.

El “gobernador de las “Manzanas”

En su trabajo sobre los viajeros científicos, Aquiles Ygobone, al referirse al paso del explorador George Musters –autor de *Vida entre los patagones*– por el País de las Manzanas, describió el poderío del gran *lonco* Sayhueque, cuyos toldos se emplazaban en la confluencia de los ríos Caleufú y Collón Curá (en la actual provincia de Neuquén). Musters estableció una excelente relación con el Gran Choeque: “hombre de aspecto inteligente, como de treinta y cinco años de edad, [jovial] mostraba una astucia disimulada, y su risa frecuente era algo burlona”. Su visita en 1870 coincidió con el rechazo, en un parlamento de tribus mapuches, sobre la unión de sus fuerzas con las de Calfulcurá para atacar Bahía Blanca. Para entonces, Sayhueque llevaba ya una década en el poder. Musters lo había visto dirigir reuniones y destacó su perfil como jefe de la región: “Entre las tribus araucanas de los valles andinos no había en la época en que Musters las visitara, ningún otro cacique más poderoso que Valentín Saihueque. Su autoridad sobre los indios mapuches y picunches, que sumaban varios miles de individuos, era indiscutida”, destaca Aquiles Ygobone. Musters, por su lado, había dejado un excelente testimonio de su poderío político y ascendiente social: “Este cacique tiene plena conciencia de su alta posición y de su poder. [...] Me llamó mucho la atención la obediencia y el respeto que esa gente profesaba a su jefe”. También precisó la amplitud geográfica de su imperio: “La autoridad de Saihueque se extiende al norte hasta Mendoza, sobre centenares de indios que residen en tolderías fijas, unos cuantos en el valle próximo a las Manzanas, pero la mayor parte cerca de los bosques de araucarias. Sin embargo, el poder del cacique es absoluto y su palabra es ley hasta

para sus súbditos más distantes. A una orden suya, dejan sus toldos, sus mujeres y sus hijos, y acuden, montados y listos para cualquier servicio, a su cuartel general. Su riqueza [puntualiza] es considerable: aparte de numerosos rebaños y manadas, tenía uno de los toldos destinados exclusivamente para depósito y en él se ponían a buen recaudo sus adornos de plata, ponchos, mantas, etcétera”.⁵ El perito Francisco P. Moreno, en sus apuntes de la primera visita que realizó a la región en 1875, aseveró con firmeza: “[Saigüequé] es el jefe principal de la Patagonia y manda las siete naciones que viven en esos parajes: araucanos, picunches, mapuches, huilliches, tehuelches, agongures y traro huilliches”.

Apuntemos un hecho: en una carta, Julio A. Roca se dirigió respetuosamente a Sayhueque como el “gobernador de las manzanas”. ¿Una treta descomedida? Puede ser, pero por demás elocuente.



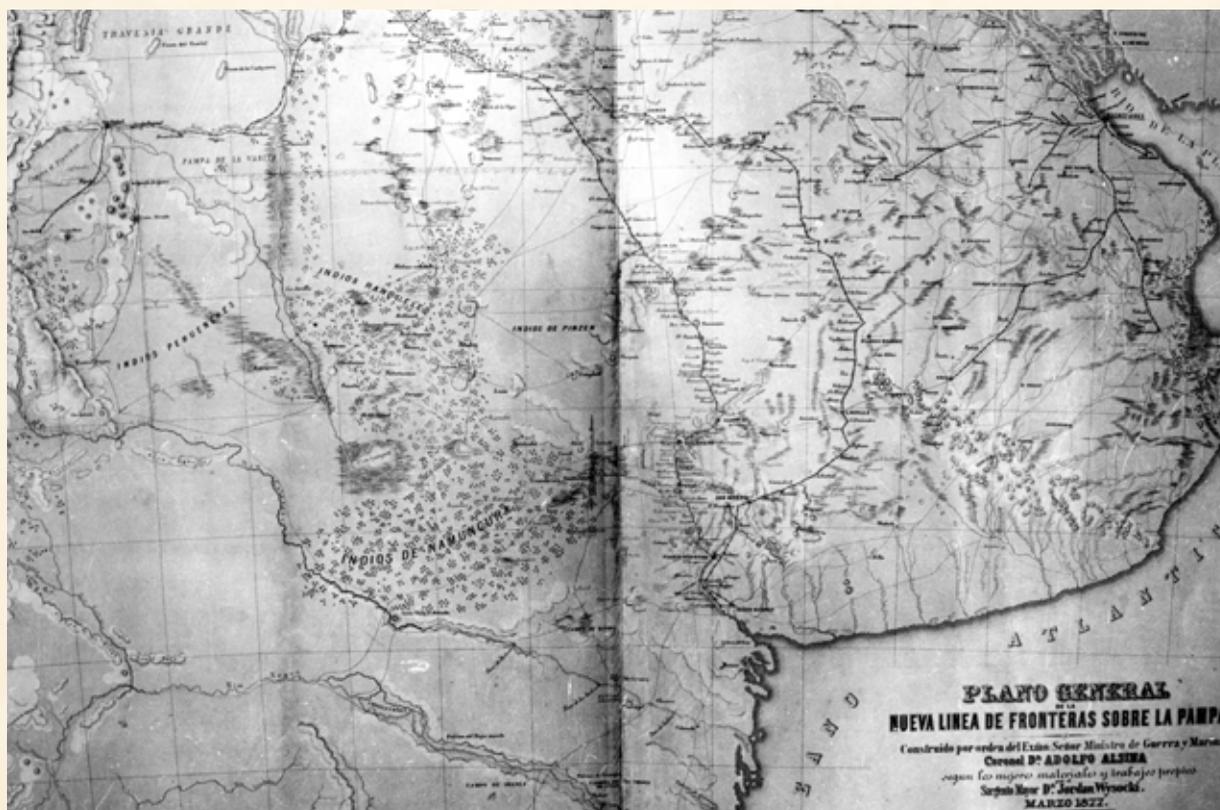
Cacique Valentín Sayhueque (1818-1903).
AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 289877.

La línea de fronteras en 1876

Como lo confirma el mensaje presidencial del presidente Nicolás Avellaneda del 1° de mayo de 1876, cuando el ministro de Guerra era Adolfo Alsina, la línea de frontera era muy similar a la de la época colonial, a excepción de los avances consolidados en la mitad sudeste del territorio bonaerense. Insatisfechos con esta frontera, los factores que más pesaron en la determinación de avanzar sobre ella fueron la mayor gravitación de los intereses de los hacendados bonaerenses y el temor de una expansión chilena sobre la Patagonia.

Pero no había acuerdo sobre la estrategia: durante una primera etapa, Alsina intentó una política que combinaba avance con negociación, articulando una estrategia de avance territorial paulatino y de búsqueda de integración de las tri-

bus más cercanas. En cambio, la visión que impuso Julio A. Roca fue la opuesta: “A mi juicio, el mejor sistema de concluir con los indios es el de la guerra ofensiva” y, en su libreta de apuntes, consigna: “¡Qué disparate la zanja de Alsina! [...] Si no se ocupa la pampa, previa destrucción de los nidos de indios, es inútil toda precaución y plan para impedir las invasiones”. Muerto Alsina, lo sucede como ministro el joven tucumano, que adopta la táctica agresiva del “contramalón”. En pocos meses, Roca desarticuló a los mejores guerreros de la indiada. Duros caciques como Pincén –“el más temido de la pampa”– fueron tomados presos, cientos murieron en combate y varios miles (se calcula, catorce mil) fueron reducidos. Otros fueron obligados a pactar acuerdos de paz, dividiendo así el campo enemigo.



Las tribus indígenas dominan todo el territorio fuera de la línea de frontera avanzada hasta en ese momento. El plano es obra del sargento mayor ingeniero Jordán Wysocki, 1877. AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 299937.

Un acuerdo que dividió las lanzas

El tratado de paz acordado por el ministro Roca con los caciques Baigorria y Rosas, el 24 de julio de 1878, fue un durísimo golpe para la (ahora sí) agónica confederación salinera. Asimismo, fue festejado por el gobierno de Avellaneda como un triunfo más importante aún que muchas victorias militares “clásicas”. El primer artículo del acuerdo celebrado con “Cayupán y Huenchugner (a) Chaucalito, como representante el primero del cacique principal Manuel Baigorrita de Poitague y el segundo del cacique de igual clase Epugner Rosas de Leuvucó” destacaba: “Queda convenido que **habrá por siempre paz y amistad entre los pueblos cristianos de la República Argentina y las tribus ranquelinas que por este convenio prometen fiel obediencia al gobierno y fidelidad a la nación de que hacen parte**, y el gobierno, por su parte, les concede protección paternal”,⁶ o sea, asignaciones mensuales para los caciques, capitanejos, escribientes, lenguaraces y otros miembros de la jerarquía que, como aún no existía una moneda nacional, se pagaban mensualmente en pesos bolivianos, además de entregas trimestrales de

azúcar, harina, tabaco, yerba, cuadernillos de papel, jabón y aguardiente. Los caciques y sus súbditos, por su lado, se comprometían a entregar a todos sus cautivos y a evitar que cualquier cristiano cruzase la frontera para buscar resguardo en las tribus. También debían “perseguir a los indios gauchos ladrones y entregar a los malévolos cristianos con los animales que llevan tierra adentro”; es decir, se les asignaba la tarea de policía.

Otro artículo de ese tratado demuestra que los salineros y manzaneros todavía eran vistos como un peligro y, llamativamente, no se los consideraba argentinos: “En caso de guerra exterior o **invasión de extranjeros o aucamapuches**, todos los caciques o tribus se comprometen a prestar decidido apoyo al gobierno argentino; bien entendido que serán muy severamente perseguidos y castigados como traidores a la Patria los caciques y tribus que en algún tiempo se sepa haber tenido relación o connivencias con **el enemigo**”. Aislados los pueblos araucanos de otras tribus hasta entonces confederadas o amigas, menos de un año después, comenzaría la “ofensiva final” para tomar el Desierto.



El capitanejo Millamain (buitre de oro), perteneciente a la tribu del cacique Reuque Curá, Ñorquín, 1882. AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 292626.

1879, un año clave

A principios de 1879, ya estaba diseñada una estrategia doble. Hacia el País de las Manzanas, partió una misión científica encabezada por Francisco “el Perito” Moreno. Este, en mayo de ese mismo año, había dado a conocer su libro *Viaje a la Patagonia Austral*, donde relataba sus exploraciones de 1876-1877. Sus viajes como jefe de la comisión exploradora de los territorios del sur, tenían por objeto relevar territorios aptos para futuras colonias, trazar mapas y descripciones y, de paso, dar cuenta de las reales fuerzas y ubicación de los asentamientos indios. Mientras tanto, Roca, secundado por el coronel Conrado Villegas, partió desde Azul el 18 de abril para la ofensiva final; antes de fin de año la avanzada exploradora de Moreno llegaría a los toldos de influencia de Sayhueque. El gran cacique Inacayal le envió a su hijo Utrac para que lo acompañara a cruzar La Pampa de Esquel y también le dio la bienvenida el cacique Foyel, pero los consejeros de su tribu no recomendaban el paso de Moreno hacia el Nahuel Huapi; temían que Sayhueque tomara al Perito como rehén. El 17 de enero, un enviado de Sayhueque se presentó ante la caravana y le entregó la orden para que se presentara en sus toldos. Como

gesto, le indicaba que lo había hecho su compadre, bautizando con su nombre a un hijo suyo, llamado Francisco Guilliqueque. Moreno llegó al Nahuel Huapi, se maravilló ante el lago (que nombró Gutiérrez, en recuerdo de su maestro Juan María) y fue conducido a los toldos del jefe del País de las Manzanas.

Asistió allí a un consejo de guerra dirigido por el Gran Lonco, que había reunido a ochocientos mapuches y demostrado que la estructura de gobierno del país (o de la nación), en efecto, se basaba en sus jerarquías y, a la vez, que las resoluciones más importantes se tomaban en “parlamento”, que reunía a todos –capitanejos con sus lanzas y, detrás, la chusma– y que respetaba todas las voces. El valor de la jerarquía se evidenciaba en las relaciones exteriores: nadie llegaba a ver al Gran Lonco sin un salvoconducto, un pasaporte otorgado por el gobierno nacional o cartas de recomendación que lo acreditaran en su misión, lo que equivalía a una relación y un reconocimiento de Estado a Estado. Un día de borrachera general, Moreno logró huir: en balsa alcanzó el Limay y, el 19 de febrero, se reunió con una partida de soldados a orillas del río Neuquén.



Navegando el río Traful en una balsa, 1898. En la foto los señores: Schiorbeck, Bermichan, Wokff, Soot y Hauthal. AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 286498.



Arriba: Cacique tehuelche Foyel.

AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 289885.

Abajo: Los Jefes (de izquierda a derecha) Lorenzo Wintter, Teodoro García, Julio A. Roca y Conrado Villegas.

AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 43003.

Cuatro “soberanos” presos... y el fin de un etnocidio

En el mensaje de 1879, Avellaneda realizó un balance de la situación. Titulado nada menos que “Guerra”, afirmaba: “El indio ha sido desalojado de sus tolderías seculares en toda la extensión recorrida por las expediciones, y ha huido en pequeños grupos por las márgenes del río Colorado, buscando abrigo en las primeras sinuosidades de la cordillera. [...] Según la estadística minuciosa que me ha sido presentada: [...] cuatro **caciques soberanos** presos: Epumer Rosas, Pincén, Catriel y Cayul; muertos: 1.250; prisioneros (de pelea): 976; prisioneros (de chusma) (viejos, mujeres y niños): 2.421; presentados (de pelea): 1.149; presentados (de chusma): 2.209; cautivos rescatados: 300. Total: 8.305”. El presidente ordenó entonces “la traslación de las fronteras interiores a las márgenes del Río Negro y del Neuquén”.

Con tono grave, agregó: “Necesito manifestaros todo mi pensamiento: Nuestro ejército no debe detenerse en el Río Negro. Al otro lado hay numerosas tribus que es necesario someter para conjurar peligros futuros y para promover resueltamente la población de la Patagonia por el inmigrante europeo. [...] No quedará antes de dos años una sola tribu india sin ser sometida, en toda la extensión de la Pampa y de la Patagonia, desde el Atlántico a los Andes, y desde Bahía Blanca, el Río Cuarto y San Rafael hasta el Estrecho de Magallanes”.⁷ Las propias palabras del presidente reconocían que toda esa inmensidad tenía una frontera y que otros pueblos, naciones o Estados (la definición es justamente lo que interesa debatir), con organización suficiente como para vivir en ellas, no habían sido aún doblegadas y que ese era el principal desafío de la República para asegurar el control de todo el territorio que pretendía como propio.

Así, la ofensiva que resultó triunfal consumaría un etnocidio de más de tres siglos:

en febrero de 1885, desde Viedma, el general Lorenzo Vintter, hombre de confianza del ya presidente Roca, dirigió el lapidario telegrama de cierre de la campaña contra el “infiel”: “Me es altamente satisfactorio y cábeme el honor de manifestar, [...] que ha desaparecido para siempre en el Sud de la República toda limitación fronteriza contra el salvaje. El cacique Saihueque, cacique eminentemente prestigioso por su poder entre todas las tribus que tenían su asiento entre el río Collón-Curá, afluente del Limay al Norte, y el Deseado, al Sud, acaba de efectuar su presentación voluntaria, y con él también los caciques de orden inferior, Inacayal, Huenchunecul, Coquichan, Salvutia, Prayel, Nahuel, Pichi Curuhuínca, Cumilao y otros, incluso el obstinado y rebelde Fayel. [...] Puedo decir a V.S. que hoy no queda tribu alguna en los campos que no se halle reducida voluntaria o forzosamente [...]”.⁸

Los gobernantes de aquellos inmensos imperios de las pampas, de los ríos y de las montañas, terminaban así un “reinado” de cinco décadas, un control territorial de milenios, así como sus confederaciones políticas quedaban disueltas.



Lorenzo Vintter (1842-1915).
AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 125171.

¿Fueron Estados *sui generis*?

A modo de hipótesis, arriesgamos algunas preguntas. Desde nuestro punto de vista, entre 1845 y por lo menos 1880, la confederación aborigen constituyó un Estado de hecho. ¿Qué es, si no, un grupo organizado de miles de personas que reconoce un gobierno, que celebra “parlamentos”, que defiende un territorio bastante bien definido, que comparte “leyes” –aunque no estén codificadas– y valores, que comercia con otras naciones y consume y transporta productos importados, que firma acuerdos diplomáticos y se cartea “de igual a igual” con otros jefes de Estado –y es tratado como gobernador, soberano y, a sus naciones, como extranjeras–, y que, por fin, integra un ejército regular y bien armado que participa de las luchas civiles que se desarrollan en sus fronteras?.

Bajo la jefatura de Calfucurá y Namuncurá, en La pampa, y de Sayhueque, en Neuquén, durante esos veinticinco años, nada po-

día hacerse en ese inmenso territorio sin su expresa autorización. Ese Estado tenía, además, una peculiaridad: no existía la propiedad privada, por lo menos, en el sentido moderno del término. De este modo, concluimos que destruir ese Estado y disolver esas naciones fue la propuesta de la “solución drástica” (expresión acuñada por Estanislao Zeballos y concretada por el joven Julio A. Roca, con la que cosecharía buena parte del apoyo que lo llevaría a la presidencia en 1880). La construcción de un único Estado nacional, con los mismos regímenes de propiedad –con escrituras expedidas–, con la misma legislación, con autoridades delegadas del Poder Ejecutivo (por eso, no serían provincias, sino territorios nacionales) y con una similar cultura era la uniformidad que, más allá de los matices, impulsarán las autoridades político-militares de la nueva República Argentina.



Campana del Desierto, Río Negro, 1878.
AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Fondo Caras y Caretas. Inventario 146898.

Nuestra reflexión pone en juego la definición misma de lo que es un Estado e, incluso, si estos son factibles allí donde no existe en sentido estricto la propiedad privada sobre los medios de producción, la posesión concreta y personal, familiar o societaria de parcelas de tierra. Cada vez más nos inclinamos a pen-

sar estos Estados aborígenes sin ajustarnos al modelo clásico, que asimila los Estados con el modelo de historia eurocéntrica. Sin embargo, seguimos abiertos al debate. La visibilidad creciente que han logrado los “pueblos originarios” en el debate público es ya un importante paso adelante. ~~~

NOTAS

1. MANDRINI, R. Y ORTELLI, S. (2007): *Volver al país de los araucanos*, Sudamericana, Buenos Aires.
2. DE TITTO, R. (2006): *Los hechos que cambiaron la historia argentina en el siglo XIX*, El Ateneo, Buenos Aires.
3. GUINNARD, A. (2006): *Tres años entre los patagones. Apasionado relato de un francés cautivo en la Patagonia (1856- 1859)*, Ediciones Continente, Buenos Aires.
4. FOTHERINGHAM, I. (1902): *Vida de un soldado* (tomo I), Guillermo Kraft, Buenos Aires.
5. YGOBONE, A. D. (1977): *Viajeros científicos en la Patagonia durante los siglos XVIII y XIX*, Galerna, Buenos Aires.
6. Los destacados del texto corresponden al autor.
7. DE TITTO, R. (2011): *Mensajes a la República. Nicolás Avellaneda*, Corp. América, Buenos Aires.
8. GARRA, L. (1969): *A sangre y lanza*, Anaconda, Buenos Aires.

OTRA BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- COMANDO GENERAL DEL EJÉRCITO. DIRECCIÓN DE ESTUDIOS HISTÓRICOS. (1975): *Política seguida con el aborigen*, Tomo II (1820-1852), Círculo Militar, Buenos Aires.
- MANDRINI, R. (2013): *América aborigen. De los primeros pobladores a la invasión europea*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- SCHOO LASTRA, D. (1977): *El indio del desierto (1535-1879)*, Goncourt, Buenos Aires.
- VEZUB, J. E. (2009): *Valentín Saygüique y la Gobernación Indígena de las Manzanas. Poder y etnicidad en la Patagonia septentrional (1860-1881)*, Prometeo, Buenos Aires.
- YGOBONE, A. D. (1995): *Francisco P. Moreno. Arquetipo de la argentinidad*, Plus Ultra, Buenos Aires.



Manuel Namuncurá, hijo y heredero de Calfucurá.

Muchas veces, a falta de imágenes de su padre y por su parecido físico, se utiliza esta fotografía para retratar erróneamente a su progenitor.

AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 303589.



Indio chaqueño.
AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 7914.

Los aborígenes del Chaco

Crónica del reclutamiento y de las condiciones de vida y de trabajo de los indígenas en los ingenios azucareros de Jujuy (1880-1920)

por Marcelo Constant*

En este artículo se relata la opresión a la que fueron sometidos los pueblos originarios del Chaco llevados a trabajar a los ingenios azucareros de Jujuy. Esta forma de disciplinar y civilizar a los aborígenes se practicó desde las últimas décadas del siglo XIX hasta 1930 aproximadamente.

En su obra *Los modos de hacer Historia*, el historiador Peter Burke asegura que, durante las primeras décadas del siglo XX, el acercamiento de la historia a la arqueología, la economía, la antropología y la sociología fue una verdadera transformación en el concepto tradicional de lo que se consideraba un documento. El historiador colombiano Vladimir Daza Villar sostiene que “la fotografía permite al investigador apreciar visualmente el poderoso impacto emocional del pasado y se convierte en un instrumento clave para revelar aspectos básicos de la historia social de los pueblos”.¹ La fotografía se ha convertido en una fuente de información documental.

La posibilidad de utilizar la fotografía como documento histórico, aunque pueda estar cargada de subjetividad, nos revela una realidad. Como dice categóricamente Roland Barthes, al referirse a la fotografía: “Lo que veo se ha encontrado allí, en ese lugar que se extiende entre el infinito y el sujeto, [...] ‘esto ha sido’”, en oposición a la pintura, que puede fingir una realidad sin haberla visto. Destacamos que nuestro interés no está en conocer las reglas de la composición fotográfica, sino en revelar lo que vemos en cada fotografía y lo que nos sugiere, lo que no vemos.

* Es licenciado en Historia. Autor de varios libros de relatos y de novelas. Publicó los ensayos: *Minería en la Puna de Jujuy, 1885-1990* (2007) y, junto a J. Bidondo y M. Lagos, *Orientación bibliográfica para la historia de Jujuy* (2007). También es autor del libro *Machos, chinas y osacos: Registros fotográficos del reclutamiento, condiciones de vida y trabajo de los indígenas chaqueños en los ingenios azucareros de Jujuy (1880-1920)* (Editorial Sudestada, 2014).

Para este trabajo sobre los sistemas de reclutamiento y las condiciones de vida de los trabajadores indígenas chaqueños en los ingenios de Jujuy, utilizamos fuentes llamadas secundarias, pero de valor testimonial: distintos archivos fotográficos, públicos y privados; relatos de exploradores, científicos y viajeros, y periódicos e informes de los inspectores del Departamento Nacional del Trabajo. Esta es una crónica fotográfica de la explotación a la que fueron sometidos los pueblos originarios del Chaco, llevados a trabajar (como una forma de domesticación, para disciplinarlos y civilizarlos) a los ingenios azucareros de Jujuy desde las últimas décadas del siglo XIX hasta 1930 aproximadamente. Matacos, tobas, chorotes y chiriguano fueron vitales en el período de despegue de la industria azucarera e hicieron poderosos a sus empresarios.

Las fotografías nos revelan una sociedad en el norte argentino que se fue conformando, hasta las primeras décadas del siglo XX, fragmentada y muy jerarquizada. El investigador Fernando Márquez Miranda, en 1943, destacó la ideología positivista, civilizatoria y racista que prevalecía en la administración de los ingenios azucareros de Jujuy, por “la falta de consideración a la condición humana del aborigen. Un hombre indígena no es más que ‘un macho’, en dichos documentos, una mujer es ‘una china’, una criatura es “un ‘osaco’”.²

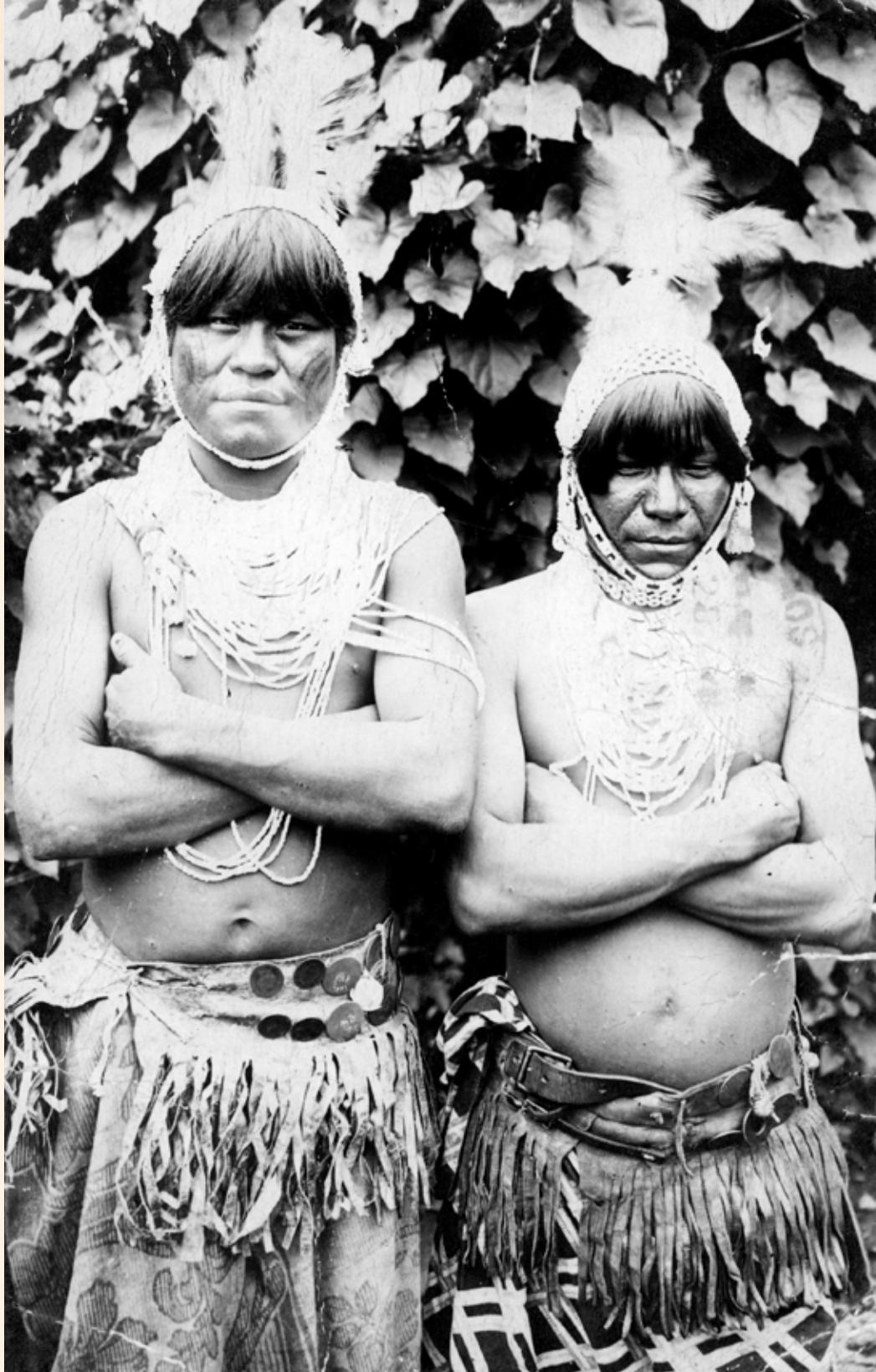
En el artículo “El indio argentino ante la legislación y la realidad”, Márquez Miranda señalaba que no se trataba de documentos privados, sino de la documentación oficial de las empresas azucareras. Frente a las desdichadas condiciones de explotación del indio (a quien se le habían arrebatado sus tierras originarias y se le había negado un mísero retazo de las fiscales, a quien se explotaba por centavos en un trabajo duro) se le impuso un sistema de con-

tratación de mano de obra que lo condenaba a trabajar, año tras año, por deudas en el papel que no acababan nunca de ser canceladas.

A través de los registros fotográficos, haremos un intento de recuperar esa memoria colectiva, esas vidas sometidas a sufrimientos y castigos, a explotación y miseria, esos miles de hombres, mujeres y chicos que se incorporaron compulsivamente a la vida republicana, dejando la tranquilidad de sus vidas en las selvas chaqueñas. Es la historia de los vencidos, de los excluidos de los clásicos libros de historias oficiales. Debemos buscar nuestro presente en ese pasado, en esas vidas anónimas que nos miran desde las fotografías, pues ellos de alguna manera perviven en nosotros.

Las concepciones científicas de fines de siglo XIX, de alguna manera apuntaladas por las numerosas crónicas de la colonia sobre la proverbial incapacidad de los indígenas para integrarse a la civilización, justificaban, por un lado, su explotación desmedida y, por el otro, la ocupación de sus tierras por los inmigrantes europeos. Durante esta época, las expediciones científicas fueron un ejemplo de lo que acabamos de afirmar. El antropólogo Robert Lehmann-Nitsche, del Museo de Ciencias Naturales de La Plata, en 1906, visitó en una expedición el ingenio La Esperanza junto a Carlos Bruch para realizar estudios antropológicos, según las concepciones positivistas dominantes a principios del siglo XX, a los indígenas del Chaco que llegaban a trabajar en la zafra azucarera³, a los que auguraba su extinción.

“Dada la gran rapidez con que se extingue la población indígena del continente sudamericano hay que apurarse con el estudio de los caracteres físicos, porque en tiempo no muy lejano se harán del todo imposible relevamientos exactos de muchas de estas tribus. [...]



Dos indígenas del Chaco con su traje de ceremonia, 1916.
AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 93938.

A los ingenios azucareros de Tucumán, Salta y Jujuy afluyen en la época de la cosecha de azúcar, centenares y miles de indios de las diferentes tribus, llevados por caciques e intérpretes,

para hacer los trabajos que solo exigen simple fuerza de brazos: estos indios, una vez terminada la temporada se dispersan y regresan a sus hogares en el Chaco y Bolivia”.⁴

Los ingenios azucareros y el mercado de trabajo

En el norte argentino, y particularmente en la provincia de Jujuy, a partir de 1870, las antiguas haciendas azucareras del valle de San Francisco (Ledesma y La Esperanza), y posteriormente el ingenio La Mendieta, en 1894, comenzaron una etapa de gigantesca modernización cuando introdujeron maquinarias a vapor para la molienda de la caña de azúcar. La ampliación de los mercados de consumo y la llegada del ferrocarril, junto a una mano de obra barata, facilitaron el incesante crecimiento de las áreas de cultivo. En 1914, en el valle

de San Francisco, los ingenios tenían plantadas 9,137 hectáreas de caña de azúcar. Los tres ingenios azucareros, en poco tiempo, acapararon casi toda la tierra cultivable de los departamentos del ramal jujeño: La Esperanza, el ingenio de los hermanos Leach, poseía 192.000 hectáreas; Ledesma, 72.279 hectáreas y La Mendieta, 19.043 hectáreas.⁵ De esta manera, en pocas décadas, las primitivas haciendas se convirtieron en considerables complejos agroindustriales, productores de azúcar y de alcohol, destinados a los crecientes mercados rioplatenses.



Transporte de la caña de azúcar.
AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 193417.

Mecanismos de reclutamiento y captación de la mano de obra

A fines del siglo XVIII, las antiguas haciendas del oriente jujeño habían recurrido al trabajo estacional de maticos (wichies), chiriguanos y tobas, por su proximidad con la frontera. La práctica de este reclutamiento se profundizó en las últimas décadas del siglo XIX, cuando los nacientes ingenios necesitaron del concurso masivo de mano de obra; encontraron en el indígena chaqueño un trabajador insustituible y de muy bajo costo para la faena.

Los ingenios azucareros, dueños de grandes latifundios en una región con escasa población y precarias comunicaciones, tuvieron que recurrir a un complejo sistema de captación de la masiva mano de obra indígena chaqueña que necesitaban imperiosamente en esta etapa inicial de expansión productiva. El historiador Marcelo Lagos, autor de numerosos trabajos sobre el desarrollo de la industria azucarera en Jujuy, nos dice: “Testimonios de esta época nos presentan a los ingenios como ‘Estados dentro de otro estado’”. La existencia de tranqueras que controlaban el ingreso, la prohibición de la circulación de personas no autorizadas por las empresas, el control de las vías de comunicación internas y el lugar de asentamiento de personas nos indican la existencia de empresas dispuestas a ejercer un control directo sobre su ámbito de influencia. No debe resultarnos extraño que los coetáneos (nos referimos a los que denunciaban esta situación) vieran en los ingenios verdaderos “señoríos feudales”.⁶

De esta manera, miles de indígenas eran incorporados compulsivamente al mundo del trabajo como una forma de adaptarlos a los supuestos beneficios de la civilización, en tanto que esta representara con responsabilidad los valores que detentaba la Nación, en el sentido de obligación moral y respeto hacia el traba-

jador indígena. Sin embargo, en la práctica, la moneda corriente era el atropello, el abuso y los castigos corporales, por parte de los empleadores. La *Guía General Ilustrada de la provincia de Jujuy* (1904), de Eulogio Solari, destinada a un público masivo, informaba que en el interior de los establecimientos se instalaban guarniciones militares. “Los ingenios azucareros, en la época de la cosecha, dan que hacer a la fuerza pública con la sublevación de los indios ocupados en la recolección de la caña, llegando al extremo de necesitarse el concurso de las tropas de línea para dominarlos”.⁷



Trabajador criollo.
AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 139462.

El mismo autor, en *Geografía de la provincia de Jujuy*, al referirse al ingenio Ledesma: “La edificación está agrupada alrededor de un gran ingenio azucarero, [...] posee maquinaria moderna, estación de ferrocarril, telégrafo, teléfono correo, escuela, juzgado, Comisaria...”.⁸

Asimismo, se pueden reconocer dos momentos distintos en el proceso de captación y reclutamiento de la mano de obra utilizados por el ingenio La Esperanza. Una etapa inicial o de despegue, que comienza en la década de 1880 y finaliza alrededor de 1930, en la que prevalecería la mano de obra de los indígenas que habitaban los territorios nacionales de Chaco y de Formosa, en especial tobas, matacos y chiriguanos, provenientes de Bolivia y considerados como los trabajadores más capacitados entre los indígenas.

Una segunda, alrededor de 1930, cuando campesinos de los departamentos de la puna de Jujuy llegaron a complementar su economía pastoril. De esta forma, y con el traslado a los ingenio, reemplazaron a los indígenas chaqueños ya que, en esta época, las autoridades de los territorios nacionales de Chaco y de Formosa impedían el traslado de los indígenas fuera de la región para proteger el desarrollo de la industria algodonera.

Durante la primera etapa, para atraer a los pueblos del Chaco que constituían un reservorio de mano de obra abundante y barata, Juan Biale Massé, en su valiosísimo trabajo de 1904, observó que “el modo que tienen de reclutar la gente los ingenios del Norte, consiste en mandar intermediarios con mercancías y que traten con los caciques”.⁹



Mujeres y niños en sus viviendas.
AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 139060.



Familia indígena en el ingenio.
AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 139061.

Conchabadores

“Conchabadores”, “contratistas de mano de obra”, “representantes de los ingenios” y “sacadores de indios” fueron términos que sirvieron para identificar a las expediciones organizadas para llegar hasta las mismas tolderías y así atraer a los trabajadores indígenas del lejano Chaco a los ingenios jujeños cada año. Estos viajes implicaban serios riesgos, como es el caso que describió el inspector de un grupo de “sacadores de indios” del ingenio La Esperanza, liderado por un capataz de apellido Mena y nueve peones que fueron asesinados por un grupo de tobas en 1913. Un único sobreviviente relató que Mena le había dado a los indios todas las mercaderías que llevaba y, pese a que el grupo estaba armado con fusiles, fueron sorprendidos y ultimados. A partir de entonces, los ingenios prepararon juntos una gran expedición.¹⁰

Al parecer, el tabaco era de suma importancia y, cuando era aceptado por los caciques, implicaba el compromiso tácito de regresar al ingenio para la próxima zafra.¹¹ Los compromisos con los contratistas eran verbales y allí se fijaban los salarios y la alimentación que recibirían. El acuerdo se sellaba con regalos de parte de los representantes de los ingenios, que consistían en harina, sal, tabaco, burros y caballos.

Hasta entonces, el ingenio La Esperanza organizaba una expedición alrededor de la autoridad de un jefe, con cuatro capataces, treinta peones “veteranos”, más de cien mulas, prendas de vestir, víveres y tabaco. Se internaban en el interior de las selvas para convencer a los caciques y para que estos se comprometieran a llevar a sus parcialidades. Interrogados los caciques Acua, Camilo viejo, Yguana, Felipe, Bautista, Palo Santo y otros lenguaraces en sus tolderías sobre la disminución en la cantidad

de indios ese año, le dijeron al inspector Vidal: “Tenemos que caminar mucho, los patrones prometen y después no cumplen, engañándonos siempre. Tenemos que recorrer con nuestras mujeres e hijos distancias enormes. Patrón Grande [llamaban así al Presidente de la Nación] puede ayudarnos”.¹²

Eran reiterados, a principios del siglo xx, los pedidos de tierras por parte de distintos grupos de indígenas. Un grupo de chiriguano establecidos en el norte del Chaco y de Tucumán, liderados por los caciques Uaychalle y Paichú, caminaron desde Lules, Tucumán, hasta Rosario y, desde allí, viajaron en ferrocarril a Buenos Aires para pedir tierras, ropas y útiles para poder trabajar. Alojados en el hotel de inmigrantes, fueron recibidos por el presidente Julio A. Roca, quien “les ha prometido influir para que alcancen sus propósitos”.¹³ Un caso similar fue el de los sesenta campesinos del desierto de Atacama en el entonces recién creado Territorio Nacional de los Andes, que reclamaban la devolución de sus tierras ante el Ministerio del Interior en Buenos Aires ese mismo año.¹⁴

Para nuestro análisis de las condiciones de trabajo y de la naturaleza de aquellas arriesgadas expediciones, seguimos los informes de los inspectores del Departamento Nacional del Trabajo: Vidal, Unsaín y, posteriormente, Niklison. Ellos fueron enviados para controlar el cumplimiento del primer contrato escrito en 1914. Al parecer, la situación de las relaciones laborales anteriores a la firma de contratos formales había quedado sujeta a la buena voluntad de los ingenios y los indígenas, después de trabajar durante meses, no habían recibido su salario en dinero en efectivo, sino en mercaderías de baja calidad.



Grupo de Conchabadores, marzo de 1917.
AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 141271.

El papel del Estado y el ejército

Las campañas militares de 1884 y 1911 colaboraron eficazmente para convertir a los indígenas en esa fuerza de trabajo estacional, de bajo costo, que necesitaban los ingenios de Jujuy y para incorporarlos compulsivamente, por un lado, al Estado argentino y, por el otro, a un modo de producción capitalista en desarrollo.¹⁵

Aunque la ocupación militar del Chaco había comenzado décadas atrás –con una serie de invasiones armadas que fueron corriendo la frontera con el indio y acorralándolo en el interior de las selvas–, distintas administraciones provinciales de Salta, a partir de 1864, intensificaron la penetración con la fundación de fuertes en el Chaco. Por ejemplo, sobre el río Teuco, los fuertes Aguirre y Belgrano (este último destruido por los indios al poco tiempo); sobre el río Bermejo, los fuertes Gorriti y Güemes. Estos avanzaron en la colonización del territorio y en el sometimiento de sus habitantes. Al mismo tiempo, se llevaron a cabo campañas desde Santa Fe que ocuparían la región y fundarían colonias en la ribera del Salado y del Paraná.¹⁶ El comandante general de la frontera fue el teniente coronel Napoleón Uriburu a principios de la década de 1870; Manuel Obligado, en 1879; Luis Fontana, en 1880; Juan Solá, en 1882; Francisco Bosch, en 1883, y nuevamente Obligado y Rudecindo Ibazeta en 1883.¹⁷

“No dudo que esas tribus proporcionarán brazos baratos a la industria azucarera y a los obrajes de madera como lo hacen algunas de ellas en las haciendas de Salta y Jujuy. Considero indispensable también adoptar un sistema adecuado para situarlos en los puntos convenientes, limitándoles los terrenos que deben ocupar con sus familias a efectos de ir poco a poco modificando sus costumbres y civilizarlos”.¹⁸

En julio de ese mismo año, ya lo había anunciado el presidente de la Nación, Julio A. Roca, ante el Congreso: “Debemos remover las fronteras con los indígenas; estos deben caer sometidos o reducidos bajo la jurisdicción nacional, pudiendo entonces entregar [tierras] seguras a la inmigración y a las explotaciones de las industrias de la civilización esas doce mil leguas que riegan el Bermejo, el Pilcomayo, el Paraná y el Paraguay y que limitan las montañas que nos separan con Bolivia”.¹⁹

Cabe destacar el papel de articuladores que cumplieron las autoridades del ejército en las operaciones en el Chaco Austral, el antiguo “Chaco Gualamba”, extenso territorio que se había incorporado y sometido en sucesivas incursiones militares a partir de 1870. Estas incursiones habían sido llevadas a cabo contra los pueblos originarios que, no solo fueron despojados de sus tierras, sino diezmados y obligados a trabajar en nombre de un proyecto “civilizador”. Algunos indígenas capturados y enviados prisioneros a la isla Martín García (que se había convertido en una suerte de campo de concentración) convivían hacinados junto a cientos de aborígenes sometidos durante las campañas a la Patagonia. Mujeres y chicos habían sido separados de sus familias y entregados como personal de servicio en las grandes ciudades rioplatenses. La mayoría murió por enfermedades como la viruela, que hizo estragos entre los naturales mal alimentados sobrevivientes en esa isla, en un estado de total abandono.

“Si no llegaban infectados, en Martín García se contagiaban a poco de llegar. Mandarlos allí por miles era algo más que un castigo. Birot es claro al respecto: ‘quasi todos después de haber escapado a la viruela se mueren de debilidad’”.²⁰

Siguiendo a Mapelman y Musante, transcribimos una carta, del 12 de noviembre de 1879, de la Comandancia General de Marina que había sido enviada al jefe de la isla Martín García, Coronel Donato Álvarez: “Por orden del Señor Ministro de Marina se envía en el vapor ‘Resguardo’ al capitán Don Bernardino Pietro, para que conduzca a este puerto todos los indios que trajo dicho vapor del Chaco dejando allí únicamente las indias inservibles ya por su vejez como por cualquier defecto que las imposibilita para el trabajo, clasificando tanto de las indias como de los indios, el nombre y la edad aproximada”.²¹

A principios de siglo xx, en su visita al ingenio La Esperanza de Jujuy, el científico alemán Lehmann-Nitsche, al destacar las cualidades para el trabajo de los indígenas y las persecuciones a las que eran sometidos, afirmó: “Desgraciadamente tales ideas no suelen encontrar aceptación entre los hombres dirigentes de estos estados o provincias; el indio es considerado como ‘mancha negra’ y ‘signo de retroceso’

y se le caza sin misericordia, extinguiéndose así un elemento irremplazable que debió ser destinado a hacer posible la explotación general de las regiones tropicales y subtropicales”.²² El castigo, las acciones punitivas y las muertes se repitieron en el tiempo. En 1903, más de cincuenta indígenas que regresaban después de haber trabajado durante meses en los ingenios de Jujuy, fueron asesinados por patrullas del ejército argentino. Las denuncias de estos crímenes fueron presentadas por los jefes de una expedición, Otto Asp y domingo Astrada que, en junio de 1093, habían partido para descubrir el curso del río Pilcomayo y tomar contacto con los indígenas.²³ La repercusión pública de estas matanzas fue significativa e ilustró la carátula de la revista *Caras y Caretas*: “...pocas semanas antes se había realizado una salvaje matanza de indios en el punto conocido por Nuevo Mundo. Grupos diversos de indios regresaban al Chaco terminada la cosecha en el ingenio de los señores Obejero y Zerda en Ledesma (Jujuy)”.²⁴



Exploradores del Chaco (Grupo de Exploradores e Indígenas)
AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Fondo Witcomb. Inventario 530.

Traslado a los ingenios

El traslado era un viaje largo y accidentado; marchaban a pie desde sus tolderías hasta Embarcación en la provincia de Salta. La distancia rondaba entre las 100 y 120 leguas. Allí, tomaban el ferrocarril. Tardaban en realizar este recorrido entre dos y tres meses. En las épocas de trabajo, se trasladaban en grandes cantidades que variaban entre 2800 y más de 4000 indígenas.²⁵ Era un pueblo en movimiento. La larga caravana de hombres, mujeres y chicos era dirigida por los capataces y peones conchabadores que custodiaban el viaje, junto a un convoy de carros, mulas cargueras y ganado en pie; hacían un alto para descansar solo dos veces al día. Los centros de aprovisionamiento estaban dispuestos de antemano, cuidando celosamente que no se encontraran parcialidades distintas, que generalmente terminaban en hechos sangrientos. Asimismo, Niklison mencionó que, el año anterior a su visita, por un error, según le había referido H. Giffod Stower (buscador y organizador de las columnas indígenas), se habían encontrado matacos y tobas, y que habían sido muchos los muertos esa noche.²⁶

Una vez que los indígenas aceptaban “los regalos” (camisas, sombreros, etc.) dados por los ingenios, se ponía en funcionamiento el sistema de enganche: ya estaban comprometidos a ir a trabajar. Los capataces les suministraban alimentos racionados para el viaje. Por ejemplo, un novillo cada treinta personas, cada treinta leguas. La travesía duraba casi tres meses hasta llegar a las estaciones ferroviarias de Embarcación o Pichanal en Salta y, desde allí, en vagones de carga hasta los ingenios. La descripción del inspector Niklison es profunda y desoladora: “Dolorosa y triste resulta esta marcha de las tribus a través de los caminos del Chaco. Adelante, a manera de vanguardia, marchan

los hombres de uno en fondo: luego, a cierta distancia, las ‘chinas’ que transportan sobre sus encorvadas espaldas a los niños y a todos los útiles y enseres del hogar; y más atrás, los viejos y los enfermos que a duras penas pueden avanzar. Durante el trayecto son muchos los que sucumben bajo el cansancio de las extenuantes etapas y la acción de las enfermedades que persiguen a esas miserables columnas de obreros que más parecen de mendigos”.²⁷

Al parecer, según los informes del Departamento Nacional del Trabajo, las primeras semanas en el ingenio los encontraba muy debilitados y la mortalidad indígena “adquiere proporciones pavorosas. Las familias y las tribus se diezman, se reducen lastimosamente”.²⁸ Las condiciones de los contratos u arreglos no siempre eran los mismos. Como hemos mencionado, los ingenios debían convencer a los caciques de los beneficios que obtendrían. Las mercaderías y regalos eran parte de un ritual necesario para lograr sus objetivos; carros con ropa y todo tipo de objetos eran el imán para atraer a los indígenas, vitales para levantar la zafra. El contrato firmado por los representantes de los ingenios La Esperanza y Ledesma con los jefes militares del ejército en operaciones en el Chaco, fijaba la clasificación de los salarios en seis categorías y en dos a los lenguaraces (indígenas que hablaban castellano y servían de intérpretes para los caciques). Se establecía una paga mayor a los caciques y caciques menores ya que estos eran los que llevaban a sus indios al ingenio. Algunas reformas en el contrato que, según las empresas, traducían las aspiraciones de los trabajadores, fueron no cobrarles las prendas dadas en el momento de reclutamiento y no descontarles de sus salarios el consumo de caña de azúcar.²⁹



Traslado de los indígenas.
AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 218582.

El inspector Vidal del Departamento Nacional del Trabajo sostenía que los indígenas, a través de los lenguaraces, le habían afirmado que “son siempre víctimas de abusos y engaños, les pagan poco y alimentan mal”.³⁰ El indio o soldado recibía una paga mensual de \$56,80 moneda nacional, de los cuales \$25 eran en efectivo y \$31,80 en mercadería. La mujer o china, una paga de \$40,60 moneda nacional, de

los cuales \$24 eran en mercadería. En ese momento, los chicos u osacos se conformaban en dos categorías: una de ocho a dieciocho años y otra de siete a trece años. Tobas, matacos y chiriguanos constituyeron el grueso de la mano de obra utilizados en la zafra azucarera hasta comienzos de 1930. En menor medida, los ingenios contrataban campesinos criollos e inmigrantes para tareas en el interior de la fábrica.

El trabajo en los cañaverales

La organización del trabajo en los ingenios se estructuró alrededor de los “lotes”, fracciones de tierra delimitadas bajo una administración local, para así tener un control más eficiente sobre la mano de obra y sobre los objetivos de la administración central del ingenio del cual dependían. En las cercanías de las oficinas, se encontraban los galpones, que servían como viviendas para el personal estacional criollo o extranjero; en las afueras, estaban los terrenos donde los indígenas establecían sus precarias enramadas.³¹ Dice Niklison: “Los obreros matacos de Jujuy trabajan como los Tobas del Chaco oriental, de sol a sol, sin tregua, sin descanso alguno, bestialmente. [...] Yo he tenido, en presencia del trabajo de nuestros pobres Matacos, la impresión dolorosa del trabajo sin medida ni recompensa de los esclavos de otros tiempos”.³²

Las labores del día comenzaban a las cinco de la mañana cuando, bajo la dirección de los capataces, se distribuía la tarea. Al referirse a la haraganería y a las excusas de los indígenas para no ir al trabajo, afirma Niklison: “Los ‘remolones’ y los ‘haraganes’, de que nos hablan ciertas crónicas, son los pobres enfermos, enervados por el paludismo o aniquilados por enfermedades intestinales, los débiles; los que

carecen de fuerzas aún para ponerse en pie. [...] Ya he dicho que las tareas resultan irregulares y arbitrarias. Lo del número de surcos a batir cada día, queda librado al juicio de los capataces, y a la mayor o menor resistencia de los obreros. Lo exacto, lo indudable es que el indio trabaja en los ingenios de Jujuy como en todas partes desde la mañana a la noche y que su recompensa es injusta...”.³³

El trabajo era a destajo; en general, la tarea se limitaba a cortar, a pelar caña y a acarrearla hasta las vagonetas Decauville, en jornadas superiores a las nueve y diez horas diarias. A pesar de los contratos escritos, el monto efectivo acordado por los trabajos de los indígenas, por los diversos conceptos en que se descomponían, no coincidían con los salarios reales que percibían. Eran continuas las quejas de los trabajadores por el olvido de los capataces de acreditarles las tareas realizadas.³⁴ El pago de los dos primeros meses de trabajo se abonaba cada mes, una parte en dinero y otra en mercaderías. La retribución de los meses restantes hasta la terminación de la zafra, se pagaba en el llamado “arreglo grande”, es decir, en la liquidación en mercaderías de lo ganado en los últimos tres meses.



Trabajando en la plantación de caña de azúcar en el Chaco.
AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Álbum Aficionados. Inventario 214070.



Trabajando en los cañaverales, marzo de 1917.
AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 139062.

En los libros de indios que llevaba la administración del ingenio, los hombres se asentaban como “soldados” o “machos”, como pertenecientes a un tipo humano inferior; las mujeres eran llamadas “chinas”, y los chicos trabajadores menores de trece años, “osacos”.³⁵ A través de una contabilidad compleja en la que constaban los jornales y las deudas acumuladas en las proveedurías o almacenes de la empresa por cada trabajador, se liquidaban las cuentas; en muchos casos, se sobrevaluaba los precios de las mercaderías o de los animales de monta que los trabajadores pedían como pago de sus salarios. “Por lo general el indígena no tiene idea ni conoce el importe total de los salarios ganados por él y recibe confiadamente de la administración del ingenio lo que esta buenamente quiere darle”.³⁶ En una relación asimétrica entre las administraciones de los ingenios y su contabilidad compleja, por un lado y por el otro, los indígenas iletrados podían ser engañados fácilmente. En definitiva, después de meses de arduos trabajos y sacrificios, no se pagaba en dinero en efectivo, sino en mercaderías.

Para los inspectores del Departamento Nacional del Trabajo, la prolija contabilidad de los ingenios no coincidía con las denuncias de atropellos y de engaños de los indígenas o con la entrega de mercadería de mala calidad. El “arreglo grande” les aseguraba a los empresarios la finalización de la zafra ya que se liquidaban los últimos meses de trabajo. Cada trabajador indígena concurría con un lenguaraz, quien hacía de intérprete para conseguir las mercaderías que el indígena solicitara. Según el Inspector Zavalía, “estudiando con detenimiento estos arreglos, se ve claramente que el contrato no ha sido cumplido y en ningún caso el indio recibe en efectivo la cantidad establecida y en muchos casos no recibe absolutamente nada”.³⁷ Los trabajadores criollos figuraban en

las planillas del “arreglo grande” con sus nombres y sus apellidos; sin embargo, en el *Libro de Indios*, los indígenas estaban asentados por sus nombres de pila o por los apodos dados por sus características fisonómicas sobresalientes: Fosforito, Delfín, Felipe 2°, Yegua Mora, Vieja 2° y, solo en algunos casos, con nombre y apellido.³⁸

Viviendas indígenas

“Los indios Chorotes, Matacos y Tobas, vivían en los alrededores del ingenio, en pleno campo, y en chozas que construían de ramajes verdes, clavados como estaban en el suelo. Estas chozas forman así una especie de cúpula baja, de planta redonda u ovalada, en que solo se puede entrar con el cuerpo inclinado. Los chiriguanos por el contrario habitaban en toldos puestos a su disposición por la administración del ingenio”.³⁹

Los toldos estaban hechos por las indias con varas y cubiertos de paja, yuyos y ramas. Todos tenían la misma forma ovalada, con dos puertas en los extremos, de manera semicircular de casi un metro de altura. En los ingenios, construían sus viviendas con los sobrantes de la caña, llamados “huetes”, que se quemaban una vez que estos finalizaban los trabajos y regresaban al Chaco. Al parecer, para el inspector Vidal, esta era una de las claves por las cuales los indígenas eran preferidos a otros trabajadores. El ingenio se despreocupaba de las viviendas para sus zafros y se ahorra la construcción de viviendas y la provisión de luz y agua, en oposición a lo que se hacía con los trabajadores criollos y extranjeros. Además, los ingenios tampoco tenían que mantenerlos durante los meses previos a la zafra.

El inspector Unsain, en su informe, a través de su propia visión de las cosas, permitía

reproducir una forma de pensar que sería aceptada como una verdad absoluta por gran parte de la sociedad de la época. Eran reiteradas las alusiones a la proverbial holgazanería del indígena; además, este causaba grandes pérdidas al ingenio por su glotonería. Una costumbre en los ingenios que sobrevivió en el tiempo es el de mascar caña de azúcar. Para la administración del ingenio, según el inspector que acusaba a los indios de ser golosos incansables, le habían asegurado que, por esta costumbre, tenían una pérdida anual de más de 20.000 bolsas de azúcar.

En el trabajo en el cañaveral, los indígenas resultaron una mano de obra insuperable y de bajo costo comparada con la de los extranjeros. Los ingenios habían experimentado con hindúes, japoneses, rusos, españoles e italianos, quienes –por diversas causas– abandonaban el trabajo, pues no soportaban las inclemencias del trópico y la dura tarea en el surco.⁴⁰ Para el inspector Unsaín, el trabajo en los cañaverales no implicaba habilidad ni resistencia alguna; de hecho, afirmaba que en Buenos Aires había visto trabajos “mucho más mortificantes que este de pelar cañas” y aseguraba que “el indio es mañero y remolón” e insistía en que “por sus mañas, por su holgazanería y pretensiones, el indio es un mal trabajador”.⁴¹

Asimismo, el inspector Niklison tenía una visión completamente opuesta, no solo sobre la proverbial haraganería del indio (que podríamos rastrearla desde los primeros tiempos coloniales), sino sobre las quejas de los empresarios sobre las supuestas pérdidas que ocasionaban y sobre los altos salarios que tenían que abonar. “El Mataco nos es haragán. El ambiente primitivo de la selva en que se ha desarrollado la vida de nuestros aborígenes no les imponía un trabajo regular y fatigoso para atender a las necesidades de su subsistencia.

Disponían, antes de que la civilización penetra en las tierras en que imperaran absolutos, de recursos naturales abundantes y relativamente fáciles”. En referencia a la ocupación militar, agregó: “La invasión de los blancos batió la selva e impuso en las zonas conquistadas sus formas y métodos de vida y de trabajo”.⁴²

“Es el único brazo obrero empleado por los pobladores cristianos –escribió el señor Serrano, citado por Niklison–, ellos levantan casas, cortan postes y horcones, acarrear agua, abren picadas, construyen cercos y corrales de ramas, cavan pozos, desmontan. [...] Es indudable que los indios experimentan abandonos y desalientos en el trabajo, lo cual se explica por la injusticia irritante y por la mezquina recompensa que, por lo general, reciben de empresarios y patronos. Tratado con un poco de justicia, nada más que con un poco de justicia, el Mataco es un obrero de sobresalientes condiciones. [...] El Mataco, colocado en ambiente de trabajo, es un resistente, un buen trabajador. Los he visto entregados a brutales tareas, no a la distancia sino al lado de ellos mismos; y no por algunos momentos, sino por días enteros, bajo el sol abrasador de Jujuy, y puedo afirmarlo y garantizarlo, penetrado de la gravedad de las informaciones que se llevan al gobierno y al país”.⁴³

Acerca de los ensayos llevados a cabo por las empresas para emplear trabajadores extranjeros en las tareas que eran exclusivas a los indígenas chaqueños, estas terminaron en fracasos. Decía Niklison: “Hindúes, japoneses, españoles, italianos y turcos han pasado por los cañaverales sin lograr ni siquiera aproximarse a la habilidad, destreza y eficacia indígenas. Los indígenas argentinos no serán reemplazados sino por los obreros criollos de las provincias del Norte, o por los indígenas bolivianos, a quienes se les ocupa en ventajosas

condiciones de libertad y de economía. Mientras los matacos, los Tobas, Chorotes y Chunupies no se resistan a concurrir a los ingenios, o el gobierno nacional no prohíba o dificulte su reclutamiento en los territorios del Chaco y Formosa, se les buscará siempre, como hasta ahora, pues cualquiera sea el gasto que su asistencia al trabajo represente para las empresas, lo compensan ampliamente”.⁴⁴

Era la mano de obra ideal. Durante los meses que duraba la zafra, se lo mantenía con el mínimo de gastos para asegurar su continuidad en el trabajo y se le pagaba con mercaderías sobrevaluadas o de baja calidad. Los meses restantes a la nueva zafra, se lo liberaba

a su suerte para que regresase a sus selvas, a mantenerse por su cuenta, hasta que se lo capturara, con subterfugios, para un nuevo año. “El indígena por el contrario, proporciona la mano de obra barata y fácil de manejar de que se sirve uno, cuando la necesita, y que en la época cuando no se trabaja, no ocasiona gastos ni de casa ni de comida; además, el consumo del indio en mercaderías durante la temporada es muy considerable. Aquellas enormes regiones del Chaco, desiertas y calientes, no han de tener para el agricultor e industrial, sea europeo, sea de otra estirpe, más utilidad que la de ofrecerle en todo tiempo, y sin dificultades, brazos baratos para sus empresas”.⁴⁵



Familia frente a su huete.
AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 189752.

El regreso a las selvas chaqueñas

Una vez finalizadas las liquidaciones en las oficinas de los ingenios, y después de quemar sus viviendas o “huetes”, se les entregaban a las tribus raciones de alimentos para el viaje y se los dirigía a las estaciones ferroviarias rumbo a Embarcación en la provincia de Salta y comenzar así el camino de regreso, de más de cien leguas, al interior del Chaco.

El artículo 4° del contrato de 1915 obligaba a los ingenios a avisar a las Fuerzas en Operaciones en el Chaco y al Ministerio del Interior, con treinta días de anticipación, el licenciamiento de los indígenas, para custodiarlos y, además, para evitar “que estos sean explotados por los comerciantes de tránsito y los ambulantes, quienes aprovechando la ignorancia y los vicios del indio, le venden o cambian las prendas y otros efectos, con un lucro inicuo y llegando hasta venderles armas y pertrechos de guerra”.⁴⁶ Al parecer, en las mismas estaciones de San Pedro y de Ledesma, los indígenas tenían que ser resguardados por la policía del abordaje de comerciantes, en su mayoría, sirios “que por unas cuantas baratijas y cosas sin valor ninguno, les quitan a los ingenuos indios los mejores artículos recibidos en el reparto”.⁴⁷

A lo largo del camino de regreso a las selvas chaqueñas, los esperaban –como si fueran salteadores que esperaban a sus presas– comerciantes apostados en los parajes de paso. Así le informaba un alto empleado del ingenio Ledesma al inspector Niklison: “Un sinnúmero de bolicheros y de comerciantes ambulantes que le ofrecen primero una copa de aguardiente y una vez que consiguen embriagarlo, ya nada lo detiene a aquél, que vende por unos pocos centavos lo que le ha costado muchos meses de fatigoso

trabajo para ganarlo. Pueden mencionarse numerosos casos de indios, que han vendido caballos que costaban a las empresas pesos 50,00 y más, por una miserable damajuana de alcohol”.⁴⁸ Sin duda, esta mano de obra de indígenas del Chaco, por su bajo costo, fue imprescindible para la consolidación de los ingenios en esta etapa inicial de despegue y de acumulación de capitales por parte de los empresarios azucareros. ~~~~~



Mujer mataca, detrás su huete.
AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 7915.



Mujeres maticas.
AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 7922.

NOTAS

1. DAZA VILLAR, V.: *Guajira. Memoria visual*, Biblioteca Virtual Luis Ángel Arango, Bogotá.
2. MÁRQUEZ MIRANDA, F. (1943): “El indio argentino ante la legislación y la realidad”, en *Boletín de la Sociedad Argentina de Antropología*, N.º 5-6, Buenos Aires.
3. La zafra es la cosecha de azúcar.
4. LEHMANN-NITSCHKE, R. (1907): “Estudios Antropológicos sobre los chiriguano, chorotes, matacos y tobas”, en *Anales del Museo de La Plata* (tomo I), Imprenta Coni, Buenos Aires, p. 53-54.
5. DE BORJA, J. (1934): *Álbum Biográfico e Histórico de Jujuy*, Imprenta Del Colegio, Jujuy, p. 88.
6. LAGOS, M. (1993): “Estructuración de los ingenios”, en *Jujuy en la historia* (tomo I), Universidad de Jujuy, p. 120.
7. SOLARI, E. (1904): *Guía Ilustrada de Jujuy*. No hay más datos disponibles.
8. SOLARI, E. (1907): *Geografía de la provincia de Jujuy*, Talleres Peuser, Buenos Aires, p. 46.
9. BIALET MASSÉ, J. (1986): “Informe sobre el estado de la Clase Obrera”, Hyspanoamérica, Buenos Aires, p.102.
10. “Boletín del Departamento Nacional del Trabajo (1914)”, Imprenta Alsina, Buenos Aires, p. 21.
11. NIKLISON, J. (s/f): “Investigación sobre los indios matacos trabajadores” (reimpresión facsimilar), Universidad de Jujuy, Jujuy, p. 63.
12. “Boletín del Departamento Nacional del Trabajo (1914)”, *op. cit.*, p. 9.
13. *Caras y Caretas*, N.º 270, Buenos Aires, 1903.
14. *Caras y Caretas*, N.º 271, Buenos Aires, 1903.
15. MAPELMAN, V. y MUSANTE, M. (2010): “Campañas Militares, Reducciones y Masacres. Las prácticas estatales sobre los pueblos originarios del Chaco”, en *Historia de la crueldad argentina*, El Tugurio, Buenos Aires, p. 106.
16. CASTRO BOEDO, E. (1995): *Estudios sobre la navegación del Bermejo y la colonización del Chaco*, Centro de Estudios Indígenas y Coloniales, Universidad de Jujuy, Jujuy, p. 150.
17. MAPELMAN, V. y MUSANTE, M., *op. cit.*, p. 108.
18. Carta enviada por Benjamín Victorica el 31 de diciembre de 1884 al ministro interino de Guerra y Marina, citado en *Campañas Militares y clase obrera* (Iñigo Carrera, 1870-1930), citado en MALPELMAN, V. y MUSANTE, M., *op. cit.*, p. 105.
19. MALPELMAN, V. y MUSANTE, M., *op. cit.*, p. 106.
20. VALKO, M. (2010): *Pedagogía de la desmemoria*, Madres de Plaza de Mayo, Buenos Aires, pp. 368-369.
21. MAPELMAN, V. y MUSANTE, M., *op. cit.*, p. 112.
22. LEHMANN-NITSCHKE, R., *op. cit.*, p. 54.
23. *Caras y Caretas*, N.º 265, Buenos Aires, 1903.
24. *Caras y Caretas*, N.º 293, Buenos Aires, 1904.
25. “Boletín del Departamento Nacional del Trabajo (1914)”, *op. cit.*, p. 28.
26. NIKLISON, J., *op. cit.*, pp. 48-65.
27. *Ibidem*, pp. 48-65.
28. *Ibidem*, pp. 65-83.
29. *Ibidem*, pp. 65-83.
30. “Boletín del Departamento Nacional del Trabajo (1914)”, *op. cit.*, p. 8.
31. LAGOS, M. TERUEL, A. y PEIROTTI, L. (2006): “Jujuy en la historia. Los valles orientales subtropicales. frontera, modernización azucarera y crisis”, Universidad de Jujuy, Jujuy, p. 448.
32. NIKLISON, J., *op. cit.*, p. 70 y 71.
33. *Ibidem*, p. 71.
34. *Ibidem*, p. 85.
35. *Libro de Indios* del Archivo y Biblioteca del Ingenio La Esperanza.
36. NIKLISON, J., *op. cit.*, p. 94.
37. *Ibidem*, p. 94.
38. *Libro de Indios* del Archivo y Biblioteca del Ingenio La Esperanza.
39. LEHMANN-NITSCHKE, R., *op. cit.*, p. 56.
40. “Boletín del Departamento Nacional del Trabajo (1914)”, *op. cit.*, pp.13-14, 49.
41. *Ibidem*, pp. 13-14, 49.
42. NIKLISON, J., *op. cit.*, pp. 40-41.
43. *Ibidem*, pp. 40-41.
44. *Ibidem*, p. 72.
45. LEHMANN-NITSCHKE, R., *op. cit.*, p. 54.
46. NIKLISON, J., *op. cit.*, p. 96.
47. *Ibidem*, p. 96.
48. *Ibidem*, p. 96.



Matacos en el Chaco.
AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Álbum Aficionados. Inventario 216455.



Arriba: Caciques matacos en el camión que los trajo a Capital para pedir ayuda y justicia al presidente Ortiz, diciembre de 1939. AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 7919.
Abajo: Caciques recién llegados a la Capital Federal para representar a su pueblo. AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Fondo Noticias Gráficas. Inventario 7920.



Los kollas llegan a Buenos Aires, poniendo fin a la marcha que iniciaron desde sus lejanas tierras.
AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 7928.

El Malón de la Paz: 70 años Después

por Marcelo Valko*

El contexto político en que se produjo la marcha del Malón de la Paz hasta la Capital, y luego su penosa expulsión, es otro de los inconvenientes que nublan su recuerdo. Este episodio que se desarrolló durante un período clave en la historia argentina, resulta excesivamente embarazoso de abordar para unos y otros. El caso de los kollas a los que luego se acusaría hasta de haberse disfrazado de indios, resultó una hoja en la tormenta en medio del maremagnum de dilemas sociales que afrontaba el nuevo gobierno. Archivar en las tinieblas el reclamo más espectacular realizado por los indígenas argentinos representa algo más que una táctica política coyuntural: significa que el indio sigue molestando y la única manera de neutralizarlo es mantenerlo en la invisibilidad.

Un futuro repleto de olvidos

Existen hechos del pasado reciente que permiten explicar lo que acontece actualmente con los pueblos originarios, especialmente en el norte argentino. Uno de ellos es el pedido de tierra que protagonizaron los kollas de la puna jujeña y del oeste salteño conocido como Malón de la Paz en 1946. En este reclamo, los indígenas quebraron por primera vez la invisibilidad a la que estaban sumidos desde fines del siglo XIX. Los kollas, tras haber fracasado una y otra vez frente a los tribunales provinciales manejados al arbitrio de las elites semif feudales

norteñas, marcharon durante 81 días hasta la Capital Federal con el propósito de recuperar sus tierras. El reclamo masivo comenzó en forma promisorio y contó con una amplia cobertura periodística e, incluso, con el apoyo del flamante gobierno de Juan Domingo Perón. Tres semanas después de su calurosa recepción en la ciudad, todo el contingente de 174 kollas terminó secuestrado y desterrado por las mismas autoridades que luego negaron su participación en lo ocurrido. Pronto, su recuerdo fue reprimido de la memoria nacional.

* Es docente universitario. Fundador de la cátedra de Imaginario Étnico, Memoria y Resistencia. Especialista en etnoliteratura y en la investigación del genocidio indígena. Dictó conferencias en Estados Unidos, Europa y América Latina. Autor de numerosos textos, entre ellos: *Cazadores de poder*; *Viajes hacia Osvaldo Bayer*; *Desmonumentar a Roca*; *Ciudades malditas ciudades perdidas*; *Pedagogía de la desmemoria*; *Descubrimiento de América* y *Los indios invisibles del Malón de la Paz*.

¿Quién recuerda que los kollas de la Puna y de Orán durante casi tres meses fueron tapas de diarios y revistas y que aparecieron en medios dedicados al espectáculo y la farándula como Antena y Radiolandia? ¿Quién tiene presente que desfilaron junto a regimientos del Ejército? ¿Alguien sabe que, por primera y única vez en la historia argentina, dos indígenas

estuvieron en el balcón de la Casa Rosada ante una Plaza de Mayo colmada? ¿Alguien recuerda que se les hizo jugar un partido de fútbol previo al tradicional clásico de River vs. Boca, encuentro al que asistieron 40.000 espectadores? ¿Alguien conoce realmente cómo terminó aquella fiesta inicial? ¿Alguien tiene presente a los indios invisibles?



El teniente Mario Augusto Bertonasco conversando con dos indios kollas que formaban parte del Malón de la Paz. AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 297797.

El Malón de la Paz¹

El 15 de mayo de 1946, representantes de comunidades kollas (ubicadas en las norteñas provincias de Salta y de Jujuy) resolvieron realizar una marcha multitudinaria. Padeían condiciones de explotación extrema: usurpación de tierras, el látigo del capataz, el cepo del hacendado, jornales arbitrarios y hasta impunes abusos sexuales como el medieval derecho de pernada. Uno de los terratenientes acusado por los indígenas era el tristemente célebre Robustiano Patrón Costas, dueño del ingenio San Martín del Tabacal,² un personaje con enorme proyección política, socio de la Standard Oil, campeón del “fraude patriótico”; se convirtió sucesivamente en diputado, gobernador e, incluso, estuvo a punto de apoderarse de la presidencia argentina en 1943, mediante elecciones fraudulentas (Valko 2012: 42).

Los kollas resolvieron llegar hasta la lejana Plaza de Mayo, centro simbólico del poder político nacional. “El Malón de la Paz por las Rutas de la Patria”, tal como ellos mismos se denominaron, se convertiría en un hito en los anales de las reivindicaciones indígenas y sería inaugural en muchos sentidos. En principio, se trató de la manifestación de originarios de mayor envergadura hasta ese momento; asimismo, también fue el primer reclamo multitudinario que tuvo que afrontar el flamante gobierno de Perón a pocos días de asumir.³ Este apoyó inicialmente el reclamo para oponerse a Patrón Costas, su contrincante político y del cual buscaba diferenciarse para mostrar los alcances de la “nueva justicia social”.

Durante los casi cuatro meses que el Malón estuvo instalado como tema cotidiano en los medios de difusión escritos, radiales y audiovisuales, ocurrieron los episodios más inauditos de los que se tenga memoria en relación

con una demanda de estas características. Por ejemplo, el 9 de julio de 1946, los casi doscientos “maloneros” desfilaron con sus caballos y mulas junto a regimientos de infantería por las principales avenidas de Rosario para terminar alojados en guarniciones del Ejército. Los indígenas argentinos conocían el interior de los cuarteles solo en calidad de prisioneros y, las veces que habían marchado con las tropas, lo habían hecho como trofeos de guerra. Cuando el Malón de la Paz ingresó en la provincia de Buenos Aires, millares de personas salieron a su encuentro para vitorearlos como “nuevos héroes”. De hecho, ante su mera aproximación, se habían creado comités pro reforma agraria. Finalmente, cuando el 3 de agosto ingresaron a la Capital, fueron aclamados por millares de porteños. Desde las ventanas de los edificios de la Avenida de Mayo, los vecinos arrojaban flores al paso del Malón. ¿Flores ante el paso de una caravana indígena? Pero todavía se darían motivos para mayores asombros.

Al llegar a la Plaza de Mayo, varios de sus integrantes se unieron en un abrazo fraternal con el general Perón, nada menos que en el mítico balcón de la Casa Rosada, a la vista de una multitud que observaba emocionada la escena. Jamás en nuestra historia había pasado algo similar. ¿Indios en el balcón de la Casa Rosada? Afortunadamente, existen fotografías de lo ocurrido tanto en el reservorio del Archivo General de la Nación (AGN) como en las hemerotecas de diferentes puntos del país. Paradójicamente, después de tan apoteótica recepción, fueron alojados en el Hotel de Inmigrantes, el sitio donde internaban a los extranjeros que descendían de los barcos de ultramar. Todo un símbolo de lo que entendía el Estado sobre los pueblos originarios.



Arriba: El Malón de la Paz llegando a Buenos Aires, 3 agosto de 1946.

AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 297803.

Abajo: Integrantes del Malón presenciando un partido de fútbol durante su estadia en Buenos Aires, agosto de 1946.

AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 297812.

El Malón en la vidriera

Los integrantes del Malón de la Paz, conscientes de la herencia recibida por el imaginario argentino sobre el concepto del indio y por los alcances de la nacionalidad, una vez ingresados en la provincia de Buenos Aires, decidieron tocar tres puntos específicos: Pergamino, San Antonio de Areco y Luján. Cada una de estas ciudades representaba distintas aspiraciones o imágenes con las que el Malón pretendía vestirse y mostrar a la Nación. Llegar a Pergamino implicaba adentrarse en el centro del granero argentino (es decir, en el eje del problema de la tenencia de tierras) y mostrarse como trabajadores del campo.⁴ Cultivar la parcela propia no era una problemática circunscripta a la Puna, sino que era una herida que lastimaba a todas las regiones por igual. Asimismo, pasar por San Antonio de Areco significaba imbuirse de la tradición criolla y argentina que en todo momento habían buscado asumir como propia.⁵ Esto lo habían intentado demostrar durante la marcha al ingresar en fechas patrias en las ciudades de Jujuy (25 de mayo, primer gobierno patrio), Córdoba (20 de junio: Día de la Bandera) y Rosario (9 de julio: Día de la Independencia). La tercera localidad que tocaron *ex professo* antes de su arribo fue Luján. Allí está emplazado el santuario de la Virgen patrona de la Argentina. Peregrinar hasta Luján significaba hacer una demostración de fe religiosa. Esta trilogía agraria, nacionalista y católica fue, en definitiva, la puesta en práctica de una intencionalidad que buscaba operar sobre el imaginario social instaurado acerca de la percepción de lo indígena.

Sin embargo, el punto de inflexión se produjo el 21 de julio de 1946, con la bien-

venida apoteótica recibida en la ciudad de Pergamino. Desde el comisionado municipal hasta el último de los vecinos salieron a la ruta para recibirlos. Pergamino era un símbolo de la confrontación que se daba entre latifundistas, arrendatarios y peones rurales. La reforma agraria a costa del indio (es decir, la expansión de la frontera agroganadera) había concluido. Ya no había tierras de las cuales apropiarse sin costo alguno y la tensión social comenzaba a elevarse. Los grandes terratenientes tuvieron por norma alquilar las tierras en lugar de fraccionar y vender pequeñas parcelas. De esta forma, obtenían una renta sin perder capital (Hora, 2002: 206). Esa modalidad había generado una cantidad enorme de colonos que, nucleados en sindicatos y ligas agrarias, expresaban modestas aspiraciones; en principio, pedían una rebaja de los alquileres de explotación.

Varias semanas antes de su llegada a Pergamino, distintos sectores habían comenzado los preparativos no solo para recibir a los maloneros, sino también para acoplarse de alguna manera a lo que se avizoraba como un seguro éxito. Por ejemplo, el domingo 30 de junio, se había creado una nueva agrupación que nació con inusitada fuerza. Su pintoresco nombre despeja cualquier duda sobre sus intenciones: Sociedad de Arrendatarios e Hijos de Pequeños Propietarios Pro Reforma Agraria. La primera decisión de la nueva sociedad consistió en crear una comisión para homenajear a los kollas a su paso por Pergamino. A la reunión, también asistió el presidente de la Sociedad de Agricultores de Colón, lo cual demostraba los alcances regionales del movimiento.



Arriba: El Malón pasando por las calles de Pergamino (Provincia de Buenos Aires), 21 de julio de 1946.
AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 297806.

Abajo: Llegando a los pagos de Don Segundo Sombra, San Antonio de Areco (Provincia de Buenos Aires), 28 de julio de 1946.
AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Fondo Noticias Gráficas. Inventario 7945.



En un acto se entregaron alpargatas a los indios kollas que visitaron la ciudad de Buenos Aires en nombre de la fábrica Adot S.A., en el estadio de San Lorenzo de Almagro.

AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Fondo Noticias Gráficas. Inventario 7954.

Mientras tanto, la impactante cobertura periodística iría *in crescendo* en forma proporcional con su cercanía a la Capital Federal. Este insólito interés por una protesta indígena, tiene que ver con el propósito inicial del gobierno de convertir a los maloneros y a su reclamo en un ejemplo de los alcances de la nueva justicia social peronista. La solución al pedido kolla

sería inmediata; radios, periódicos y noticieros audiovisuales como *Sucesos Argentinos* se ocuparon de cubrirlo y de brindarles un espacio destacado con titulares, entrevistas y primeras planas. La fama del Malón había llevado a que varias firmas comerciales, como la tabacalera 43/70, Alpargatas o el analgésico Geniol, utilizaran a los kollas para vender sus productos.

A la orilla del sueño

Finalmente, llegó el día soñado. El sábado 3 de agosto de 1946, en horas de la mañana, el contingente kolla, con sus mulas y carretas, con sus tres banderas argentinas desplegadas, con el teniente Bertonasco, con sus imágenes religiosas engarzadas en precarias varas de cardón y otra que llevaban en andas, ingresaron a la Capital Federal. La presencia de “los peregrinos de la puna” despertó en la prensa imágenes del pasado. Por ejemplo, el día de su llegada, la contrapunta del diario *Clarín* señaló que la caravana entraría “por la vieja ruta de la Colonia”, llamada en tiempos lejanos la de “los reinos de arriba”. Formadas en las veredas, numerosas delegaciones de escolares los saludaban con banderas argentinas. Era tanta la cantidad de público que se había agolpado a su paso que, pese a ser sábado, el tránsito vehicular colapsó. Los kollas avanzaban con dificultad, especialmente sus dos carretas. De entre los innumerables discursos y notas de aquel día, el artículo que plasmó con mayor claridad las aspiraciones del imaginario porteño probablemente fue el editorial de *Clarín* titulado “Mano a mano con su Excelencia” que, entre otras consideraciones, señaló:

Hoy otros indios, del Norte, pero indios al fin, están entre nosotros para pedir justicia. No tienen padrinos, General, ni padrinos ni pesos que los respalden. Su cutis no es blanco como el de ciertos apoderados de compañías poderosas, porque toda la blancura la guardan en el alma, pero son argentinos Presidente, más argentinos que nosotros, porque ya vivían en estas tierras cuando Colón descubrió América, y eran sus dueños naturales hasta que con el correr de los años, fueron apartados como bichos malos hasta acorralarlos contra la Cordillera. Reclaman lo que es de ellos. ¡Déselo,

Excelencia Entréguele estas tierras y todos dormiremos tranquilos sabiendo que por fin, después de tanto tiempo, se ha hecho justicia a quienes la merecen más que nadie por ser buenos y ser puros! (*Clarín*, 03/08/1946: 20).

Sin lugar a dudas, la llegada del Malón, después de haber atravesado la mitad del territorio Nacional, era percibida como un verdadero triunfo. De hecho, algún diario entendió que, con el arribo a Plaza de Mayo, el Malón había finalizado, como si manifestar su presencia ante la Casa Rosada hubiese sido el único y verdadero objetivo: “En la Plaza de Mayo terminó ayer el denominado Malón de la Paz” (*El Pueblo*, 4/08/1946: 3). Buenos Aires no solo es la ciudad más poblada, la que acopia la riqueza del país y que se constituye en el asiento del gobierno central, también es la ciudad a la que se le atribuye una influencia mágica. Un dicho popular acierta a definir la cuestión: “Dios está en todas partes, pero solo atiende en Buenos Aires”. Como dice Erasmo, la ciudad es un gran monasterio; los kollas, tras dejar atrás la Zanja de Alsina, habían ingresado dentro de la Capital argentina. Estaban dentro del corazón de la geografía sagrada de la nación. Por eso era tan legítima y verdadera la alegría que se reflejaba en los rostros de los kollas y en las caras porteñas que le daban la bienvenida a esa peregrinación comunitaria. ¡La marcha había sido un éxito! Quiérase o no, después de caminar 2.000 km durante 81 días, el Malón de la Paz ocupaba el portal histórico de máxima visibilidad del país: la Plaza de Mayo. De alguna manera, estaba protagonizando otro de los tantos eventos trascendentes ocurridos en ese espacio mágico. El Malón de la Paz había entrado en la historia grande, estaba en el corazón de la Reina del Plata.



Arriba: El Malón de la Paz y numeroso público concentrados en la Plaza de Mayo, 3 agosto de 1946.
AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 297821.

Abajo: Integrantes del Malón concentrados en Plaza de Mayo portando fotografías del presidente Perón, 3 agosto de 1946.
AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 297820.



Perón junto al vicepresidente Quijano y otros ministros presenciando la llegada del Malón de la Paz a Plaza de Mayo.
AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 170499.

Aquel mediodía, Perón fue el promotor de un episodio que jamás había ocurrido en la historia nacional y que nunca volvió a repetirse hasta el día de hoy. Un presidente argentino y además poseedor del máximo rango militar, se abrazó, no solo en público, sino asomado al balcón de la Casa Rosada, con una indígena: era algo más que un gesto, era un símbolo fuerte, tremendo e inolvidable. El balcón estaba abarrotado de funcionarios y, en uno de sus extremos, se apiñaba un grupo de fotógrafos y camarógrafos de *Sucesos Argentinos* que dejarían constancia de aquella escena memorable. Evidentemente, Perón estaba dispuesto a “poner lo que hay que poner y hacer lo que hay que hacer”. Las imágenes testimonian el estrecho abrazo de Perón con una de las mujeres. El general, alto e imponente, con su impecable sonrisa y poseedor de todo el carisma; la indígena pequeña, humilde y esperanzada, tapada casi por completo por el abrazo cálido del presidente. En ese momento maravilloso, estaban seguros de haber obtenido el éxito que merecían sus afanes, tocaban el cielo con las manos. Perón estaba con ellos y los abrazaba a todos con aquel gesto fundamental. El hijo pródigo había regresado a casa. El viaje había alcanzado el logro esperado, como lo demostraban las sonrisas comprensivas de la totalidad de los funcionarios que lo acompañaban en el balcón.

Mientras tanto, sin necesidad de leer ninguna carta o de abrir sobres lacrados, Perón les respondió con la suficiencia de un verdadero líder: “Contaban con su apoyo y que concedería lo solicitado” (*La Prensa*, 4/08/46: 13; *El Mundo*, 31/08/1946: 9 y *Qué Sucedió*, 5/09/1946: 16). El periodismo oficialista se hizo eco de las palabras del presidente y estalló en titulares esperanzadores: “¡A los Coyas de la patria: Salud!”, y aseguraba que los indios

habían venido a “reivindicar sus milenarios derechos de auténticos señores del suelo americano, de pedir justicia que no es pedir favores, sus títulos son indiscutibles” (*El Laborista*, 4/08/46: 1). Por su parte, la revista *Ahora* le destinó cinco páginas a la llegada de los kollas y tituló en su portada: “¡Piden las tierras que trabajan: les corresponden!”. Desde la oposición, también la Unión Cívica Radical (UCR) les dio la bienvenida. El diario partidario señaló: “Vienen los indios a Buenos Aires, esos bravos soldados de la Patria que en más de una oportunidad hicieron morder el polvo de la derrota a los gringos que llegaron a corromper el espíritu nacional” (*La Argentina*, 04/08/1946: 5). En Salta, el periódico *Norte: La Voz Radical* hizo hincapié en que Perón “recibió a la caravana colla que arribó ayer a la Capital Federal” (*Norte*, 04/08/1946: 1). En general, los redactores asumían un tono compasivo para describir la peregrinación de los kollas: “Llegan cantando sus penas para ver si con ellas logran llegar al corazón de los gobernantes y obtener de ellos esas pocas tierras que reclaman desde hace años” (*El Pueblo*, 04/08/1946: 3). En Jujuy, el poeta Domingo Zerpa escribió: “Buenos Aires no puede decir ahora que en la Argentina no hay indios” (Abán, 1974: 22).

Cabe destacar un dato crucial que, para la mayor parte del público y de la prensa, pasó desapercibido Y que únicamente un solitario redactor acertó en calificar como “inaudita paradoja” (*Clarín*, 5/08/46: 26): el aposento destinado para albergar a los maloneros fue curiosamente el Hotel de Inmigrantes. En menos de una hora, los indios habían pasado del balcón presidencial al interior de un albergue para extranjeros, en el tercer piso, junto a un contingente ucraniano. Dicho edificio, ubicado dentro de la zona portuaria, era el sitio donde las autoridades de migración internaban a

los extranjeros que desembarcaban de Europa y que no tenían quien los recibiese ni adónde ir. Es decir, era el lugar donde terminaban los más desamparados de todos los inmigrantes; allí, eran alojados durante un par de semanas mientras conseguían trabajo, circunstancia que explicaba su denominación.

Ahora bien, internar a los kollas en el Hotel de Inmigrantes constituía un signo elocuente de lo que el Estado entendía sobre estos indígenas.⁶ La percepción de la extranjería de los maloneros ya había resonado en la Cámara de Diputados. Por ejemplo, el jueves 1 de agosto, un proyecto de ley del diputado Manuel Sarmiento referente a la protección de los aborígenes fue girado por error a la Comisión de Asuntos Extranjeros y Culto. Sorprendido, el legislador Díaz, presidente de ese organismo lo devolvió a la Secretaría correspondiente y argumentó: “Tal asunto no es de incumbencia de esta Comisión” (DSCD, tomo II, 1946: 229). En otro momento, un diputado, en alusión a los indios, afirmó que, para algunos, “pareciera una población completamente extraña en el país” (DSCD, tomo III, 1946: 249). Esta percepción de la extranjería de los kollas no era privativa de los ámbitos institucionales. El diario jujeño *Crónica* los denominaba alternativamente “extraños huéspedes” y “extraños turistas” (*Crónica*, 13/08/1946: 3 y 03/09/1946: 3).

Evidentemente, la insistencia en este tipo de errores, confusiones, alusiones, asociaciones, inauditas paradojas o como quiera llamarles, evidenciaba que los indios eran más fáciles de encasillar, en primera instancia, junto a los extranjeros, en lugar de ubicarlos junto a sus conciudadanos. En este sentido, causa verdadero asombro la lectura de una nota del 10 de agosto de 1946, aparecida en la revista *Ahora*, en la cual su redactor se explayó con pleno entusiasmo sobre aspectos de la vida de los

kollas en el Hotel de Inmigrantes. En aquellas páginas, paradójicamente, afirmaba que “los kollas supieron que ya no eran extranjeros”. El periodista, que redactó una nota extensa y muy favorable, no advirtió ni por un momento la contradicción de su propia exposición referida a la recuperación de la nacionalidad de los indios confinados en el mismo lugar donde internaban a los extranjeros que bajaban la rampa de los barcos. La noción de que los indígenas eran ajenos a nuestra nacionalidad, se encontraba tan profundamente arraigada, tan naturalizada, que resultaba difícil advertirla y, por eso, el cronista escribió eso. La felicidad que intentaba hacer extensiva a sus lectores estaba contaminada por esa naturalización de la extranjería de los kollas que no lograba percibir. Por su parte, el Estado nacional, tenía una infinidad de posibilidades de encontrar todo tipo de alojamiento.

Finalmente, al caer la tarde de aquella primera jornada en Buenos Aires, el presidente volvió a demostrar el interés que le merecía la caravana y realizó un tercer gesto personal. Después de abrazarlos en el balcón y de recibirlos en el Jardín de Invierno de la Casa Rosada, Perón, acompañado por el ministro de Relaciones Exteriores y Culto, el Dr. Bramuglia, de quien dependía el Hotel, visitó a los kollas “para ver la forma en que se encuentran alojados los indios y disponer todo lo necesario para su mejor permanencia durante el tiempo que pasen en esta capital” (*El Pueblo*, 4/08/46: 3). Más allá de la paradójica situación de visitar a los indígenas acompañado por el ministro de Relaciones Exteriores, el Hotel de Inmigrantes era un alojamiento digno y confortable, y, tanto Perón como Bramuglia, se retiraron satisfechos. En aquel momento, nadie podía sospechar que tal privilegio serviría para facilitar su aislamiento y posterior secuestro.



Los kollas en Buenos Aires a la espera de que se haga justicia, octubre de 1946. AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Fondo Noticias Gráficas. Inventario 7931.

Todo concluye al fin

Tras casi un mes de vacilaciones, el presidente Perón aceptó terminar el asunto de la única manera posible. Haber recibido al Malón había sido un error producto del entusiasmo de los primeros días en el poder. Uno de sus allegados, el influyente general Filomeno Velazco (a quien había nombrado jefe de la Policía Federal y que, a su vez, era líder de la Alianza Libertadora, una agrupación de extrema derecha), no dejaba de decirle que, si le entregaba la tierra a los indios, sentaba un peligroso antecedente jurídico. Tal como lo expuso Norberto Galasso, “ambos militares mantenían una muy estrecha amistad desde su época de cadetes del Colegio Militar” (2005: 286).

En la madrugada del jueves 29 de agosto, las tropas irrumpieron dentro de las habitaciones del Hotel de Inmigrantes; fueron directo al dormitorio de las mujeres y comenzaron a sacarlas a la rastra. Semejante atropello dio por tierra con la estrategia de los varones que habían amontonado algunos camastros contra las puertas para impedir el paso de las tropas. Cuando los hombres salieron en defensa de las mujeres, terminaron golpeados sin miramientos; muchos fueron empujados y acabaron rodando escaleras abajo. En ese

momento “se invitó por segunda vez a los indígenas a regresar” a sus tierras (*La Capital*, 30/08/1946: 4). “Efectuadas las gestiones que los trajeron a la metrópoli, expuestas las causas por las cuales no se les podía entregar de inmediato las tierras ambicionadas, los coyas fueron invitados a regresar a sus lares” (*La Época*, 29/08/46: 5). Los kollas se resistieron a la intempestiva “invitación” y exigieron la concurrencia de Perón. Paradójicamente, las autoridades a cargo de la expulsión, replicaban una y otra vez que actuaban “por orden de la Presidencia” y transformaron la situación en una de las clásicas comedias de enredos “del entorno”, a las que nos acostumbraría el justicialismo con los años.

Por supuesto, nadie exhibió ninguna orden firmada. El semanario católico *Criterio* no pudo ocultar su complacencia por la expulsión y explicó: “Gente mansa pero terca, opuso una resistencia pasiva, se arrojó al suelo, se prendió al marco de las puertas y hubo que concentrar policías y marinos para embarcarlos, consiguiéndolo a duras penas y no sin que algunos consiguieran escurrirse... ¡Aquí fue la de llantos, protestas e imprecaciones, no sólo en castellano, sino también en el idioma nativo!” (05/09/1946: 219).

Más de un centenar de efectivos de la Policía Federal con lanzagases, junto a tropas de la marina de guerra y hasta bomberos del cuartel central, ganaron otra “épica” batalla contra los “salvajes” en pos de la civilización. Los invisibles, que habían sobrepasado la Zanja de Alsina de los unos y los otros, fueron lanzados de regreso a su sitio. Como reflejaría la prensa del interior: “Después de múltiples esfuerzos se logró embarcar a los indios” (*La Razón de Chivilcoy*, 31/08/1946: 9). Embarcados como hacienda, “la calle quedó rociada de uschuntas, sombreros, alpargatas, pedazos de ponchos, chalinas y chaquetillas” (*Noticias Gráficas*, 29/08/46: 5). Indiferente a los avatares de los hombres, el tren partió y se llevó el sueño de justicia de los kollas y el silencio de la madrugada se adueñó del puerto. Los indios regresaron custodiados para que no pudiesen descender antes de su lejano destino en Abra Pampa, la Siberia argentina, como se había denominado inicialmente a esta localidad, dado su aislamiento y el intenso frío invernal.

El gobierno advirtió tarde las alianzas y el apoyo de sectores no indígenas suscitados por el Malón y comprendió que había ingresado en un terreno peligroso. Si les otorgaban las parcelas a los 174 kollas, una lluvia de reclamos indígenas y de campesinos necesitados de tierras lanzaría sus demandas contra el Ejecutivo. El presidente Perón no tenía opción: o les daba la tierra a los indios y afrontaba lo que vendría después, o los borraba de alguna manera de la escena nacional. Para poner en práctica esta última variante, era necesario devaluar las aspiraciones de los norteños. Para lograr ese objetivo, diez días antes del secuestro, entre otras actividades absurdas, fueron obligados a participar de un partido de fútbol previo al tradicional River vs. Boca. Los 40.000 espectadores que asistieron al encuentro se pregun-

taban: “¿Estos son los kollas que vinieron por sus tierras y están en la cancha jugando a la pelota?”.⁷ Tres semanas después de su apoteótica llegada, la esperanza indígena terminó de la peor manera: en medio de gases lacrimógenos, golpes, insultos, llantos y vejámenes.

A partir del secuestro y destierro, prácticamente todo el periodismo que se había encolumnado para narrar sus padecimientos y lo justo de sus reclamos se lanzó sin misericordia sobre ellos y los difamó burdamente; en el mejor de los casos, mantuvo un mutismo tan escandaloso como cómplice. Todo el racismo que había permanecido agazapado en los márgenes de las notas periodísticas y en las saluciones políticas afloró incontenible. De la noche a la mañana, se “descubrió” que los kollas no eran indios. Una de las “pruebas contundentes” en tal sentido era que numerosos integrantes del Malón sabían leer y escribir; para el imaginario, nada más “sospechoso” que un indio lector. Otros medios comenzaron un proceso de extranjerización. Como ya hemos mencionado, ya los habían alojado en el Hotel de Inmigrantes; aprovechando su procedencia de provincias limítrofes con Bolivia, se los “bolivianizó”. Se afirmó que el Malón estaba compuesto por falsos indios y criollos disfrazados, incluso por delincuentes (*Clarín*, 30/08/1946: 8; *La Argentina*, 30/08/1946: 4; *La Vanguardia*, 03/09/1946: 8). Uno de los ejemplos más patéticos lo protagonizó el diputado de Jujuy Teodoro Saravia, cuando saltó en su banca y gritó: “En Jujuy no existen indios ni kollas”. Si no eran indios, si eran extranjeros, el problema de las tierras indígenas desaparecía. Para el imaginario argentino en general, y del legislador puneño en particular, nuestro país era blanco y europeo y, por ende, resultaba natural la ausencia de indios y kollas.

De este modo, se dio rienda suelta a un racismo visceral, como el del periódico *La Voz de Luján* cuando señaló que los kollas regresaron a sus lares “con el cerebro estragado por el vértigo de la civilización”, o como *Criterio* al afirmar alegremente que los indígenas no querían regresar a Jujuy para continuar degustando “las delicias de la mayonesa”, descubierta en la Capital Federal.

El silencio es salud

Al pensar en el sintomático olvido que envuelve al Malón de la Paz, se advierten cuatro elementos que contribuyeron a su oscurecimiento y difuminación: su temática; sus protagonistas; el momento en que se produjeron los hechos, y su triste desenlace. Semejante constelación de variables lo condenaron forzosamente a un ostracismo que, salvo puntuales excepciones, lleva 70 años. En virtud de la antinomia “civilización o barbarie”, en el momento del reclamo kolla, la percepción del grueso de la sociedad argentina oscilaba entre no advertir la presencia de los indios y de dejarlos en las sombras o, en su defecto, considerarlos como problemáticos habitantes de un territorio que invariablemente los remitía a un pasado inculato y salvaje. En 1946, el indio vivo que respiraba, soñaba y tenía necesidades era un asunto “inactual”, no era “marquetinero”, ni siquiera para los especialistas (Lazzari, 2004: 207). De hecho, las carreras universitarias de antropología fueron creadas recién en 1957 en La Plata y, al año siguiente, en Buenos Aires. El indio vivo como tema tenía el agravante de resultar imposible de aislar en la vitrina de un museo y, como bien apunta Lazzari, no compensaba en prestigio a los que se ocupaban de este.

Todavía hoy nos incomoda su miseria; su indignancia nos recuerda el despojo y su si-

lenciosa humildad nos arroja a una culpabilidad como Nación que preferimos ignorar y que nos retrotrae a la violenta cacería que se empleó para su exterminio. Su mera presencia, tanto en 1946 como en la actualidad, se alza contra el imaginario argentino que pretende descender de una estirpe europea pura. El indio vivo, de carne y hueso, desde su triste arrinconamiento en reservas, en territorios inhóspitos o hacinados en los últimos cinturones de los suburbios desindustrializados, nos recuerda que la Conquista del Otro aún no terminó y que el “encuentro de culturas” no es más que un eufemismo narcotizante que invisibiliza lo que no se quiere ver ni mostrar.

Si las comisiones investigadoras creadas por el presidente Perón para “averiguar lo ocurrido” hubiesen ahondado sobre los justos reclamos del Malón de la Paz y sobre el secuestro de todos sus integrantes, esto habría significado necesariamente comprender su inserción dentro de la unicidad del permanente reclamo indígena. Mucho más conveniente para historiadores partidarios u opositores fue dejar todo en un olvidable *statu quo* dado que, en resumidas cuentas, ambos grupos antagónicos, peronistas y antiperonistas, mantenían abiertos otros frentes desde los cuales resultaba más provechoso atacar o defender lo realizado por el justicialismo, sin empantanarse en un problema mayor. De este modo, ambos acordaron tácitamente abandonar a los maloneros a la amnesia corrosiva del tiempo. Los análisis de los hechos y las evidencias reunidas así lo prueban. La carta “Te lo advertí, hermano Cholla” de Atahualpa Yupanqui dice: “Dentro de poco serás el tema pálido de algo de lo mucho que ocurre en el tiempo” (Valko, 2012: 157).

Tanto en el Malón de la Paz (1946) como en la matanza de Rincón Bomba (1947),⁸ el Estado no buscó investigar lo ocurrido, no sustanció sumario alguno, ni mucho menos hubo detenidos. Se trataba de indígenas, seres invisibles. Ambos episodios desaparecieron de la memoria social. Los nefastos efectos que se desprendieron de ambos hechos, se corporizan en la actualidad, no solo mediante traumas psíquicos, sino mediante amenazas, atropellos y asesinatos puntuales de indígenas que intentan defender sus magras porciones de tierras.

Resulta evidente que, así como algún sector del poder utilizó a los maloneros con la idea de efectivamente entregarles las tierras en disputa para evidenciar los alcances de la nueva justicia social, otra facción gubernamental (en forma directa o a través de un organismo de peso) puso objeciones importantes para borrar de la escena política a los kollas. Esto quizás no fue necesariamente por sus implicancias específicamente indígenas, sino porque el Malón obligaba al gobierno a transitar el espinoso tema de la reforma agraria, asignatura que el

mismo Perón se había encargado de traer al centro de la escena durante la puja electoral. Hoy consta que aquellas promesas de campaña fueron incumplidas en su totalidad (Halperin Donghi, 1994: 32). Los acotados repartos de tierras en la Puna de 1949, que el gobierno distanció temporalmente de la activa petición del Malón y luego no reglamentó como era debido, no son suficientes para hablar de algún tipo de reforma agraria.

La peregrinación de 2000 kilómetros que durante meses conmovió a la Argentina, fue concebida para mostrar el sufrimiento y el sacrificio de modo palpable, con el fin de obtener algo de justicia a cambio. Fue presentada como una penitencia cuasi religiosa que transitó paso a paso un extenuante *vía crucis* y que esperaba la tierra prometida a su término. Sin embargo, la bandera en una mano y la cruz en la otra no alcanzaron para expiar la culpa de ser indios y los kollas que buscaron llegar a la Plaza de Mayo para forzar su propio 17 de octubre, el de los invisibles, quedó en el olvido. ~~~



Mujeres kollas que integraban el Malón de la Paz.
AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 297799.



El Malón pelegrinando por el interior del país.
AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Inventario 7932.

NOTAS

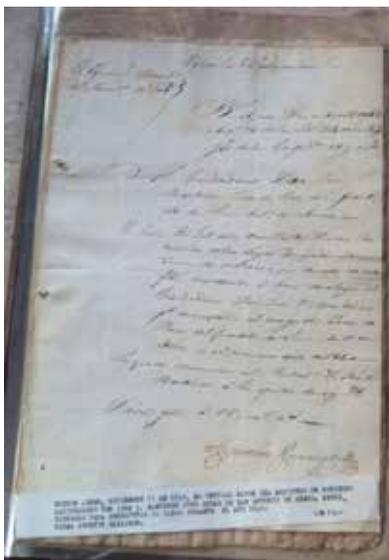
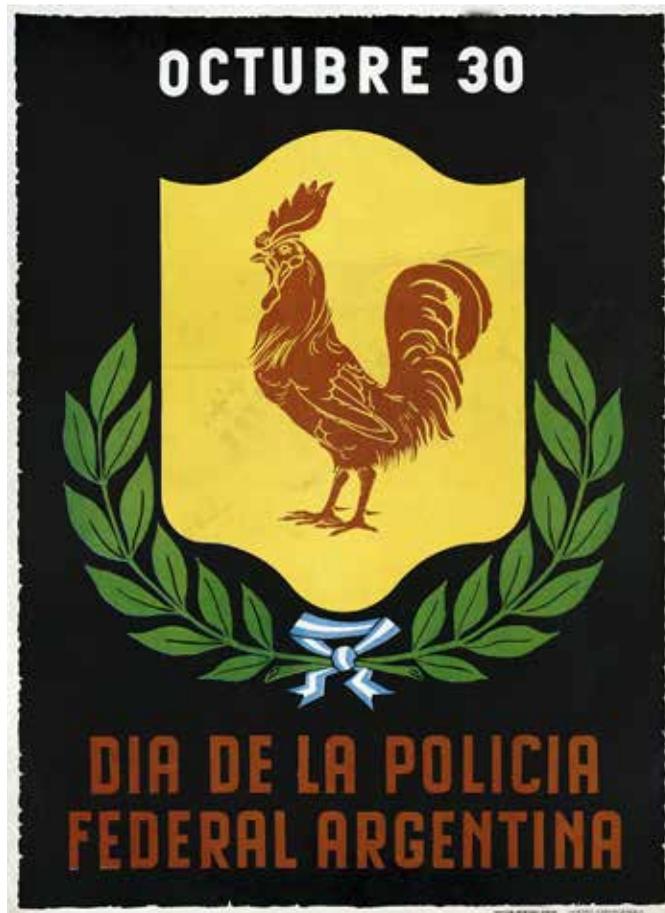
1. Según la definición dada por los diccionarios, “malón” es una incursión o ataque inesperado de indios, incluso añaden “felonía inesperada”; se trata de una denominación peyorativa y deriva de la palabra “malo”. Al ser un grupo numeroso de indios que avanzaba hacia la ciudad, rememoraba de algún modo a los “malones salvajes” del siglo XIX. Precisamente por eso, a “malón” se le agrega “paz”, otorgándole así un barniz semántico tranquilizador que atenúa su plusvalor negativo (Valko 2012: 22).
2. El ingenio poseía mano de obra esclava perteneciente a diversas etnias (chiriguano, qom, pilagás y chorotes). Durante el período de 1930 a 1949, llega a poseer 930.236 hectáreas (Brown, 2007: 78), (Constant 2012: 13), (Armas 2012: 23).
3. Atento a ese motivo, Perón había enviado al teniente Mario Bertolaso, miembro de la Secretaría de Trabajo, como una suerte de jefe del Malón en su avance hacia Buenos Aires para que lo mantuviera informado de los movimientos e intenciones de los norteños.
4. En 1946, aún estaban presentes los ecos del Grito de Alcorta, la huelga realizada en 1914 por más de cien mil campesinos y pequeños productores que solicitaban mejoras elementales para salir de una explotación feudal. Al llegar a Areco, recibieron el apoyo de una delegación mapuche encabezada por el cacique Maliqueo. Por primera vez en la historia, dos naciones indígenas como los mapuches y los kollas se solidarizaban en un reclamo común.
5. Areco era la cuna del escritor gauchesco Ricardo Güiraldes, autor de *Don Segundo Sombra*. Allí, desde 1940, se celebra la Fiesta Nacional de la Tradición.
6. Argentina realizó esfuerzos enormes para mostrarse ante el mundo como un país blanco y europeo, distinto del resto de América Latina. De ahí surge el refrán que afirma: “los argentinos descienden de los barcos”. La realidad es otra. Recientemente, el Servicio de Huellas Digitales Genéticas de la Universidad de Buenos Aires divulgó un estudio que demandó 12 años de investigaciones. En este, se brindan una serie de conclusiones que desvanecen la aspiración de aquel imaginario que pretende ser una suerte de apéndice perdido de Europa en medio de la oscura barbarie americana. Los genetistas señalan que, en Argentina, el 56% de la población tiene ascendencia indígena. O sea, la mayoría de los argentinos posee algún grado, mayor o menor, de ascendencia indígena (*Clarín*, 16/01/2005). Eso significa que son más los que estaban en la orilla, que los que bajaron de los barcos. Y hay más datos. De acuerdo con los últimos censos, Argentina posee más indígenas que Brasil tanto en cantidad como en porcentaje poblacional (Valko 2012: 195).
7. Aquella tarde del 15 de agosto de 1946, cerca de 40.000 espectadores presenciaron la insólita exhibición de dos tiempos (de 20 minutos cada uno) donde, según la prensa oficialista, “los collas brindaron la nota simpática” (*La Época*, 16/08/1946: 9) y, según la oposición, “fueron objeto de risas” (*Argentina Libre*, 05/09/1946: 2). Otros diarios olvidaron completamente el motivo del reclamo de tierras y presentaron el episodio como si los maloneros estuvieran participando de una gira deportiva: “Por primera vez juegan en la Capital” (*El Pueblo*, 16/08/1946: 15). De manera insólita, una protesta indígena por tierras acababa en la sección de Deportes.
8. Para más información, véase Valko, M. (2011): *Desde la impunidad al genocidio. Del Malón de la Paz de 1947 al genocidio de Rincón Bomba de 1947*, Miño y Dávila, Buenos Aires.

BIBLIOGRAFÍA

- ABÁN, L. (1974): *La ley emancipadora*, Comisión Municipal, Abra Pampa, Jujuy.
- ARMAS, M. y CONSTANT, M. (2012): *La Esperanza de los Leach*, Jujuy.
- CONSTANT, M. (2014): *Machos, Chinas y Osacos*, Editorial Sudestada, Buenos Aires.
- DSCD (Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados) (1946), Hemeroteca, Congreso Nacional.
- GALASSO, N. (2005): *Perón. Formación, Ascenso y Caída (1893-1955)* (tomo I), Colihue, Buenos Aires.
- HALPERIN DONGHI, T. (1994): *La larga agonía de la Argentina Peronista*, Ariel, Buenos Aires.
- HORA, R. (2002): *Los terratenientes de la pampa argentina, Siglo XXI*, Buenos Aires.
- LAZZARI, A. (2004): *Antropología en el Estado*, en *Intelectuales y Expertos*, Paidós, Buenos Aires.
- VALKO, M. (2011): “Desde la impunidad al genocidio. Del Malón de la Paz de 1947 al genocidio de Rincón Bomba de 1947”, en DATRI, E. (ed): *Convivio I*, Miño y Davila, Buenos Aires.
- (2012): *Los indios invisibles del Malón de la Paz. De la apoteosis al confinamiento, secuestro y destierro*, Sudestada-Continente, Buenos Aires.



El benjamín del Malón que si bien vino desde sus pagos en burro, en la foto se lo ve sonriente, montando un caballo, AGN. Dpto. Docs. Fotográficos. Fondo Noticias Gráficas. Inventario 7938.



Afiche del Día de la Policía Federal Argentina.
AGN. Dpto. Docs. Escritos. Afiche N°174.

Abajo: Detalles de uno de los documentos y parte del material secuestrado.

Procedimientos policiales para la recuperación de documentos antiguos

por Marcelo Daniel El Haibe*

El hurto, el saqueo o el robo de bienes culturales causan grandes pérdidas al patrimonio cultural de nuestro país ya que son fuentes de información para la construcción del conocimiento y son un componente insustituible de la identidad de nuestra nación. Estos bienes son únicos y, por lo tanto, no son renovables. Su pérdida provoca una fragmentación de la memoria colectiva y compromete la preservación de nuestra herencia cultural, lesionando el derecho a construir un futuro sostenible sobre la base de un pasado común.

Una de las funciones del Departamento de Protección del Patrimonio Cultural de INTERPOL Argentina es la investigación, con el fin de prevenir el tráfico ilícito de bienes culturales. A fines 2012, se detectó que por internet se ofrecían documentos históricos a la venta. Tras las tareas de investigación, se logró identificar el lugar desde donde una persona, a través de un sitio virtual de compra-venta, se dedicaba a la venta ilegal de documentos históricos protegidos por la Ley 15.930/61, pertenecientes al Archivo General de la Nación.

El Juzgado que intervino libró una orden de allanamiento del domicilio del oferente, que se efectuó el día 29 de noviembre de 2012. El personal policial, junto a testigos y con la colaboración de un perito del Archivo General de la Nación, ingresó al lugar. Allí, encontró al dueño

de la propiedad que se dedicaba a la venta de material histórico. Tras ser evaluada por el perito, procedieron a secuestrar la documentación.

En aquella oportunidad se recuperaron 115 documentos históricos del siglo XIX y principios del XX. Entre ellos se destacaban los pertenecientes al Juzgado de Paz de San Andrés de Giles y manuscritos, en su gran mayoría, de San Antonio de Areco. Toda la documentación era original, la mayoría manuscrita incluía correspondencia, actas electorales, expedientes, nombramientos políticos, libros e impresos de época. Las fechas extremas de los documentos secuestrados cubrían un arco temporal de un siglo, entre 1808 y 1908.

La documentación secuestrada en ese momento fue remitida al Archivo General de la Nación para su guarda hasta que la justicia se expidiera. (Causa Judicial 6573/12).

* Es abogado (UBA) con posgrados en Gestión Cultural (UNTREF) y en Patrimonio y Turismo Sustentable (UNESCO). En la actualidad, se desempeña como comisario inspector y jefe del Departamento de Protección del Patrimonio Cultural dependiente de la Dirección General de Coordinación Internacional de la Policía Federal Argentina (INTERPOL).

Robo de la espada del presidente Manuel Bulnes

El miércoles 3 de agosto de 2016, el Museo Histórico Nacional de Chile fue vulnerado por delincuentes que hurtaron la espada que había pertenecido al presidente Manuel Bulnes Prieto (1799-1866). El sable había sido fabricado en 1839 y donado al Museo en 1970 por el nieto del general Bulnes, Alfonso Bulnes Calvo. Había estado exhibido en el mismo lugar desde hacía veinte años.



Arriba se observa la espada completa, y abajo, detalles de su vaina.
Fotografía difundida por Dibam, Subdirección Nacional de Gestión del Patrimonio.

Características del objeto:

Las dimensiones generales del sable son: 96.5 cm de largo y un peso de 997 g.

Descripción iconográfica: La empuñadura está coronada en el pomo con la figura de un león que muerde una serpiente; representa el triunfo del bien sobre el mal. En la guarnición, aparece el escudo de Chile decorado con brillantes; bajo este, se lee el lema: “El Gobierno de Chile al Vencedor de Yungay”.

- Empuñadura

Material: oro, piedra preciosa.

Dimensiones: 20 cm de largo, 12.5 cm de ancho, 2.2 cm de espesor.

- Hoja

Material: acero.

Dimensiones: 83 cm de largo, 2.2 cm de ancho, 0.4 cm de espesor.

- Vaina

Material: acero, oro, piedra preciosa

Dimensiones: 86.5 cm de largo, 3.1 cm de ancho, 2.1 cm de espesor.

Por cualquier información que pueda brindarse, contactarse con: extension@mhn.cl

